

# CON LOS PIES EN EL CIELO

ENRIQUE DELGADO ZAYAS



«Cuando el dolor y los deseos dejan de gritar preguntas en la mente, el espíritu susurra todas sus respuestas».

El cáncer es una de las enfermedades enigmáticas que asolan hoy en día a la humanidad. Es tan multifactorial y compleja como lo son sus primas, las alteraciones mentales. Esta es una novela apasionante que habla acerca de ambas. Encontraréis el escenario de unas vidas verdaderas que elevan sus voces por encima de las religiones y sus dogmas; de las ciencias actuales y su estricta objetividad. Es un libro ideal para lectores inquietos. Y si alguien os dice que tal vez resulte una obra difícil de leer, contestadle que para vosotros nada es demasiado complejo o profundo, porque esas son solo algunas de las propiedades inconmensurables de la realidad.

«Cada voz es celosamente registrada por su rincón vibrante del universo; sus sonidos resurgen constantemente, pero su apreciación siempre depende de quién es el que escucha».

Enrique Delgado Zayas

---

# **Con los pies en el cielo**



Título original: *Con los pies en el cielo*  
Enrique Delgado Zayas, 2012

---

Revisión: 1.0  
31/05/2019

*A Marino, a Enriqueta y a Consuelo, in  
memoriam.*

*A todos los que padecen o hayan padecido  
cáncer.*

*A Roberto, a Mertis y a Generosa.*

*A todos mis seres queridos.*

*A la esperanza de que una sola mirada humana  
otorgue sobrados motivos para vivir.*

**«Destapa tu existencia:  
verás algo nadando en el fondo».  
(E . D . Z.)**

La noche en la que Alejandro Marcos se fue al cielo, uno por uno, sus allegados se le acercaron para susurrarle al oído todo lo que creían saber de él. Su madre confesó que un minuto antes de que viniera al mundo aún no sabía si llamarle Pablo, igual que su verdadero padre, o ponerle Enrique de Marcos, como se hacía llamar el hombre que lo sintió su hijo desde siempre.

El recién nacido le disipó la duda cuando se aferró a las pinzas que oprimían su cordón umbilical, incluso antes de que vaciara los pulmones con el primer grito. Mariana contempló a su bebé esgrimiendo el áspero objeto con su manito casi transparente, y pensó en el conquistador romano que empuñó su espada desde el mar Mediterráneo hasta el río Indo.

El pequeño Alejandro Marcos decidió el momento en el que lo meterían en este mundo porque, antes de separarlo de las entrañas de su madre, los médicos estuvieron 15 delicados segundos moviendo aquellas pinzas para no romperle los dedos. Así eligió su nombre y, 29 años más tarde, su destino.

Solo Mariana sabía que su hijo exhalaría su último aliento con la misma actitud turbadora que había adoptado para inhalar el primero. Pero ni siquiera ella sospechó nunca que las grandes conquistas de su Alejandro comenzarían a la misma hora extraña en la que murió.

El grupo de más de treinta familiares y admiradores llevaba 90 días preparando su funeral. Podía ser cualquiera el instante que el cáncer elegiría para llevárselo. Cuando se lo diagnosticaron, los médicos le dieron de vida solo uno de los tres meses que permaneció indeciso frente a las puertas del más allá. Hablaron de lesiones graves en los pulmones y en los huesos, y se despidieron de todos los presentes en la habitación, menos del enfermo, como si intuyeran que Alejandro Marcos iba a morir cuando le diera la gana, tal como lo vaticinó su mentor, Julio Martínez, que era, entonces, el sacerdote del

pueblo.

Aunque con muchas otras palabras, Julio siempre dijo que Alejandro era uno de esos seres que, al contrario que casi todos los demás, vivía incondicionado en su propio templo de consciencia. “Hasta lo hubieran declarado santo si no fuera por lo promiscuo que era”, decía Martínez, quien había sido su maestro hasta que un día Alejandro lo superó en todo, y lo ayudó a cambiar los fundamentos erróneos de su propia vida.

Julio Martínez había bautizado a aquel niño. Desde ese instante, lo elevó en sus brazos, y en el pedestal de su inmensa sabiduría, más veces que su madre. Pero después de una larga conversación en la capilla que protegió sus secretos durante años, Julio abandonó para siempre el sacerdocio, y se enfrentó a la iglesia, y a la familia indignada de la joven monja con la que se casó aquel mismo día. Había caído en la cuenta de que su verdadero Dios jamás ha censurado el amor en ninguna de sus formas. Entonces, en el pueblo, comenzaron a llamarlo El Galán, y no volvieron a verlo en las congregaciones religiosas ni en los cementerios, sino en la cima más hermosa de Alto *Cedro*, donde continuó sus tertulias junto al discípulo convertido en su maestro, y donde, cinco años después, el gran Alejandro decidiría que solo el amor era digno de mandarlo al otro mundo. «Ese muchacho era capaz de revocar cualquier pronóstico.

Incluso llegó a modificar los designios de su propia muerte», decía Julio Martínez.

Alejandro fue asesinado en la colina escarpada de Alto Cedro, que albergaba las memorias de múltiples pasiones, y era, por ello, tan célebre que hasta el más descabellado de los actos realizados allí podía dignificarse y adquirir cierto aire elevado.

Fue en una noche de nubes bajas que rozaban incluso los arbustos entre los que Julio había construido su pequeño nido de amor. El Galán se había acostado temprano, sin recelar de la pavorosa sombra de sus estantes improvisados, donde vivían hacinados hasta el techo más de cinco mil libros. Como nunca, se durmió sin preámbulo filosófico, y nada lo desveló: ni el cortejo insistente de los grillos ni las pesadillas de su mujer ni el simultáneo descanso de las lechuzas que se congregaron alrededor de su cabaña igual que lo hicieron cuando el desastre haitiano, en el 2009, atravesó el Caribe y



estremeció la Sierra Maestra hasta las cumbres más altas. Esa noche, incluso las jutías se sentían inseguras en los árboles y merodeaban indecisas tropezando unas con otras en la hierba. Julio decía que jamás un aparente despropósito humano se había parecido tanto a un arrebato de la madre naturaleza.

«Todos los animales estaban allí, porque tal suceso no podía producirse sin testigos, y ningún hombre se merecía guardar en la memoria una imagen espeluznante que nunca llegaría a comprender», contestaba cuando alguien murmuraba que, en la noche más ruidosa que se recuerda en Alto Cedro, él había tenido el único sueño pesado de toda su vida para que Alejandro, por fin, consiguiera morir dignamente.

Alejandro se levantó del lecho deforme donde parecía haberse derretido la mitad de su cuerpo y, ante las miradas atónitas de sus cuidadores, atravesó la guardarraya perseguido por todos los seres vivientes de la noche. Mariana y su marido creyeron que deliraban en una pesadilla común, porque compartían, por igual, la fatiga de innumerables vigiliadas junto al hijo moribundo.

Solo Enrique oyó el disparo que convirtió la histórica paz de aquel paraje en una agitación insomne. Agarró del brazo a su mujer, y ambos corrieron confundidos entre los árboles mientras un eco repartía el estruendo rotundo que aún murmuran las piedras de Alto Cedro. Alejandro había caído en el barranco fulminado por el impacto de un cartucho cargado de plomo, aunque nadie esperaba que muriera así, pues ya se había ceñido sobre él otro halo fatídico muy distinto.

El sonido de aquella escopeta era muy conocido en Santiago. Le había anunciado un trágico final a muchos contrarrevolucionarios en la Sierra Maestra y el Escambray. Mario Tejeda, su dueño, se había resistido a cambiarla por un arma más precisa en sus días de combatiente. El Ejército quería ponerla en un museo, porque sus perdigones disociados acabaron con la vida de más bandidos que toda la milicia oriental con sus ametralladoras automáticas. Pero Tejeda nunca la usó en el pueblo. La escondió en un lugar que después ni siquiera él mismo recordaba, como si perdiéndola de vista pudiera borrar también los cuerpos que mutiló y los ojos desconsolados que lo odiaron para siempre. Cuando, 40 años después de sus asesinatos, la culpa debilitó la ideología comunista en su corazón, fue a ver a Julio a la iglesia, y

le pidió llorando que perdonara sus pecados. El sacerdote le lanzó su mirada profética. *«Y si yo expulso los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿con qué poder los expulsan? Por eso ellos serán vuestros jueces.»*<sup>[1]</sup> le citó Julio textualmente de la Biblia, convencido de que su hija, Delia Tejada, había heredado sus atavismos, y de que algún día dejaría de desplumar vivos a los gorriones para revivir sabe Dios qué clase de crímenes.

Delia había nacido de siete meses, pero creció muy rápido; a los tres años, ya mostraba el instinto cruel de cazador que enorgullecía a su padre. La única criatura endeble a su alcance que no torturó fue al pequeño Alejandro, a quien acunó tiernamente desde que nació, cuando ella ya cumplía los cuatro. Nadie imaginó nunca que, con ese mismo amor, Delia acabaría matándolo, ni mucho menos que lo haría con aquella vieja escopeta, desaparecida desde hacía más de cuarenta años.

A Delia la expulsaron de todas partes. En ninguna de las escuelas por las que pasó, ni Julio ni ningún maestro de enseñanza especial consiguió enseñarle nada. Todos la creyeron irremediamente retrasada hasta que Alejandro consiguió que aprendiera a leer y contuviera los impulsos que, según las voces más reconocidas de Alto Cedro, la empujarían a desenterrar la maldita escopeta veinte años después.

Laura, la esposa del Galán, vio a Delia, aquella noche, en el peor sueño de su vida. Contó que aparecía despeinada y más perturbada que nunca. Excavaba un agujero al pie del barranco, justo en la planicie, donde Alejandro y Julio habían discutido juntos todos los misterios de la vida. Desde entonces, sube gente de todas partes a la colina, y le preguntan a Laura por la pesadilla que no dejó que jamás volviese a dormir en paz. Para ella, el mirador dejó de ser el lugar de ensueño donde vio muchas veces a Alejandro escudriñando el firmamento. Hasta de noche, siguió viendo emerger del precipicio imágenes de aquella muerte, como si los astros conspiraran contra su sentido común y señalaran sus recuerdos con las luces. Ni siquiera ella supo nunca con certeza por qué fue su premonición onírica la versión más fiel de un crimen que solo la asesina pudo ver con sus propios ojos. Hasta los detalles nimios de sus sueños fueron ejecutados por Delia cuando la ataron como a una bestia y la obligaron a reproducir los hechos reales junto al barranco.

Delia lo hizo todo con rapidez, aunque con mucha delicadeza. Incluso

limpió el arma con sus manos antes de volver a enterrarla exactamente en el mismo lugar, y pidió disculpas por haberla sacado del olvido. Nadie esperó que, después de eso, se acercara al cuerpo que había destrozado y le hablara al espíritu. Según dijo, ascendería en forma de vaporosa nube y continuaría su eterno viaje. Delia deslizó los dedos en el aire y recitó unos versos sin mirar el cadáver de Alejandro, como si de verdad supiera que la esencia de ese hombre tan querido estaba ya por encima de sus carnes: «*Cuando muera, volaré con los ángeles. Pero cuando muera como ángel, no podéis ni imaginar en qué me convertiré*<sup>[2]</sup>», dijo.

El gesto de paz en su semblante fue calificado por la Fiscalía como una burla al dolor humano y, por ello, intentaron aumentarle la condena el día que la juzgaron. Nadie la creyó cuando dijo que estaba tan desconcertada por lo que estaba a punto de hacer que apuntó con la escopeta al pectoral derecho de Alejandro y que él mismo le corrigió el disparo, moviéndose de lugar, para que ella le sacara el corazón a pedazos por la espalda.

En cambio, nadie dudó de los desconcertantes análisis del forense, que demostraron el impecable estado de salud de la víctima en el momento de su muerte. Alejandro aún estaba medio escuálido y desvaído, pero en sus órganos internos no se hallaron signos de cáncer ni de ninguna otra enfermedad. Los altos cargos del hospital provincial de Holguín optaron por proteger a las ciencias médicas y no a los dos reputados oncólogos que, bajo amenaza de ser suspendidos, reconocieron haberse equivocado con el diagnóstico.

«Es evidente que este hombre ha estado muy enfermo, aunque no de un cáncer en fase terminal con metástasis en los pulmones», dijeron los médicos bajo coacción, el día del juicio.

Lo repitieron textualmente, tal como se les obligó a hacerlo. Pero, desde aquel día, ambos se especializaron en formas alternativas de curación y escribieron artículos muy progresistas sobre homeopatía y medicina natural que nadie les publicó. Incluso se atrevieron a decir en un congreso que la medicina se ha resistido demasiado tiempo a reconocer el vínculo directo que existe entre las experiencias subjetivas y algunas enfermedades. Aseguraron que muchas personas enferman con un propósito estrechamente ligado a unas vivencias determinadas y a las circunstancias en que estas se producen. Criticaron que las ciencias esperen del exclusivo conocimiento de los genes

todas las respuestas y soluciones médicas que, hoy más que nunca, la humanidad necesita.

«No hay ninguna realidad humana que sea estrictamente biológica y que esté al margen de los factores psicosociales». Con esas palabras concluyeron su intervención y consiguieron echarse encima a la comunidad científica. Pasaron el resto de sus carreras murmurando en secreto las teorías del doctor Geerd Hamer, un notable médico alemán que se convirtió en un proscrito de las ciencias porque documentó que el origen del cáncer es psíquico y que, por lo tanto, puede curarse espontáneamente. Tal como lo sospechó siempre Julio Martínez.

Julio exhortó varias veces a algunos de sus feligreses para que se confesaran, incluso al propio Alejandro. Le dijo que había visto volver la luz al cuerpo de los confesos, como si una fuerza sobrenatural les insuflara vitalidad, desde el mismo instante en el que se disponían a hablar sobre sus penas más profundas. Tras sus muchos días como sacerdote, Julio conocía el doloroso silencio que envolvía la vida de los enfermos. La mayoría de ellos morían sin haber hablado jamás de sus angustiosos secretos, aunque se murmuraran por todos los caminos de Alto Cedro.

«Un día bajan al llano y vuelven de un hospital musitando cualquier complicado término clínico, cuando la verdadera dolencia pervive en sus rostros y es tan vieja y simple como ellos mismos», decía Julio cuando lamentaba la actitud perjudicial de los inconfesos. Muchos años tardó en comprender que Alejandro sí alcanzó a compartir con alguien sus angustias más viejas. Para ello eligió a Delia Tejeda, quien estuvo a su lado hasta que él exhaló el último aliento.

En contra de todo pronóstico médico, aquella noche Alejandro se incorporó completamente curado del mal que lo aquejaba. Si tal milagro fue posible, solo pudo obrarse por la intervención de Delia. Por eso casi ningún habitante de Alto Cedro consiguió entender que ella le tendiera después una trampa mortal.

Delia se había postrado junto a Alejandro más horas que nadie, siempre despierta. Le susurraba oraciones espirituales al oído y unguía su cuerpo con aceites extraídos de plantas silvestres.

A veces el enfermo balbuceaba sílabas disociadas por la fiebre, que solo

Delia parecía entender. «Es el lenguaje del alma», decía Julio Martínez ante las miradas atónitas de los familiares de Alejandro.

Mariana y Enrique miraban a Julio con escepticismo. No creían que nadie pudiera amar y comprender a Alejandro mucho más de lo que ellos lo habían hecho. Necesitaban seguir creyendo que habían sido los padres perfectos. El hijo era uno de los hilos endebles que los mantenía necesariamente unidos. Cuando nació, hicieron derribar tres robles blancos y una ceiba para construirle una habitación que mediría tan solo cinco metros menos que el resto de la casa. Contrataron la excavación de un acueducto y desviaron el cauce de un arroyuelo aledaño a sus propiedades para construirle al niño una fuente donde pudiera bañarse y criar peces. Plantaron un jazmín de noche al pie de su ventana, en el que enseguida anidaron los colibríes y se agruparon cientos de mariposas. Enrique vendió seis vacas y cosechó antes de tiempo sus cultivos para pagar un montón de juguetes nuevos que el pequeño Alejandro prácticamente no utilizó porque, muy pronto, llamó mucho más su atención la colección literaria de Julio Martínez.

Todo lo que iba a rodear a Alejandro tendría la envergadura digna del único rey que crecería en el seno de aquellas tierras humildes. Hasta su cuna era un recinto enorme de guayacán con un mecanismo versátil en la cabecera que, en un segundo, podía derribar las barandas y convertir aquello en una espléndida cama de matrimonio. Incluso le fabricaron una terraza junto al tronco de un algarrobo gigante para que leyera sus libros cómodamente tendido sobre una hamaca. Pero él prefirió pasar la mayor parte de su tiempo, primero, entre los ásperos bancos de la iglesia y, después, en un minúsculo cuartucho de la cabaña donde Julio acabó recluyéndose.

A los cuatro años le compraron su primer caballo. Era un potro alazán de pura sangre que no dejó de ser jamás un animal salvaje, nacido en la intemperie, y cuya escasa domesticación le costó a Enrique seis metros de cáñamo destrozados y varias contusiones al domador. La bestia solo obedecía a la única persona que jamás intentó subírsele encima: su dueño. Se volvió tan peligroso para los demás que Mariana y Enrique determinaron, unánimemente, devolverlo a la cordillera de donde lo habían traído.

En esa época, los dos compartían aún las mismas emociones y pensamientos, como si temieran la enorme distancia que podía separarlos a

partir de la más mínima diferencia. Parecían haber nacido para creer exactamente en las mismas cosas, hasta poco después de que perdieran a Alejandro. Se acoplaban perfectamente en una pareja de mutuas compensaciones. La sensibilidad y sosiego de él lo hacían especialmente vulnerable ante los cambios abruptos de la vida, a los que ella se enfrentaba con impetuosa terquedad. La parálisis mental que Mariana confundía con una admirable firmeza solo admitía el ápice de claudicación que Enrique conseguía transmitirle con su cariñosa liviandad. Cada uno de ellos encarnaba a la persona que el otro había amado, temido o esperado desde pequeño.

Mariana era la férrea antítesis de la madre que no pudo criar a Enrique y que, a sus cinco años, lo cedió sin resistirse bajo la protección de unos vecinos. Ella era la única esperanza de no revivir el desamparo de su infancia, y él haría lo que fuera por contentarla si eso garantizaba ganarse el amor de una mujer firme que jamás se rendiría. Ambos se sentían exclusivamente protegidos por la familia y creían que, estando juntos, nada les sería imposible.

Tal vez por eso, les resultó tan difícil aceptar que la medicina no podría curar a su hijo, porque el mal que lo aquejaba era uno de esos que estallan en el espíritu, como les aseguraría El Galán, quien además les contó que una tristeza muy profunda se ocultó tras los ojos intrépidos y alegres de Alejandro a partir de su décimo cumpleaños. Algunas veces lo vio llorar desde la inmensa soledad del barranco, con la actitud de un desterrado. Pero jamás consiguió sacarle una sola palabra al respecto.

El niño se irguió, de repente, en el rasgo garbo de un hombre, justo antes de entrar en la adolescencia. Desde entonces, se convirtió en un hábil conquistador del amor ajeno y deambuló solo por el borde de la colina, ensimismado y ávido de conocimientos. Era reservado y modesto con sus cualidades, y parecía conocer las palabras exactas para definir la virtud en los demás. Jamás pronunció crítica destructiva alguna sobre nadie. Por muy perdido que estuviera algún gesto noble entre la maleza de la imperfección humana, Alejandro sabía rescatarlo. Su benévola percepción consiguió cambiar incluso el comportamiento letal de Delia Tejeda.

Esa muchacha no dejó de colocar trampas de caza entre los árboles, hasta que Alejandro le mostró una paloma herida y le dijo que destrozar a una

criatura hermosa no era la mejor manera de conocerla por dentro. Así definió Alejandro aquella curiosidad perniciosa, pero lo cierto es que, aunque Delia siguió cazando, desde aquel día sus persecuciones no volvieron a acabar con derramamientos de sangre, sino que después de observar y acariciar durante horas a sus presas, las ponía otra vez en libertad. Tal vez por eso desconcertó tanto al pueblo de Alto Cedro el hecho de que Delia no le diera a Alejandro la misma oportunidad.

Primero, lo cubrió con el único gesto de amor que podía salvarlo y, después, lo acechó como una fiera en la oscuridad. Los que no conocen todavía a Delia Tejeda se preguntarán qué clase de criatura rescata a un hombre enfermo de entre los muertos solo para provocarle después una muerte aún más espantosa. Su padre y vecinos más cercanos se lo atribuyeron todo a su debilidad mental desde que la vieron por primera vez disputándole el nido a los cernícalos en lo alto de las palmas reales hasta que la escucharon insinuar por qué le disparó en el corazón al bueno de Alejandro. Las palabras de Delia solo estructuraban una conversación, si el que las escuchaba era su amigo inseparable. Excepto para Alejandro, el discurso de Delia era un cúmulo de términos ilógicamente entrelazados que mezclaban lo fundamental con toda clase de descripciones irrelevantes e invisibles. Parecía que lo veía todo a través de un arcoíris personal. Después insistía de forma agreste en que los demás aceptaran su versión abigarrada e incomprensible del mundo. Estaba convencida de que la rodeaban espíritus a los que atribuía características humanas, benignas o malignas. Tenía predilección por los funerales y le gustaba cazar entre las tumbas del cementerio, donde los animales acostumbaban a reunirse en grandes grupos, como si intuyeran que allí casi nadie se atrevería a perseguirlos. Su razonamiento extraño, y su aspecto desaliñado, la convertían en una persona repelente a la que casi nadie se acercaba de forma espontánea.

Desde pequeña, atravesaba los matorrales espinosos como cualquier otra criatura del monte y, a veces, aparecía en la calle con el vestido manchado de sangre. Era difícil saber si bajo la ropa solo escondía la última presa que había desollado viva o una de las heridas que las zarzas solían provocarle en los hombros durante sus travesías. La expresión abrumadora de su rostro no sufría grandes transformaciones, ni por la alegría ni por el dolor. Nadie la

había visto llorar, hasta la noche del crimen.

Después de que la vieran pasearse por el barranco durante los temblores de tierra y saquear los nidos de los pájaros en la víspera de los huracanes, todos se convencieron de que no había nada en el mundo capaz de sobresaltarle el corazón. Durante casi toda su vida, sus emociones se resumieron en el gesto solemne de levantar los brazos hacia el cielo cuando las primeras gotas de lluvia golpeaban la tierra seca o cuando soplaban muy fuertes los vientos. Ella se comportaba como un animal salvaje y era tan contradictoria su complexión física que algunos vecinos de otros pueblos se marcharon asustados de Alto Cedro diciendo que por aquellos montes merodeaba una criatura imposible de identificar. Era normal que esas personas ceñidas a sus minúsculos universos entre las montañas no hallaran en la memoria ninguna figura con la que pudieran comparar a Delia. Esa muchacha era extraña por naturaleza. Había sido una niña muy prematura y su cuerpo nunca se desarrolló con plenitud. A los 12 años dejó de crecer y era ya la mujer escuálida de 1,30 metros de estatura que sería para siempre. El pelo le crecía de forma irregular; tantas ramas y hojas muertas se le habían enmarañado en la cabeza que, con el tiempo, sus rizos podían confundirse fácilmente con el intrincado follaje de los marabúes. Tenía los ojos claros y grandes como dos soles que pujaban constantemente por abarcar toda la órbita de su minúsculo y famélico rostro. Sus manos eran desproporcionadas y se le habían deformado de tanto trepar a las copas de los árboles. Se movía con el sigilo y la velocidad de una gacela. Cuando hablaba, era áspera y lacónica, y levantaba los dedos en el aire con un gesto intimidatorio. Después, se le extraviaba la mirada en el infinito y se sumergía en el silencio incorruptible que debió orquestar sus escasos siete meses en la frontera de este mundo. Era imposible no captar su presencia inquietante por muy escondida que estuviera entre las sombras.

Durante las oscuras madrugadas de Alto Cedro cualquier forma o movimiento podía pasar desapercibido en la niebla, excepto el sigiloso desplazamiento de Delia que parecía delatarse con cada reflejo de los astros. Desde que aprendió a caminar, empezó a perseguir a los animales en el monte y, con el tiempo, su presencia generaba grandes algarabías y sobresaltos entre las ramas de los árboles. Sus pasos alborotaban incluso a las criaturas que no



tenían depredadores naturales. Delia era el único animal bípedo de la sierra.

Tan asiduas eran sus persecuciones que algunas aves se veían obligadas a escapar más de una vez, y llegaban a estar tan asustadas que se colaban por las ventanas de las casas, donde acababan por sentirse más seguras que en los bosques. A menudo las asechaba durante tanto tiempo que, finalmente, las atrapaba, exhaustas, en el suelo. Después, les causaba una muerte lenta. Hendía sus cuerpos con cautela y hurgaba con los dedos entre sus órganos para determinar cuál de ellos era el responsable de la vida.

En cuanto la presa exhalaba su último aliento, Delia la abandonaba a la intemperie como un trozo más de naturaleza muerta. Iba dejando tras de sí una secuencia de cuerpos mutilados que le sobrecogía el corazón a cualquiera. Algunas personas llegaron a temerla tanto por esos crímenes que rehuían de ella. Su comportamiento era demasiado antisocial como para que la mayoría llegase a comprenderla.

Sin embargo, sabía curar el asma y el sonambulismo. Venía gente de muy lejos para que ella despojara a sus hijos de muchos males sin tratamiento médico.

Los niños no solo no la temían, sino que por pequeños que fueran, siempre sonreían como si comprendieran la benevolencia oculta tras la verborrea desordenada y sin sentido que ella usaba para curarlos. Los adultos aprendían muy rápido a no mirarla a los ojos porque enseguida se sentían delatados. La gente temía que, de alguna forma, las cosas horribles que Delia parecía leer en sus caras tuvieran, finalmente, algún sentido.

Extrañamente, nadie dudaba en dejarla a cargo de los más pequeños. Los protegía con la vehemencia instintiva de una fiera salvaje que solo es capaz de amar a sus iguales. Sabía imitar el gorjeo de un bebé, del mismo modo misterioso que imitaba el canto de los pájaros.

Cuando un niño señalaba hacia el cielo y sonreía, Delia lo premiaba con algún fruto del monte o con caricias en la mejilla, porque, según sus propias palabras, ese comportamiento demostraba la existencia de las cosas extrañas que solo los infantes y ella podían ver. Al único hombre que trató siempre con amor fue a su inseparable Alejandro, porque, según decía, era el único ser humano que conocía con el alma impoluta de un recién nacido. Pero entre las muchas muchachas jóvenes y enajenadas por la virtud complaciente de

Alejandro, solo Delia lo creía un santo. Las demás lo recordaban como un hombre muy especial aunque, al fin y al cabo, un hombre. Al menos dos de ellas, lo amaron del mismo modo brutal con el que llegaron a odiarlo.

Por un lado, no podían evitar la extraña conjugación de belleza y sabiduría que caracterizaba a aquel muchacho; y, por otro, les duraba para siempre el desconcierto, después de que él les explicara la lógica irrefutable de sus simultáneos y explícitos romances. «En el vacío inmenso de mi corazón cabe el amor de todas las mujeres del mundo», les decía él con el gesto solemne de quien sospechaba una maldición al otro lado de aquella bendición que acabaría arrebatándole la vida.

Los policías que investigaron el caso tuvieron suerte de que Delia confesara el crimen sonriendo junto al cadáver de Alejandro. De no ser así, se habrían pasado meses buscando a una culpable entre sus amantes resentidas. Juliana, la hija menor del boticario del pueblo, confesó que tuvo varias veces el impulso de empujarlo por el barranco donde lo veía seducir a otras mujeres sin disimulo alguno. Se abstuvo de hacerlo, según decía, porque sabía que Delia siempre estaba por ahí, escondida entre los árboles. «Cualquier pesar era preferible antes que provocar la ira de esa loca», aseguraba Juliana, refiriéndose a la celosa custodia que Delia mantenía sobre la vida de Alejandro. Incluso tenía la sensación de que los observaba mientras hacían el amor, aunque eran inútiles sus reproches. «Es mi ángel de la guarda», le contestaba él.

A Juliana no le quedó otra alternativa que resignarse a compartir el amante, incluso con una de sus hermanas. Paula, la hija mayor del boticario de Alto Cedro, también desfiló desnuda por el barranco. Ella era menos temperamental y más temerosa. Tenía la misma edad que Delia, y tuvo tiempo de conocerla muy bien antes de que un día su padre les prohibiera volver a jugar juntas. Así se detuvo el curso de una amistad que había surgido por la comunión de un profundo sentimiento.

Fue en el otoño de 1978. El boticario había luchado durante semanas para salvar a su perro del parvovirus. Finalmente, el animal murió, y Paula, que entonces tenía siete años, dejó de comer y canalizaba su tristeza por aquella pérdida con terribles pesadillas. A la pequeña Delia no se le ocurrió otra forma de consolar a su amiga que desenterrar al perro. El boticario encontró a

las dos niñas junto a la cañada donde esperaba que la mascota se desvaneciera pronto entre la paz y el olvido. Delia había colocado el cuerpo del perro encima de una roca para que Paula pudiera contemplar cómo las auras tiñosas se peleaban por sus entrañas.

«Cada partícula de este animal volará por el cielo, y descenderá otra vez para alimentar a las crías de estos pájaros», le explicó Delia al boticario su ingeniosa manera de encomiar el alma del perro.

Las niñas no tuvieron otra ocasión de compartir sus juegos infantiles y, aunque Paula no volvió jamás a comer carne, por lo menos, dejó de tener pesadillas.

La lección de Delia transformó a Paula en una persona etérea que a veces pasaba entre la gente sin que nadie la viera. Parecía desconocer las palabras exactas para describir los sentimientos propios y ajenos, así que divagaba durante algunos segundos cuando intentaba dar una respuesta, y luego se entregaba otra vez a su silencio con un movimiento ambiguo de los hombros. Paula siempre aparentó más edad de la que tenía. Entró en la adolescencia con la actitud taciturna y parsimoniosa de la mujer en la que iba a convertirse poco tiempo después. Prefirió reutilizar los vestidos de su madre y asistir a las misas mientras que sus contemporáneas iban a tono con la última moda y saltaban en las fiestas como peces fuera del agua. Le gustaba ayudar a la gente y acompañar a su padre en el trabajo, pero no siempre hallaba el momento ni el lugar más indicado para pronunciar sus escasas palabras. En ocasiones, les explicaba la esencia de sus males a algunos enfermos que iban a la farmacia con las ideas que Delia grabó a fuego en su memoria.

Paula quedó muy convencida de que el cuerpo putrefacto que Delia había desenterrado en la cañada no era más que el instrumento utilizado por la naturaleza para que la esencia contenida en su interior pudiera hacerla feliz y retozar con ella. Su perro seguía ladrándole y moviendo la cola en alguna parte. Las auras solo se habían comido unos despojos vacíos.

«No estás enfermo de nada, tu alma está angustiada por algo», decía Paula en la farmacia desacreditando así las sugerencias farmacológicas de su padre. «Tu cuerpo solo te está enviando un mensaje en la única lengua que te han enseñado a leer», repetía a los pacientes.

Aquello le daba esa paz que parecía impelerla a volar en vez de a andar,

incluso en presencia de «la retrasada del pueblo». Paula era una de las pocas personas de Alto Cedro que no temía a la cazadora. Sabía que el desdén que mostraba Delia hacia la envoltura corpórea de los seres vivos era proporcional a la benévola intuición que tenía sobre sus contenidos espirituales.

Delia identificaba a las personas por sus ideas y sentimientos. A veces, no recordaba a sus conocidos hasta que no los escuchaba hablar y resurgía de su memoria el adjetivo específico para clasificar de manera inequívoca sus características personales. Olvidaba con facilidad el rostro, la raza o la estatura de la gente a la que conocía, pero una sola palabra o un solo gesto le bastaban para ubicar a cualquiera en el espectro de su peculiar clasificación humana. Clasificaba a los individuos por la prevalencia del odio o del amor. Decía que son esas las fuerzas que enervan los propósitos de una vida.

«La esencia de cada ser humano está revelada por la naturaleza y duración de sus pensamientos más recurrentes. Destructivas serán sus horas destinadas a odiar y constructivas, las destinadas a comprender, amar y perdonar», dijo una vez.

Paula conocía muy bien a Delia. Había compartido con ella los momentos más trascendentales de su infancia. Le había oído decir incontables veces que quería a Alejandro como a nadie más en el mundo. Sabía que él era la única persona por quien Delia hubiera sido capaz de sacrificar su propia vida.

Fue Paula la única testigo en el juicio por el asesinato de Alejandro cuya inverosímil declaración no concordó en nada con el resto de los testimonios condenatorios que se incluyeron en el sumario. Incluso su hermana Juliana llegó a asegurar que la asesina había protegido celosamente la vida de Alejandro para que solo de ella fuese el placer de quitársela. Pero Paula sabía que Deba había dejado de ser peligrosa cuando Alejandro le enseñó que no podría encontrar el alma en el cuerpo de ninguna criatura, porque ese componente de la existencia era inmaterial.

A partir de entonces Delia no había mostrado violencia hacia ningún ser viviente. Especialmente con Alejandro se volvió tan tierna y protectora que observando a uno, se podía intuir el ánimo y la ubicación del otro. Hasta el último momento estuvieron comunicándose con una extraña confluencia de pensamientos que parecían formular de manera conjunta. Era demasiado

extenso el vínculo entre los dos como para que, en una hora, se convirtieran en dos enemigos mortales.

«Este desastre tuvo que producirse por un objetivo común entre la asesina y la víctima», así concluyó Paula el testimonio menos apreciado por el tribunal.

Incluso el acalorado litigio del juicio alcanzó en ese momento su único consenso. Las partes desacreditaron casi al mismo tiempo aquellas palabras de Paula y, por lo menos en eso, estuvieron más o menos de acuerdo.

Tanto la fiscalía como la defensa se permitieron desdoblar los hechos para inclinarlos, según conviniera, hacia el bien o hacia el mal. Pero nadie estaba dispuesto a buscar la verdad ni un milímetro más allá de la lógica y la razón. El criterio de Paula no era ni lógico ni racional y, por lo tanto, tampoco debía ser verdadero.

El tribunal había sido convocado para dictar sentencia. Era conveniente que los términos para hacerlo estuvieran muy claros: culpable o inocente. Cualquier punto de vista que los mezclara conspiraba peligrosamente contra la justicia.

**«Cuando se trata de los hechos, la lógica  
suele destronar a la intuición, que reina a  
punto de la abdicación en la periferia de  
todas las cosas».**

**(E . D . Z.)**

Según la opinión de Fernando Puentes, el reputado fiscal que pidió 20 años de cárcel para Delia, estaba claro que aquel era un crimen pasional. Aseguró que los celos empuñaron el arma de la asesina que ya se había cansado de ser la espectadora silenciosa.

Cada palabra de Fernando encajaba parsimoniosamente en la acusación como si quisiera contagiar a todos la seguridad de su alegato, que, según dijo, se sustentaba en unas evidencias que nadie podía negar ni rebatir. Hizo que cada miembro del jurado contemplara detenidamente las imágenes recogidas en el lugar del crimen. Señaló que Delia había disparado desde la distancia precisa para causar el mayor destrozo posible en el cuerpo de la víctima.

Para demostrarlo, Puentes amplió la fotografía más espeluznante que se le había tomado a Alejandro, y la expuso con un retroproyector en la pared. Después nombró con una prolijidad anatómica cada una de las arterias periféricas que el disparo le cercenó y cuya destrucción habría causado su muerte aunque el resto de los perdigones no le arrancaran de cuajo el corazón. Señaló cada uno de los minúsculos agujeros de entrada que los proyectiles le dejaron en el pecho y los comparó con la enorme brecha que le abrieron en el pulmón izquierdo cuando le salieron todos juntos por la espalda. Se detuvo de manera insidiosa en un impacto que Alejandro tenía en el cuello como si no hubiera sido una casualidad que aquel fragmento de plomo fuera a parar allí. Mostró las fotografías del forense donde se veían claramente destrozadas la tráquea y la laringe. Entonces, dijo que solamente esa herida habría sido suficiente para que la víctima no pudiera pronunciar nunca más ni una sola de sus encantadoras palabras. Así mismo atribuyó cierta intencionalidad al proyectil que se le alojó a Alejandro en la mejilla. «Le ha hecho estallar el pómulo y, si hubiera sobrevivido, la gracia de su rostro habría quedado

reducida a una mueca tenebrosa para siempre», declaró. «Si el disparo no lo hubiera matado, de todas maneras este hombre habría perdido definitivamente toda su popularidad entre las mujeres».

Los propósitos de Fernando Puentes quedaron muy claros desde su primera declaración. Quería resaltar la brutalidad del asesinato y hallarle un origen en la infancia de la asesina. «Delia ha matado desde niña», dijo el fiscal con su tono rotundo de inquisidor experimentado. «Sería una falacia pensar que ahora ha improvisado un nuevo método para darle caza a Alejandro. Ella eligió esa escopeta para hacerlo porque sabía muy bien cómo utilizarla. De hecho, si se hubiera colocado tan solo tres metros más lejos, los fragmentos de plomo se habrían dispersado lo suficiente como para no resultar mortales».

«No se trataba de un ataque repentino y sin premeditación. Era la emboscada infalible de una cacería practicada muchas veces. Y los propósitos han sido siempre los mismos: el cazador pretende matar, y la presa pretende escapar», concluyó Puentes lanzándole a Paula una mirada de desaprobación.

Incluso el alegato de defensa más prolijo que se recuerda en Oriente, después de *La Historia me absolverá*<sup>[3]</sup>, desestimaba el punto de vista de Paula por considerarlo «irracional».

Así lo calificó Alfredo García, el gran abogado militar, que con su intachable historial político consiguió Mario Tejeda en defensa de su hija.

Representar a una asesina confesa de tan mala reputación y con tantos testigos en su contra no sería una tarea nada fácil. Pero esa criatura repelente era la única hija de un militar condecorado, «Héroe de la Revolución».

En las filas del Ejército aún había altos mandos que temían y respetaban más a Mario Tejeda que a sus propios superiores activos. Una sola palabra suya hubiera bastado para impulsar la carrera de cualquier joven oficial o para hundirla en el ostracismo. La suerte de Alfredo García había sido echada. Su elocuencia había permitido conservar el rango a algunos militares acusados de negligencia en el cumplimiento del deber. También se le habían concedido ciertos favores por defender en el juzgado civil alguna que otra conducta incívica. Incluso consiguió devolverle los grados a un coronel retirado que, en una fiesta popular, disparó su arma contra un delincuente convicto por una inquina personal. Pero en ninguno de sus casos le habían ordenado atenuar un



crimen de sangre que ya había sido condenado de antemano por los hechos. Solo se le ocurría una alternativa para aplacar los ánimos justicieros que, a simple vista, podían adivinarse en los rostros del jurado. García se las ingenió para que Miguel Carrión, un psiquiatra muy popular de Santiago, le diagnosticara a Delia una Deficiencia Orgánica con Crisis Psicóticas y poder, así, alegar enajenación mental. El letrado documentó que el cerebro de Delia había sufrido severas laceraciones durante su nacimiento, porque su madre se negó a traerla al mundo en un hospital y lo hizo sobre las ásperas tablas de un bohío entre las montañas. García dedujo muy atinadamente que, mientras el jurado comunista condenara a la madre indolente por provocar tales daños, no condenaría a Delia por sufrir la consecuente locura que la induciría a cometer el asesinato.

—Es cierto, Señoría —le dijo Alfredo al juez—, mi cliente es una homicida peligrosa y ni siquiera yo he tenido el valor de quedarme a solas con ella para interrogarla. No me propongo demostrar lo contrario. Me propongo demostrar que está loca y que todos sus crímenes, desde el más ingenuo durante su infancia hasta el más atroz hace tres meses, le han sido impuestos a su mente por una causa completamente ajena a su voluntad.

—¡Protesto! —gritó enérgicamente el fiscal—. La defensa pretende privar de responsabilidad civil a una asesina que ha actuado en todo momento con premeditación.

El juez miró de reojo a Alfredo García.

—Señoría —contestó el abogado—, no estamos hoy aquí para exponer pretensiones. Estamos aquí para exponer los hechos, demostrar la verdad y resolver una situación jurídica. Eso es lo que voy a hacer si se me permite. No pretendo que la acusada esté enferma para justificar su crimen. Afirmo que ha cometido el crimen porque está enferma, y puedo probarlo.

Ni siquiera Mario Tejeda creía sinceramente en esas opiniones del letrado. Intuía que ninguno de los demonios en la cabeza de su hija tenía suficiente poder para transformar en su enemigo mortal a la única criatura que había venerado desde su nacimiento. Delia había protegido a Alejandro más que si hubiera sido una extensión de su propia vida.

Para Mario, ella había perpetrado aquel crimen por una razón menos complicada y más retorcida. Sospechaba que los motivos asesinos de su hija

eran tan atávicos e incontrolables como los que lo instigaron a él a apretar el gatillo de aquella misma escopeta contra los bandidos en el Escambray, incluso contra los que ya se habían rendido. Mario aún revivía en secreto el desprendimiento de las vidas que fulminó como fiel miliciano cada vez que disparaba contra algún animal en sus postreros días de cazador. Así se vengaba de la mujer que prefirió emigrar con sus padres a los Estados Unidos en lugar de quedarse junto a él para criar en un país comunista a la hija anormal que tenían en común.

Pocos meses después, Mario Tejeda parecía haber olvidado que solo odiaba a los gusanos anticomunistas que destruyeron su vida. Se había convertido en un ermitaño cascarrabias que desprendía un odio fétido contra la humanidad. Tenía la convicción de que el abandono y la orfandad que compartía con su hija reproducían en ella sus propias alevosías. Olvidó por completo las palabras de Alejandro cuando le sugería que tuviera paciencia para educar a Delia. Muchas veces le oyó decir que con los mismos ingredientes Dios ha creado todo el universo y millones de criaturas diferentes.

Deba había sufrido los mismos percances que su padre, pero en algún punto de su existencia aquel mismo dolor había despertado en ella el poder de la sanación. Sus conductas anormales no eran más que manifestaciones externas de la inmensa sensibilidad que desarrollaría para curar por dentro. Cuanto más extraño era su proceder, más aguda su percepción de las cosas que la gente normal no suele ver, y más grande el mal que extirpaba para siempre en la vida de alguien.

Sin embargo, para casi todos los que la conocían en Alto Cedro su último crimen fue solo la involución mórbida de una mujer que había nacido loca.

Fue muy fácil para un jurado ataviado por la lógica y la razón determinar que una criatura con el cerebro deforme podía volver a comportarse en cualquier momento de su vida de un modo completamente irracional. Muy pocos visionarios alcanzaron a comprender por qué disparó Delia al corazón de su bien amado Alejandro.

Julio Martínez fue uno de ellos. Él tuvo su despertar más atroz cuando el disparo fatal sonó junto a su casa al mismo tiempo que en las pesadillas de su mujer. «Yo sabía que este era el peor lugar para vivir», repitió Laura para

siempre. «Te dije que a ese muchacho lo iban a matar en este barranco», añadió sacudiendo a su marido.

Julio tardó unos cuantos minutos en despertarse y casi media vida en comprender el secreto escondido tras esos comentarios que Laura le había pronunciado incontables veces. Siempre creyó que a su joven esposa solo la asustaba la posibilidad de que una tormenta lanzara la cabaña al precipicio con ellos dentro. Y aquella fatal premonición kármica acerca de Alejandro le pareció siempre una metáfora. Nunca pensó que tal vez entrañaba un profundo deseo de que muriera.

El Galán no imaginó que los sentimientos de Laura disfrazados en su aversión por el barranco estaban relacionados con que vivir allí también la obligaría a permanecer cerca de Alejandro y de sus innumerables romances.

Laura observaba detenidamente a Alejandro desde una pequeña ventana como lo hacía cuando eran adolescentes e iban juntos a la escuela secundaria. El muchacho estaba siempre rodeado de jovencitas que se le acercaban para pedirle favores sin sentido, igual que lo harían muchos años después en la cima más hermosa de Alto Cedro. Laura había fracasado rotundamente en todos sus intentos de escapar a su impulso romántico. Durante los tres años que estudió junto a Alejandro, lo trató de forma amistosa y sin delatarse. Sostenía la esperanza de que sus impulsos fueran pasajeros y acabasen despedazados por el tiempo. Pero con nada disminuyó la intensidad de su atracción—rechazo, por la extraña convergencia de nobleza e impudicia que encarnaba Alejandro.

A sus 16 años, Laura se marchó a un colegio de monjas en la ciudad de Holguín, convencida de que solo Dios merecía la atención que ella nunca consiguió reclamar de aquel muchacho. Allí conoció a Julio Martínez, que un año después se casaría con ella y la devolvería sin malicias al escenario predilecto de su histórico tormento.

En Alto Cedro se llegó a rumorear que aquello no había sido una casualidad del destino, sino que Laura lo dispuso así para planificar después la aniquilación definitiva de su amor imposible. Así lo contaron los arrieros que vieron a Laura charlando con la asesina la mañana anterior al crimen cuando los mulos trasladaban la leche para los niños en el llano.

Delia recogía incienso entre los árboles para quemarlo junto a la cabecera

del enfermo. Oyó un sonido acercándose y se puso de pie sin voltearse, como hacía casi siempre, dada su habilidad para conocer a la gente por la forma de sus pasos.

—¿Cómo está Alejandro? —preguntó Laura desde atrás.

—Alejandro está bien. Debes ir a verlo hoy mismo si es que quieres despedirte.

Delia se volteó y colocó en las manos de Laura una ramita de moriviví que se encogió nada más soltarla. Lo hizo en modo delicado pero desdeñoso, como hacen las aves de rapiña cuando vierten la presa sobre sus crías pequeñas. Después volvió a arrebatársela para que viera cómo la planta parecía recuperar la vida nada más regresar a la tierra.

—Tus deseos se convertirán en tus sueños —dijo Delia, y se marchó sin despedirse.

Así lo contó Delia Tejeda en el juicio y añadió que, por lo menos en este mundo, Laura no era culpable de nada..., «aunque en las leyes de la naturaleza jamás quedan absueltos los que desean el mal solo porque no tengan el valor de ejecutarlo», explicó. Aseguró que en la tierra aún no se condena a nadie por sus pensamientos, pero que Laura ya había sido juzgada por el universo con la realización perpetua de sus deseos oscuros y recurrentes.

Laura no reveló toda la verdad. Declaró que desconocía absolutamente el significado de las palabras que Delia le había dicho en el monte. (Cómo iba a saber ella que debía despedirse inmediatamente de Alejandro porque Delia pensaba matarlo en las próximas horas).

—Esta loca se ha pasado toda su vida diciendo y haciendo cosas que nadie ha conseguido entender —dijo Laura señalando a Delia desde el estrado, y admitió que visitó al enfermo en la víspera de su muerte, pero solo porque había oído que se estaba recuperando.

Enrique y Mariana habían permitido que Laura se quedara a solas con Alejandro, como hicieron con cada una de las personas que lo visitaron aquella noche. Ella le susurró por fin al oído lo mucho que había sufrido por él y lo desesperanzada que había estado desde que la gente murmuraba en los caminos sobre la extraña remisión de su enfermedad. «Por fin Dios ha descubierto que uno de nosotros dos sobra en este planeta», afirmó.

Como todo el mundo en Alto Cedro, ella también conocía la determinación

de Delia y, según sus propias palabras, «había visto la muerte en sus ojos». Delia le había insinuado que tendría únicamente aquel día para despedirse de Alejandro aunque no le dijo a cuál de ellos dos le quedaban tan solo unas pocas horas de vida.

Laura depositó la última gota de su veneno en los oídos de Alejandro, que dormía tan apaciblemente como cuando ella se postró a su lado. «Nos veremos donde sea que Dios nos envíe después de este infierno», le dijo, y se marchó por el camino hacia la colina, con el corazón sobresaltado. Esperaba que en cualquier momento Delia emergiera de entre los árboles y la despellejara como lo había hecho con las aves del monte desde que era una niña. Sabía que Delia poseía una extraña habilidad para hurgar en los sentimientos de la gente y que la más mínima vibración en contra de Alejandro bastaba para que su mirada adoptara la animadversión de una bestia.

Para Laura, como para casi todos los habitantes de Alto Cedro, Delia era la misma criatura odiosa que había nacido en un linaje de indolentes. Qué más podían esperar todos aquellos pueblerinos informados exclusivamente por los rumores de la única hija de Mario Tejeda y su joven esposa, dos iconos repulsivos del crimen y la impiedad. Todos percibían con *recelo* las prácticas curativas de Delia y aseguraban que hasta sus benévolos resultados eran accidentes fortuitos de los mismos experimentos oscuros que ella generaba con su locura. Ni Laura ni ninguna otra mente común sospechó nunca el virtuoso devenir de Delia. Cómo iban a imaginarse que aquella muchacha se transformaría definitivamente en una mujer venerable si sobre ella pesaba una carga genética abrumadora y una infancia plagada de malas acciones.

El pensamiento común ha necesitado siempre ciertas definiciones. Para la gente normal de Alto Cedro Delia era una asesina atávica que mutilaba por placer el cuerpo de los animales. Sin embargo, unos pocos vecinos muy especiales llegaron a considerarla una santa que pretendía encontrar así el lugar exacto donde se ubicaba el alma y sus secretos de sanación y salvación.

Laura conservó hasta el final los recuerdos escalofriantes que tenía de Delia. La primera vez que la vio llevaba el vestido manchado y arrastraba por el barranco una jufía muerta. Aquella imagen seguía repitiéndose en la cabeza de Laura cuando llegó a su casa, unos minutos antes de que se produjera el asesinato. Tenía la sensación de que la asesina ya estaba allí y que solo

esperaba el momento oportuno para echársele encima. Pero Delia no apareció.

Laura entró en su casa rodeada por todos los animales del monte. Un escalofrío por todo su cuerpo le confirmó que algo terrible estaba a punto de conmover a todo Alto Cedro. Pero no previno a nadie, y nadie ha podido determinar si se abstuvo de hacerlo porque el miedo la paralizó o porque, en el fondo, había comenzado a intuir que, tal vez, las amenazas de Delia iban contra Alejandro. Laura solo reconoció su histórico dilema amoroso diez años después, cuando Julio visitó por primera vez a Delia en la cárcel para enfermos mentales donde la condenaron a vivir el resto de sus días.

Martínez volvió de allí rumiando la verdad hasta que se atrevió a tragarla, y una introversión muy profunda se apoderó para siempre de su alma de escéptico. Increpó a su esposa con las últimas certezas que le quedaban y que, unos días después, acabó relativizando. Disculpó a Laura por ocultar verdades que, de ser reveladas, solo hubieran servido para destruir, y se regocijó con que ella nada más pecara de pensamiento. Así consiguió seguir durmiendo junto a una mujer cuyas únicas emociones visibles tenían lugar durante los sueños interrumpidos que cada noche la devolvían al pasado.

Laura se retorció entre las sábanas y musitaba los gritos sordos con los que nunca disuadió a Delia para que desistiera de sus asechanzas. Cada vez que cerraba los ojos, recibía otra vez la oportunidad de evitar aquel crimen. Pero no conseguía moverse ni ponerle sonido a sus avisos de auxilio. Era como si el inconsciente aprovechara la impotencia de sus sueños para revelarles que en algún rincón de su mente ella deseaba que aquel desastre se produjera. Volvía a ver a Delia atravesando los matorrales con el mismo sigilo que lo hicieron todas las criaturas del monte aquella noche. Tantas veces soñó Laura que la asesina la miraba a los ojos antes de apretar el gatillo que, al cabo de un tiempo, se sobresaltaba con solo contemplar el reflejo de la luna movido por el vaivén de los herbazales. Cualquier ligero movimiento entre los árboles se le parecía terriblemente al itinerario de Delia desde que abandonó la casa de Alejandro en el llano hasta que se posicionó entre las sombras de la colina para matarlo.

A veces, Laura miraba insistentemente hacia el claro donde el difunto había caído y esperaba que las nubes cubrieran los astros y que sus destellos dejaran de confluír en el único lugar iluminado del monte. Allí se detuvo

Alejandro, donde, según decía, siempre podrían verlo los ojos que miraran desde el cielo y también los que lo hicieran desde la tierra. Era el mismo metro cuadrado donde había escudriñado el firmamento siendo un niño, donde incontables veces se había enamorado, donde había pedido que lo enterraran el día en el que cayó enfermo, el mismo lugar que había elegido para despedirse de este mundo.

Antes de morir, Alejandro interrumpió su última contemplación de la inmensidad y unas lágrimas diferentes le rodaron por las mejillas. Sonrió, y Delia, que ya le apuntaba con la escopeta desde hacía varios minutos, recibió de él la misma mirada amorosa que de costumbre. «Está de este lado, mi niña», le dijo a su asesina señalando a su pectoral izquierdo, y el corazón atormentado, que más amor había albergado en la historia de Alto Cedro, estalló en mil pedazos y se expandió sobre la hierba del barranco. Dicen que el eco de un suspiro multitudinario se extendió en ese preciso momento a través de las montañas. Muchos recuerdan aquel sonido, aunque nadie ha podido adjudicarlo con certeza. Delia aseguró que un lamento muy breve emergió de su alma justo antes de sus oraciones, y que tal vez la oquedad del barranco amplificara esas vibraciones en un murmullo de mil voces. Lo cierto es que en todas las casas de Alto Cedro alguien afirma haber bostezado, suspirado o escuchado bramar el ganado en los establos precisamente a las once y treinta.

A esa hora se produjo el disparo. Todos los animales huyeron juntos hacia las montañas, desde donde comenzaron a descender en tropel los vecinos con sus candiles de queroseno encendidos. En menos de media hora el pueblo entero rodeaba a Delia y nadie se atrevía a acercársele. Mario Tejeda, el único hombre de la zona a quien el odio le había extirpado el miedo, apareció un poco más tarde, descalzo, en calzoncillos, y armado, como solía hacerlo ante cualquier alboroto. Se acercó a su hija y, más desconcertado que si volviera a verla empapada en la sangre de los animales que despedazaba, renegó de ella, y le apuntó con una pistola a la cabeza.

Nadie sabe lo que habría podido suceder si en ese momento Julio Martínez no hubiera dado un paso adelante para que Mario se mirara en sus ojos. Al fin recordó Mario Tejeda las palabras del exsacerdote, que con aquella misma mirada volvió a situarlo de cara a sus pasadas atrocidades. El ermitaño de

Alto Cedro relajó su vieja expresión de asesino. Agarró a Delia del brazo para arrastrarla hacia los árboles, donde permanecieron unos minutos a salvo de la muchedumbre indignada.

A Alejandro nadie intentó reanimarlo. Con semejante destrozo en el cuerpo se hacía demasiado evidente que al caer tendido junto al barranco ya estaba muerto. Incluso llegaron los servicios funerarios y la policía antes que la ambulancia. Después, se supo que en ese mismo orden dieron el aviso los dos vecinos que corrieron por caminos distintos hasta el pueblo: Carlos y Cristóbal. Ambos trabajaban con los mulos que atravesaban los senderos cargados con los frutos de las montañas. Conocían cada palmo de Alto Cedro y tomaron, por separado, los atajos más cortos rumbo al llano. Por el camino, vieron una luz rosa desplazándose sobre el barranco, cuya procedencia jamás llegó a aclararse. Carlos declaró que aquel destello se le había parecido a las oscilaciones luminosas de una ambulancia y, por eso, llamó antes a la policía, aunque, según añadió, le extrañó no oír también las sirenas. Cristóbal dijo haber llamado antes a los funerarios porque en situaciones como aquella eran esos los únicos funcionarios que no anunciaban con luces su llegada. Los dos llegaron al teléfono del pueblo, convencidos de que aquel resplandor significaba la presencia anticipada de las autoridades en el lugar del crimen. Aún se preguntaban, sorprendidos, quién había podido dar antes que ellos el aviso cuando se comprobó que tal despropósito jamás ocurrió.

Los servicios médicos fueron solicitados por la policía, y las únicas llamadas referentes al asesinato de Alto Cedro que constaban en los registros eran las de Carlos y Cristóbal. Entre aquellas montañas nadie se atrevería jamás a dudar de la velocidad y buena visión de esos arrieros. Desde las laderas de los montes habían reconocido rostros y movimientos a cientos de metros de distancia. Podían predecir las tormentas nocturnas desde su casa, con una mera observación del vuelo de las lechuzas. Pero la única persona que confirmó la visión que ellos habían tenido de aquel extraño fenómeno luminoso en el cielo fue Delia, quién, además, aseguró que la luz rosa brotó de las heridas de Alejandro mientras su alma ocupaba un lugar en el firmamento.

En el juicio, Alfredo García explicó que en la galaxia estallan pequeñas estrellas todos los días. «Cualquiera puede ser testigo de uno de esos fenómenos astrológicos si mira desde el llano hacia una colina», dijo



refiriéndose a la posición de los arrieros cuando vieron las luces. «Solo una mente rudimentaria puede convertir esos destellos estelares en míticas exhalaciones espirituales».

Con ayuda del psiquiatra, García logró convencer al jurado de que la asesina pretendía encontrar el alma de Alejandro por el mismo motivo que hurgaba en las vísceras de los animales después de cazarlos. «Sentía una curiosidad inaplazable por el interior de todas las cosas», dedujo.

Casi todos los habitantes de Alto Cedro habían oído rumores acerca de una niña que cazaba sola en el monte y que luego rebuscaba algo en las entrañas de sus presas. Ningún miembro del tribunal se resistió a creer que Delia había reanudado su búsqueda descabellada del alma porque así podía canalizar su cólera. «Por fin se había convencido de que Alejandro nunca sería suyo», concluyeron. Según sus últimas deducciones, la locura había encontrado en la decepción amorosa el pretexto perfecto para resurgir en su forma más atroz. Juliana, la hija menor del boticario, aprovechó tales afirmaciones del fiscal para reintroducir su ponzoña:

«Esta psicópata cayó en la cuenta de que, habiendo recuperado la salud, Alejandro volvería a los brazos de sus novias. Qué mejor forma de evitarlo que descuartizarlo con el mismo procedimiento por el que siempre la han creído loca», afirmó señalando otra vez a Delia.

El pertinaz abogado defensor llamó inmediatamente a su mejor testigo, Miguel Carrión.

—La lógica de todos los aquí presentes —contestó el médico— es tan racional y atinada que demuestra lo irracional y desatinado que puede ser el pensamiento de una persona enferma como Delia.

El psiquiatra explicó que en una mente perturbada como aquella lo esencial puede ser precisamente lo que para la gente normal es irrelevante o incluso inexistente: «Esto les servirá a quienes deseen comprender lo que ha pasado aquí, y hacer justicia. Si lo que queremos es una condena, podemos juzgar con un argumento realista a alguien que ni siquiera vive en la realidad».

Dicho esto, comparó el desarrollo mental de Delia con el de un infante de tres años. Según dijo, Alejandro fue siempre para Delia lo mismo que el «juguete preferido» para un niño pequeño. «El bebé coge en las manos el juguete, lo observa con admiración durante un tiempo y, cuando la curiosidad

está saturada de su apariencia externa, intenta destruirlo porque quiere saber qué lleva por dentro». «Tanto se identificaba con él y lo quería, que llegó a idolatrarlo. Matarlo se convirtió en su único modo de poseerlo, y sus delirios harían el resto. ¡Pudo haber sido peor!», puntualizó Miguel. «Algunos de estos pacientes se comen a sus ídolos humanos para fundirse con ellos y absorber sus cualidades magnificadas por el delirio».

Con tales argumentos del especialista, García consiguió sostener hasta el final sus teorías de la enajenación y el retardo mental en defensa de su cliente. Su mejor testigo usó convincentes datos científicos para demostrar que la psicosis orgánica de Delia la invalidaba para vivir en la realidad. Por eso, la acusada no pronunció en el juicio ni una sola palabra acerca de sus verdaderos motivos para cometer el asesinato. Según le dijo a Julio Martínez, diez años después, eso solo habría servido para que el psiquiatra cambiara su diagnóstico por algún otro retorcido término en latín, y profanara aún más el noble propósito de aquella muerte.

—¿Qué puede tener de noble quitarle la vida a un hombre querido hasta por los animales? —preguntó entonces El Galán.

Para muchos, aquella pregunta podía parecer una metáfora, pero Delia conocía los hechos reales que le conferían un realismo literal.

Alejandro había domesticado el corazón de las criaturas más salvajes de Alto Cedro. No solo salvó la vida de los animales que rescató en las trampas mortales de Delia, también las bestias de carga reconocían su voz, y le obedecieron incluso después de que muriera.

Cuando el río Cauto creció por las grandes lluvias de 1998, la pequeña rivera donde los mulos de Alto Cedro se detenían para beber se convirtió en un tropel de aguas turbias y peligrosas. Las bestias no quisieron aprender a bordear el cauce ni siquiera cuando el ejemplar más viejo acabó hundiéndose allí con los más de cien litros de leche que cargaba encima. La actitud servicial de Alejandro sacó del apuro a los arrieros cuando ya habían usado sin éxito toda clase de métodos para controlar a sus animales. Alejandro se acercó a los mulos, que entonces cocebaban o mordían a cualquiera, y con su actitud impávida de otro mundo les silbó una extraña melodía.

Al cabo de un tiempo, los animales huían del agua nada más escuchar el silbido con el que Alejandro los orientaba desde la colina. Los arrieros

prescindieron en seguida de sus métodos violentos porque sus bestias fueron otra vez los cargueros dóciles que ellos habían ayudado a nacer. Incluso, en la noche más trágica que se recuerda en Alto Cedro, fueron los mulos las únicas criaturas silenciosas desde el barranco hasta la Sierra de Cristal. Durante toda la madrugada, persistieron mezclados por el eco: cantos, berridos y lamentos que venían de todas partes, menos del patio de los arrieros.

Carlos y Cristóbal no consiguieron arrancarle a sus desvelos las imágenes que habían visto en el cielo justo después del asesinato. Se levantaron con un fuerte dolor de cabeza, y se dispusieron más temprano que nunca a reunir a sus animales de carga. Pero los mulos no estaban en el establo. Nadie los oyó bajar al arroyo por el mismo camino que recorrían sin sosiego todos los días. Sin embargo, ¡allí estaban!

Carlos y Cristóbal revivieron el desconcierto de la noche anterior cuando hallaron a sus bestias más alineadas que un pelotón militar inclinando las cabezas hacia las aguas sin intención de beber en ellas. No supieron nunca qué imagen podía estar reflejándose en el arroyo capaz de provocar semejante estupor a unos animales que ni durmiendo permanecían tan inmóviles. Sospecharon que, fuera lo que fuera, aquello que los mulos contemplaban en el río guardaba alguna relación con el silbido del viento que los despertó de aquel letargo y les provocó el trote sosegado, pero imparable, con el que regresaron disciplinados al establo.

Con sinuosa intención lo contaron todo Carlos y Cristóbal el día del juicio. Pero los letrados y demás eruditos presentes coincidieron explícitamente en que para la brisa bloqueada por las montañas de la sierra nada era más fácil que imitar el silbido disperso con el que Alejandro había adiestrado a esos animales. Agregaron que, después de una noche tan tormentosa como aquella, los mulos habrían podido aparecer desorientados en cualquier parte.

Después, el juez y algunos miembros del jurado murmuraron que cualquier insinuación fanática podía esperarse de esos dos guajiros ignorantes que se ponían a favor de la acusada para secundar unas alucinaciones color rosa que vagaban por el cielo. Carlos y Cristóbal jamás supieron sobre el resto de los acontecimientos extraños que se vincularon con la muerte de Alejandro, aunque envejecieron convencidos de que el espíritu de aquel muchacho amable merodearía eternamente por las inmediaciones del barranco.

Según vaticinaron los arrieros, todas sus travesías por las montañas seguirían siendo cerreras, pero la docilidad repentina de los mulos sería para ellos el indicador insoslayable de aquella presencia invisible.

Algo parecido le ocurrió a Paula. Ella era una de las pocas personas en el pueblo que confiaba en que Alejandro recuperaría la salud, aunque en ninguno de los libros de su padre encontró explicación médica alguna para la remisión de aquel supuesto cáncer intratable. Basaba sus esperanzas en las múltiples pruebas que Delia le había dado acerca de la capacidad curativa del espíritu.

Aún tenían las dos tan solo seis años cuando, por primera vez, Delia le mostró a Paula que el dolor es un brevísimo accidente en el devenir perenne de la paz y la felicidad infinitas.

Ocurrió en un verano muy húmedo mientras las niñas jugaban en el monte. Estaban disputándoles a los pájaros los primeros mangos maduros de junio, y una abeja picó a Paula en un brazo. La ponzoña se esparció en seguida y pareció que dolería para siempre. Delia localizó el aguijón y exprimió unas hojas extrañas sobre la piel de su amiga. De las palabras desordenadas que le dijo después, Paula solo recordó las últimas: «Ya no te dolerá». Como siempre que Delia ponía sus manos sobre alguien, el mal desapareció sin rastro.

Se cree que ni siquiera la propia Delia sabía por qué elegía específicamente cada una de aquellas plantas medicinales. Tampoco ha podido nadie descifrar su jerga mística. Pero, si a alguien le quedaron razones para no dudar de sus argumentos de sanación fue a Paula.

**«Solo una mente muy perturbada puede  
pretender un acto de salvación que, a simple  
vista, parezca una monstruosidad».**  
**(E. D. Z.)**

Con iguales manierismos, Delia le conjuró el alma al perro del boticario un año después, y aunque por eso se les prohibió volver a estar juntas, Paula siempre imaginó que aquellos incomprensibles procedimientos también curarían algún día a los constipados, a los indigestos, a los asmáticos y a los sonámbulos de Alto Cedro.

Desde que Delia se postró por primera vez junto a la cama de Alejandro, a Paula le volvió a brillar en los ojos la esperanza. Puso flores de jazmín cada semana junto a la cama del enfermo y le dijo convencida que muy pronto volverían a pasear juntos por la colina. Estaba segura de que las visibles muestras de vida que comenzaron a asomarse en la envoltura externa de Alejandro se debían a las extrañas incursiones que Delia practicaba cada día en su interior más profundo. Cada vez que Paula olía el movimiento de los jazmines de noche, esparcidos por el viento, se apresuraba a la casa de Alejandro esperando encontrárselo en pie y listo para arrancar otra vez aquellas mismas flores con las que la había conquistado. Paula lo hizo incluso la noche en la que Alejandro murió. “Los jazmines nunca me han mentado”, dijo tres meses después en el juicio.

Se refería a que cuando Alejandro se subía a los árboles y cortaba para ella los brotes, el viento se cargaba de aquel aroma y le avisaba de que iba a verlo antes de que él se asomara por su ventana. Ocurrió justo antes de la hora fatal.

A Paula le pareció que todos los jazmines de Alto Cedro se habían trasladado hasta su casa. El olor le sobrecogió el corazón y salió corriendo y dando saltos de alegría porque estaba segura de que Alejandro, por fin, se había levantado de la cama. Iba sonriéndole a la esperanza de encontrárselo tan sano como lo había conocido, a pesar de que en todas las montañas

orientales estaba muy extendida la creencia de que antes de morir todo enfermo terminal recuperaba el hálito de energía necesario para emprender el largo viaje hacia el otro mundo. La naturaleza, con su inverosímil apariencia, le había revelado la mitad de la verdad. Acerca del resto, en aquel momento no consiguió nada más que conjeturas, aunque fue ella una de las pocas personas que corrió tras Alejandro por el monte, desde que vio su cama vacía hasta que lo encontró desplomado en el borde de la colina.

En esa época, Paula no tuvo la ocasión de que nadie le contara la versión sobrenatural de aquella muerte, pero al viento perfumado que se alzaba desde el fondo del barranco también le dio por lanzar pétalos inconfundibles de jazmín por las ventanas de su cuarto. Su padre acabó alarmado por todas las veces que, sin razón aparente, la vio suspirar o sonreír. Cuando la descubrió otra vez escapándose de madrugada hacia la colina, le prescribió él mismo unos antidepresivos, porque la mente de su hija más serena debía de estar muy perturbada como para revivir aquel romance tormentoso, ahora, con un fantasma.

El boticario no entendía que Paula no solo se comportara como si el difunto amante aún viviera, sino que, además, volviera a la casa cada día más enamorada de él. Se preguntaba si acaso Paula no había visto suficientes veces aquellas flores marchitas que seguía contemplando con el mismo entusiasmo que si acabara de recibirlas, o si nunca se cansaría de leer aquel poema que, según decía, reflejaba la evolución de los sentimientos de Alejandro desde que era un muchacho inquieto y apasionado hasta que se perdió en las tinieblas antepuestas a la luz definitiva. Paula prefería sostener con sus manos las hojas de papel en las que el autor había improvisado aquellas letras que, desde hacía ya mucho tiempo, ella debía saberse de memoria:

Destapa mi existencia: decía el poema.  
Verás algo nadando en el fondo:  
unas ganas espantosas de escribir  
la perfecta ortografía de tus senos,  
y respirar fieramente el doble placer de tus aromas,  
hasta que mi memoria se llene  
con más sílabas de tus gemidos

que mi conciencia con lo impuro,  
hasta que de tu vientre las suaves sensaciones  
se truequen en imágenes salvajes...

En otra estrofa decía:  
Detesto de mis ojos  
tal asomo de la duda  
que me corta sin permiso las palabras;  
de mi voz, la fingida transparencia  
que no se atreve a interrumpirte la sonrisa,  
y de este lápiz  
detesto el silencio,  
con que escribe el testamento de estas noches...

Paula lo leía una y otra vez, como si invocara así sus viejas emociones. Lo mismo se dejaba envolver por las angustias inefables de sus últimos versos que por la lujuria sin sosiego de los primeros.

Paula fue vista desnudándose en el barranco, incluso cuatro años después de que Alejandro muriera. Los campesinos que la descubrieron venían borrachos de una parranda en el pueblo y, según lo contaron, no sucumbieron a la tentación de acercársele demasiado porque tuvieron la impresión fugaz de ver a alguien más junto a ella. Al boticario solo le dijeron que su hija aún deambulaba desnuda por la colina. Omitieron describirle las caricias que ella se practicaba a sí misma, y los gemidos que, muy pronto, fueron comidilla de los vecinos más maliciosos de la zona.

El boticario era un hombre recto que aborrecía todo lo que pudiera cuestionarse. Se llamaba Justo Pérez. Decía que, al contrario de lo que todo el mundo pensaba, sus padres no le habían puesto aquel nombre para que fuera abogado y administrador de la justicia sino para que se convirtiera en un defensor acérrimo de la justa medida de todas las cosas. Para él, Delia había sido desde que nació una criatura extravagante y como tal era solo cuestión de tiempo que la encerraran en la cárcel o en el manicomio. Hacia Alejandro tampoco mostró nunca aprobación alguna. Decía que si un solo hombre disponía en cuerpo y alma de más de diez mujeres hermosas, algún día ese



desequilibrio kármico clamaría por paliarse con un derroche inverso de pasiones negativas. Incluso no se sorprendió cuando le dijeron que Alejandro había sido asesinado. Siempre creyó que algún marido celoso ejecutaría la sentencia que, en 1995, había dictado Secundino Nieto contra Alejandro.

“Se ha llevado a mi mujer y me ha dejado a una enemiga sin paz y sin cordura, y por eso merece morir”, dijo aquel gigante en una cafetería del pueblo mientras levantaba una botella de aguardiente con la mano derecha y, con la izquierda, un cuchillo de 20 pulgadas.

Nadie detuvo a Secundino cuando se dirigió al lugar donde todos sabían que se encontraría cara a cara con el rival eterno del amor ajeno. Pero el gigante volvió de allí convertido en otra persona. María Luisa, su esposa, regresó a vivir con él sin explicarse de dónde había salido el hombre tierno y pacífico que se instaló en su corazón justo después de su más peligroso ataque de ira.

Secundino acorraló a Alejandro y, sin que el cuchillo le temblara en las manos, le preguntó qué pudo encontrar María Luisa en él que no tuviera ya con su marido en el hogar. Alejandro lo miró a los ojos y le contestó: “La serenidad de la que careces ahora mismo”.

En ese justo momento, Nieto bajó la mirada, guardó el cuchillo y se calmó. Para Alejandro fue como volver al mundo, aunque el hecho de que todo sucediera en ese preciso lugar se convirtió con el tiempo en un mal presagio. Allí mismo, bajo similares circunstancias, había vivido a sus 10 años la experiencia brutal que confinó su esencia vital. Su mente privilegiada consiguió conquistar mejores recuerdos hasta que ese día Secundino Nieto hizo que el viejo conflicto despertara en la memoria y estremeciera cada célula de su cuerpo como un viejo volcán inactivo que no puede renunciar a la subyacente y abrupta naturaleza. “No tendrá tanta suerte la próxima vez”, sentenció el boticario cuando se enteró del desenlace jovial de aquel violento incidente. Aquella frase llegó a figurar en el sumario por el asesinato varios años después.

Aquel día, Justo Pérez suplicó al tribunal que no confundiera su desacuerdo por la conducta lasciva de Alejandro con un deseo de que muriera. Los vecinos que vieron al boticario corriendo hacia la colina la noche del crimen testificaron que llevaba una expresión de alegría en el rostro. “Cuando

subió parecía desesperado por confirmar una sabia nueva, aunque, cuando bajó, parecía un fantasma desconcertado”, se hizo constar así la declaración de Carlos, el arriero. “Cuando me dirigía hacia el barranco —se defendió el boticario—, creía que sabía cómo y por qué había muerto Alejandro. Después de lo que vi, no volveré a estar seguro de nada más en este mundo”.

Según admitió, creía que el tiempo le otorgaba finalmente la razón. A fin de cuentas, los romances deliberados del muerto ya lo habían colocado al menos por una vez, entre el precipicio y el cuchillo de algún marido resentido.

Así esperaba Justo Pérez que fuera el final de Alejandro. Como lo consideraba el enemigo natural de todos los hombres enamorados de Alto Cedro, seguramente moriría apuñalado por los celos de alguno de ellos. Sin embargo, Justo no halló ninguna explicación para lo que realmente ocurrió, ni en su vasto arsenal de silogismos y equidades; sobre todo, lo intimidaron sus propios sentimientos cuando se miró en los ojos de la asesina el día del juicio. Le bastaron esos segundos, y toda su vida de pragmático observador, para adivinar que aquel brillo en las pupilas de Delia era el mismo que traía su hija Paula cada noche al volver del barranco. “Alejandro solo ha muerto para los que nunca han vislumbrado la eternidad”. Con esas palabras acabó Delia su testimonio en el juicio y sembró la peor incertidumbre en la vida del boticario.

Justo Pérez bajó la cabeza y hundió para siempre su mirada pragmática. Recordó que había notado igual convicción en las expresiones desconcertantes con las que su hija Paula defendía la memoria de Alejandro, sus romances póstumos y sus apariciones imposibles. Llegó a pensar que, cada atardecer, cuando la primera mirada de la luna despertara a los jazmines, su hija Paula perdería el juicio y lo recuperaría con el sol al amanecer, hasta que un día no consiguió rebatir las limitaciones de su propia objetividad. Por primera vez, Paula, harta de que él la llamara *loca*, le preguntó:

—¿Papá, has visto alguna vez tu consciencia?

—No —respondió tajante el boticario.

—Pero ¿crees que tienes una?

—Por supuesto.

—¿Cómo puedes estar seguro de la existencia de algo que ni tú ni nadie ha podido ver jamás? —preguntó Paula otra vez.

El boticario reflexionó unos segundos y recordó la palabra: “REFLEJO”.

Era el término que habían usado sus maestros marxistas para referirse a la consciencia.

—La consciencia es un reflejo de nuestro cerebro; cuando este muere, la consciencia desaparece —argumentó triunfalmente el boticario.

—Papá —replicó Paula con seguridad—, las lágrimas de los que se consuelan en el barranco, la docilidad repentina de las bestias más cerreras de Alto Cedro, mi propia felicidad, incluso esta conversación son solo algunos de los reflejos de un hombre que ya está muerto.

A Justo Pérez no le quedó más remedio que relativizar todas sus convicciones. Se había desvanecido su última coyuntura lógica. Ni siquiera pudo sostener la teoría de que a su hija el duelo por Alejandro le había provocado una extraña forma de locura con episodios de sonambulismo, porque cuando Paula se encaminaba hacia el barranco no solo estaba más feliz sino también más despierta y más lúcida que nunca. Incluso en la primavera que se le ocurrió visitar a la asesina, Paula iba y volvía sonriente.

Todo el mundo esperaba que la sombra del rencor, instalada en el rostro de Paula hasta poco antes del juicio, le durara para siempre. Pero la semana anterior al testimonio con el que desconcertaría a los hijos más pródigos de Alto Cedro, ella volvió del barranco con los aires de candidez que su padre no tardó en confundir con síntomas de enajenación. A partir de aquella noche, a Paula no se la escuchó jamás hablar del asesinato que casi la desconsuela de por vida. Volvió con un ramo de jazmín en las manos, y los cuestionamientos y reproches que pronunciaba contra Delia se habían esfumado. Juliana, que nunca dejó de ser una criatura enojada, notó enseguida que su hermana Paula ya no mostraba signos de hostilidad.

—¿Qué? ¿Ya te has olvidado de lo que te ha hecho la loca esa? —le dijo a Paula cuando la vio volver sonriente del barranco.

A Paula le bastó un instante para argüir que Juliana solo intentaba restablecer su resentimiento y poder seguir regocijándose de que, por fin, ambas tuvieran algo en común. La miró a los ojos y le contestó unas palabras que, según insinuó después, Alejandro le había susurrado desde el cielo esa misma noche:

—Cada criatura del universo es sagrada —le dijo Paula a su hermana— desde la abeja que fecunda las flores sin saberlo hasta el asesino que planifica

la muerte de los seres que amamos. Todos vamos en un viaje con un propósito inescrutable.

Después de eso, Juliana no dejó de ser una mujer amarga, aunque su intuición le permitió enlazar algunos de sus recuerdos del pasado con aquellas semiconfesiones sobre difuntos misionarios, y eso debió asustarla demasiado. Su rencilla se quedó a vivir en los huesos. A los 50 años era una anciana reumática, incapaz de verbalizar sus acusaciones internas. Muchas veces recordó de las conversaciones con Alejandro palabras similares a las que Paula utilizó para silenciarle la antipatía. Cuando, cegada por los celos, Juliana le decía a Alejandro que no era un hombre muy alto para ser tan popular, él bromeaba tácitamente acerca de su propia trascendencia: “La verdadera estatura se mide en años luz”, le contestaba.

La idea de que Alejandro pudiera estar conectado con algún punto lejano en el universo sorprendía con frecuencia a Juliana. Era un simbolismo oculto con coincidencias que iban y volvían sin que pudiera negarse a reconocerlas, pues convergían en palabras que ella misma le había oído pronunciar alguna vez al propio Alejandro:

«“Me aferré a unas pinzas de titanio con tan solo unos segundos de nacido”, le decía él. Porque, según mi madre, de ese metal está hecho el núcleo de la estrella que me atrae desde el cielo y las cenizas de todos los seres vivientes cuando vuelven a la tierra».

Así se lo había contado Mariana a Alejandro. También le dijo que ningún pediatra le explicó de dónde había sacado fuerzas un recién nacido sin aire en los pulmones para agarrarse a aquellas pinzas. Y que durante un tramo del camino que ella recorrió desde el hospital materno hacia Alto Cedro subió en el mismo autobús una extraña mujer que le pidió ver a su bebé y que, antes de bajarse, le explicó sin preámbulos la atracción que existiría siempre entre el fruto de su vientre y algunos cuerpos celestes de otros mundos. Específicamente, le habló de Rigel, una de las estrellas que conforman la espada de Orión.

Cuando Juliana recordó todas aquellas coincidencias dispersas, dejó en paz a su hermana. Alrededor de Alejandro y de su muerte se podían intuir cosas mucho más extrañas que el hecho de que Paula visitara el manicomio para cuidar y alimentar nada menos que a la chalada asesina que le había roto

el corazón.

Paula comenzó a visitar a Delia el 25 de noviembre del 2006. Se adentraba en los cinco kilómetros de terraplén asolado que separaban la cárcel holguinera de toda superficie habitada y, con los pies hinchados y los ojos llenos de tierra, cuidaba de Delia sin hablarle de nada. La primera vez que estuvo allí se confundió de pabellón. En lugar de bordear las escaleras hasta el comedor del pequeño hospital, tal como le habían sugerido los guardas, atravesó un pasillo que conducía hacia los bloques penitenciarios. Desde allí pudo ver a los presos comunes mientras tomaban el sol. Según lo contó después, la escena era dantesca.

Vio a varios reclusos evidentemente enfermos. Estaban desperdigados por el patio, abandonados y temblorosos como trozos de naturaleza muerta, que contrastaba con los hombres jóvenes y robustos que, a pocos metros, jugaban al basquetbol. Paula no había visto jamás semejante indiferencia ante el dolor ajeno. Pensó que hasta los totíes en el monte vuelven sin dudarlos por cualquier otro pájaro herido. Incluso Delia mostró remordimientos frente al cadáver del hombre que había fulminado. Y en ella estaba pensando Paula cuando los deportistas la vieron a través de varios metros de rejas en el segundo piso. Algunos le mostraron el pene y, con obscenidades e insultos multitudinarios, la prepararon para lo que iba a ver cinco minutos después, a pocos metros de allí.

A Delia el mundo la había abandonado en un rincón húmedo y con una minúscula ventana por la que el sol se colaba horizontalmente tan solo 10 minutos a partir de las 10.30 de cada mañana. Nada más la visitaba una enfermera cuyas únicas palabras consistían en negociar un menú abominable por el precio exacto de tragar sin la menor protesta los psicofármacos que traía. Delia se había revelado contra los medicamentos porque, según decía, le envenenaban las ideas fabulosas con las que había nacido y la enfermaban de realismo. Los ayunos habían convertido su belleza primitiva y salvaje en un ademán apagado que, por lo menos, aún dejaba entrever su paz primigenia. Le habían cortado el pelo a la fuerza. Le habían hecho heredar el vestido de una esquizofrénica de 100 kilos, y sus zapatos eran dos veces más grandes que sus pies. Cuando vio a Paula, sonrió, sacó de su bolsillo maltrecho una foto estrujada de Alejandro, y murmuró entre dientes: «Sabía que no te olvidarías

de mi».

A Paula se le permitió visitarla y alimentarla con cada vez más frecuencia, siempre y cuando la convenciera de tomar los psicotrópicos. Entre las dos idearon un método infalible para que Delia ocultara las tabletas en la boca y pudiera escupirlas después. Leían juntas los mismos libros y, con el tiempo, sus escasas palabras fueron sustituyéndose por risas conspicuas y gestos de fraternidad. No ocultaban nada. Era como si entre las dos verbalizar equivaliera a redundar. Finalmente, en las circunstancias más inesperadas, recuperaron lo que el boticario les arrebató cuando tenían siete años.

Quienes, en esa época, nunca las vieron compartir los frutos subidas en el mismo árbol ni cubrir con hojas de yagruma los nidos de las tiñosas, se preguntaban cómo podía Paula ofrecerle mucho más que compasión a aquella mujer que le había disparado en el corazón a su único amor. Enrique de Marcos y Mariana suspendieron el saludo a Paula cuando supieron que ella estaba atenuando el merecido infierno en el que hasta entonces se había estado consumiendo la asesina. Incluso fueron a ver al boticario. Cuando ya habían fracasado en todos sus intentos de sabotear las visitas de Paula al manicomio, intentaron usarlas para hurgar en el corazón de Delia.

Tal como se lo imploró Mariana, en varias ocasiones Justo Pérez le preguntó a Paula si por fin la asesina había confesado las verdaderas razones que tuvo para matar a Alejandro. Paula siempre respondía lo mismo: «Lo ha dejado todo muy claro el día del juicio».

Delia había dicho: «Alejandro nunca perteneció a este mundo. Yo solo fui el vehículo para su transición».

La madre desconsolada había coqueteado toda su vida con la idea de haber traído al mundo a un niño marcado por las estrellas, aunque no debió creerlo de corazón porque jamás aceptó la idea de que su hijo sería devuelto al cielo, en cuanto cumpliera con su breve cometido en la tierra. Tal como se lo aseguró Delia el día del juicio.

Para Miguel Carrión y demás eruditos del tribunal, aquellas afirmaciones de la acusada solo estructuraban el delirio de una enferma cuyas alteraciones mentales la inducían a sentir reemplazada su voluntad por una fuerza exterior presumiblemente de otros planetas. Usaron el mismo manual de psicopatologías para explicar las declaraciones de varios vecinos que vieron

a todas las criaturas del monte congregadas alrededor de Alejandro en la víspera de su muerte. Insistieron en que aquellas imágenes no eran recuerdos sino espejismos, a pesar de que Delia los interrumpió para explicar que, a través de sus cantos primigenios, los animales anunciaron el regreso de Alejandro a la misma totalidad que le enviaba sus mensajes con el gorjeo de las lechuzas por las noches, y al amanecer, con la garganta del sinsonte. Pero esas palabras solo le dieron a la fiscalía la mejor ocasión para desmentirlo todo y llamar a unos testigos muy elocuentes, Pedro y Manuel Álvarez. Eran los mejores guardabosques de Holguín. Ambos contaron, con minuciosa descripción, las atrocidades que, precisamente, las lechuzas y sinsontes habían sufrido a manos de Delia desde que ella cumplió los tres años.

Se quejaron de que su vehemente protección de los piñones sufría frecuentes abandonos a causa de las persecuciones implacables que Delia perpetuaba contra los animales más endebles del monte. Varias veces tuvieron que abandonar el cuidado de los árboles para intentar salvar la vida de pájaros y reptiles que, normalmente, no debían correr ningún peligro, porque ni hacían mal a nadie ni servían para nada. Según dijeron, dedicaron muchas horas de su descanso para disuadir a Delia de sus asechanzas despiadadas. Cuando ellos recogían sus enseres para irse a dormir, los gritos desesperados de las lechuzas delataban la presencia de la cazadora en el bosque. Lo sabían porque ninguna otra criatura en las montañas atacaba a esas aves rapaces, mucho menos, en pleno vuelo.

Pero los guardabosques siempre llegaban tarde. Aunque las afiladas garras del animal provocaran profundas heridas a Delia, ella conseguía reducirlo. Finalmente, lo dejaba colgado de una rama sin el corazón y exhibiendo desordenadas las entrañas. A los Álvarez ya les era difícil imaginar crueldades mayores, cuando descubrieron que a las crías de los sinsontes que rompían el cascarón, a principios de junio, les iba aún peor. Delia los raptaba en el nido y los subía a la copa de los árboles, donde enseguida serían descubiertos y devorados por las auras y los gavilanes, y ningún sinsonte adulto se atrevería a hacer nada para defenderlos.

El fiscal siguió incitando a los guardabosques para que dejaran claro que la crueldad de la asesina había nacido con ella y era anterior a su locura. Pedro y Manuel concluyeron en que se extrañaron mucho cuando vieron el

cadáver de Alejandro, porque esperaban que Delia hubiera extendido su saña más allá de los órganos internos y le mancillara también el alma, igual que lo había hecho con los animales más indefensos de Alto Cedro. Añadieron que Mariana y su marido, por lo menos, enterrarían al hijo con algunos trozos del corazón, una suerte que no tuvieron los cuerpos ultrajados por Delia, podridos en los árboles y sin sepultura. Las palabras con las que Delia se defendió de tales acusaciones entrañaban un sentido legítimo que nadie en el tribunal estuvo dispuesto a reconocer. Dijo que las lechuzas a las que daba muerte eran ejemplares viejos que a veces mataban a las crías de los ratones solo para abandonar después sus cuerpecitos destrozados entre los piñones. Según ella, con la aniquilación de esas rapaces no solo aprendió un poco más acerca del interior inefable de los seres vivos, sino que también salvó de una muerte improductiva a cientos de roedores indefensos. Sus propósitos con los sinsontes fueron para los miembros del jurado aún más desconcertantes.

—Aquí todo el mundo sabe que, a partir del 24 de junio —dijo Delia—, todos los pájaros de estas tierras abandonan sus nidos y las crías retrasadas quedan a merced de los gusanos. Yo preferí que la aniquilación inevitable de esos pichones sirviera para alimentar a otras aves más elevadas que vuelan próximas al firmamento y a la totalidad.

Así pensaba Delia. Consideraba inferiores a todas las criaturas ceñidas a la tierra, más alejadas del cielo y de la eternidad. Conocía algunos seres humanos así. Según declaró ella ese día, Mario Tejeda, su padre, era uno de ellos; habría comenzado por él la purgación de muchas más almas vacías si no fuera porque a través de las enseñanzas de Alejandro Dios le reveló que desde el hombre impío hasta el gusano anélido son criaturas del universo creadas con el mismo amor.

Cuando el tribunal le preguntó a Delia por qué entonces la víctima había sido privado de aquella misma oportunidad, ella reflexionó unos segundos y dijo:

«Alejandro *vislumbró en su interior el camino* de vuelta a su morada entre las estrellas, un lugar imposible de alcanzar aferrándose a la vida».

Según explicó, con sus habilidades de sanación ella solo retrasó la partida de Alejandro. Le restituyó el tiempo que necesitaría para despojar en su espíritu las aflicciones propias de su tránsito por la carne. «Él tenía una deuda



pendiente con su alma», aseguró Delia.

Ante semejantes insinuaciones, el fiscal presentó una prueba, para muchos irrefutable, de que Alejandro no pensaba morir sin antes envejecer y, por lo tanto, nadie podía sostener la teoría de un posible comportamiento suicida. «¡La víctima nunca planeó morir a sus 29 años!», exclamó Fernando Puentes agitando en el aire un poema que Alejandro había escrito cuando aún no cumplía los 15, y que se titulaba: «Cuando yo llegue a viejo».

Quando yo llegue a viejo leyó el fiscal:  
Navegarán sobre una superficie,  
tranquila y serena,  
La claridad de mis cabellos,  
Las imborrables marcas de cada año  
Y, quizá, un bastón.  
Pero allá, en lo más profundo de las aguas,  
Nadarán veloces los peces,  
Se agitará fuerte y violenta una corriente  
Tras el latir perenne de mi corazón,  
Tras el latente andar de mi joven  
pensamiento.

Nada más Fernando terminó de leer la última estrofa, Delia se levantó sin permiso del banquillo y contestó:

—¡Señor, los ángeles también envejecen!

En seguida todos recordaron los versos que Delia recitó antes de abandonar el cadáver de Alejandro en la colina, según los cuáles un ser vivo envejecía y moría muchas veces hasta la eternidad.

La falta de sentido que todo el tribunal buscaba en las palabras de Delia se perdía en el laberinto sin salida de una concepción distinta del mundo. Nadie podía confirmar ni negar su mensaje. Las ciencias y las leyes solo pudieron emborronarlo con la condición de un trastorno mental. El psiquiatra que cumplía con la función de defender a Delia la interrogó capciosamente para que revelara los detalles del viaje espiritual al que se había referido, y poder así señalar cualquier expresión extraordinaria y clasificarla como un

pensamiento delirante. Con tales argumentos de Delia, fantásticos pero lógicos, era más difícil demostrar su culpabilidad que su locura. Solo ella podía conocer los últimos deseos de Alejandro, y acerca de ellos no hizo revelación alguna.

Ningún miembro del tribunal consiguió que la acusada revelara los secretos de la víctima el día del juicio. Delia contó el trayecto místico que purgó el cuerpo y el alma de Alejandro diez años después. Entonces, se lo confió todo a la única persona que quiso saberlo por cuestiones del corazón: Julio Martínez.

Él fue a visitarla cuando estimó que ya habría sufrido lo suficiente para saldar su deuda con la sociedad y que, tal vez, estaría lista para rendir cuentas ante Dios. Sin embargo, encontró en las palabras de Delia un mensaje tan profundo y contradictorio que solo podía comparar con las señales inescrutables que la providencia había hecho en él mismo durante sus postreros días de sacerdocio. Martínez no se decidió a contar nada de lo que vio y escuchó en la prisión hasta que Mariana se lo imploró poco antes de envejecer y morir. Esa mujer no se conformó con ninguna de las explicaciones que recibió, ni siquiera cuando perdió la vista de tanto buscar la verdad y una apoplejía le obstruyó el cerebro con la gran angustia que le producía pensar que tal vez ya no iba a encontrarla. Por eso el exsacerdote solo compartió con ella los fragmentos más tranquilizadores de la historia. Se abstuvo de revelar los detalles que, probablemente, ella jamás habría conseguido aceptar. Hasta entonces, Julio militó en una iglesia protestante bajo las órdenes de un pastor que depositó en sus manos el seguimiento espiritual de los feligreses que se ausentaban del templo, especialmente de los enfermos. Martínez veía a Alejandro en cada uno de ellos. Oraba junto a sus camas con la convicción de que intercedería por sus vidas. Corroboró sus teorías de los beneficios catárticos que la confesión producía en la salud, aunque jamás vio a ningún doliente levantarse de su lecho de muerte ni curarse del asma o de tormentos oníricos, tal como había ocurrido cuando Delia era apenas una niña y comenzó a acrisolar el impulso vital de los afligidos.

En busca de respuestas, Julio recurría con más frecuencia a los recuerdos que tenía de Delia que a las sagradas escrituras. Incluso en él se obraba una paz elemental cuando recuperaba la infancia de aquella persona extraña en su

imaginación. Para aquietar sus pensamientos Julio volvía a ver a Delia jugando junto al arroyo. La recordaba retozando descalza encima de las mimosáceas espinosas que respiraban el vaho húmedo de las aguas o recopilando hierbas con propiedades desconocidas para curarse ella misma la picadura infectada de algún insecto venenoso. La veía plantándole cara al dolor con tan solo tres o cuatro años, en medio de su infinito abandono, y podía oír su risa, que era como evocar los sonidos de la naturaleza con sus cantos de soledad y comunión. Allí, con sus manierismos anómalos y sus musitaciones absurdas, la contemplaron cientos de ojos demasiado terrestres como para comprenderla en su proximidad a la gloria. La mayoría solo advirtió sus cacerías sangrientas y la frívola alegría con la que profanaba las tumbas. Casi nadie percibió que para ella la muerte significaba otra cosa.

La condenaron sin comprenderla. El bien es tan profundo y tan externo es el mal que ante los ojos del mundo la intención liberadora de Delia quedó extraviada entre la maleza de los actos oscuros que la envolvían. Solo una loca muy perturbada podía pretender un acto de salvación que, a simple vista, pareciera una monstruosidad. Y así la recordarían.

La noche del crimen, Delia apagó las últimas velas perfumadas que durante tres meses había mantenido encendidas junto a la cama de Alejandro; le dio un beso en la frente y pronunció las estrofas de un poema que continuó recitando después de matarlo. Nunca reveló la fuente de aquel poema, porque, según le dijo a Julio, ella no recordaba cómo lo había aprendido. El Galán siempre sospechó que unas palabras tan místicas solo las habría podido leer en alguno de los libros que Alejandro utilizó para conseguir lo que ningún otro maestro hubiera conseguido jamás. Tanto debió parecerse aquel libro a la singular naturaleza de Delia que, probablemente, con él aprendió a distinguir las primeras letras. Pero Julio nunca encontró tal obra literaria entre sus antiquísimas pertenencias. Tampoco acertó en cuanto al origen filosófico que le adjudicó a ese libro en particular. Casi veinte años después, descubrió que aquellos versos pertenecían a una literatura que ni siquiera era cristiana. Se lo demostró un estudiante saharauí que se encontraba de vacaciones en Alto Cedro. Aquel verano, el joven turista había preferido las montañas de Cuba en lugar de su Argelia natal, y asistió por cortesía al culto cristiano, por el que su novia holguinera profesaba ideas aparentemente distintas de las suyas. Entre

las manos apretadas de aquel muchacho descubrió Martínez los versos espirituales citados por Delia la noche del crimen. Perteneían a un poeta persa nacido en Afganistán en 1207: Jalal ad—Din Muhammad Din ar—Rumi. Entre los treinta mil versos traducidos al castellano de aquella lírica sufi encontró Julio Martínez las palabras que Delia le susurró a Alejandro al oído, aquella noche.

En ese momento, al Galán le pareció escuchar otra vez a su discípulo amado repitiéndole que las religiones no son más que divisiones equivocadas de los hombres, adjudicadas a Dios. Y las palabras de Delia emergieron del pasado y brillaron en la página 25 de aquel libro tan ajeno, y volvieron a resonar entre las paredes. Ella le había dicho a Alejandro, antes de abandonar su casa:

*«Eres el espíritu incondicionado atracado por las condiciones. Como el sol en el eclipse<sup>[4]</sup>».*

Después, Delia le dirigió a Mariana una mirada enigmática que la inquietó para siempre. Con aquel gesto lastimero, la madre de Alejandro fue inducida a una búsqueda desesperada de la verdad.

Incluso, mientras corría tras los pasos de su hijo por el monte, intuía que los demás acontecimientos de aquella noche serían igualmente difíciles de comprender, tal como se lo comentó a Enrique de Marcos durante la travesía. Según dijo, su hijo se estaba comportando como un poseso que iba pisando las huellas de Delia, ajeno a su voluntad. Sin embargo, perdieron su rastro entre los árboles, lo cual no era de extrañar debido a la habilidad que Delia había desarrollado para perseguir y escapar con éxito mientras jugaba con criaturas voladoras y burlaba impunemente algunas leyes de la naturaleza. Nadie sabe si ocultó algo en su reproducción posterior de los hechos, ya que podía hacerlo si hubiera querido.

Ningún testigo pudo confirmar ni negar la versión que Delia contó, desde que abandonó la casa de Alejandro hasta que congregó a todo el pueblo de Alto Cedro con el estruendo de su disparo. Según ella, ni siquiera tuvo que susurrarle a la víctima cuál era el lugar exacto donde lo esperaría para matarlo. Tampoco apareció prueba alguna de que Alejandro conociera lo que le ocurriría en la colina. Eso solo lo adujeron unos pocos visionarios que, con el tiempo, fueron considerados unos desequilibrados que de tanto visitar a la

asesina se habían contagiado con la atrocidad de su locura. Aunque Paula lo dijo el día del 4 juicio, nadie la creyó. Ella dedujo que en la reproducción de los hechos, y hasta en el sueño premonitorio de Laura, Alejandro aparecía tranquilo, mirando con su actitud impávida de siempre el firmamento. Ninguna señal de angustia se había descrito en su postura, más allá de las lágrimas tranquilas que no le hicieron temblar la voz, para indicarle a su asesina de qué lado tenía el corazón. Ambos testimonios lo describían calmado y sereno.

A ningún hombre que hubiera nacido y vivido, como lo había hecho Alejandro, se le adjudicó jamás una muerte más ilógica e indigna. Muy pocas personas llegaron a comprenderlo en realidad. Su madre, que no era precisamente una erudita, intuyó que algo fundamental había estallado en el interior del enfermo, durante su letargo. Hasta su último aliento ella se empeñaría en descubrirlo.

Durante muchos años, Alejandro fue considerado por su pueblo, y por la historia, un hombre virtuoso que consiguió recuperar la salud después de un extraño proceso de curación durante el cual también pudo perder la cordura. Podía explicarse así que se quedara tan tranquilo ante la inminencia de su muerte; aunque todo el mundo sabía que viniendo de Delia la amenaza, ni él ni nadie conseguiría nada con alarmarse ni con defenderse.

«No intentó huir ni implementar forma alguna de persuasión porque nadie mejor que él conocía la audacia de la asesina». Fueron los argumentos con los que el fiscal consiguió la mayor condena posible contra Delia.

—Fue a Delia, apuntándole con una potente escopeta, lo primero y único que vio Alejandro cuando acabó su última contemplación de la inmensidad. ¡Señores del jurado! —concluyó Fernando Puentes—, piensen en una alternativa más racional que la resignación, ante semejante acecho de una cazadora acostumbrada a matar y cruel por naturaleza.

A partir de esas palabras todos los gestos benévolos de Delia se desvanecieron aquel día. Sus viajes caritativos a los bosques, donde recogía hierbas medicinales y curaba con ellas a los atormentados y a los sonámbulos, se perdieron con la amnesia de los longevos solitarios de Alto Cedro, y con los primeros años sin memoria de los bebés a los que había sanado. Ni

siquiera el aire amable de aquella noche, en la que nadie hubiera imaginado la proximidad de una tragedia, se mencionó para nada el día del juicio.

Las nubes se habían disipado en unas siluetas lejanas que parecían añadirle altura a las montañas. La brisa entraba en picado de cara al barranco y resurgía desordenada por todas partes arrastrando el vaho del monte hasta el borde de la colina. La densidad de la atmósfera añadida a las cumbres las hacía parecer más oscuras y contrastar con las constelaciones que, durante aquellas horas, lucían más bajas que nunca. El viento había vuelto a destrozar los pétalos más frágiles de los jazmines; sus restos perfumados se arremolinaban mezclados con el polvo del barranco. El silencio delataba hasta las piedras que se desprendían en el precipicio a pesar de que también estaban allí todos los animales ruidosos de la sierra. Por primera vez, durante una luna tan adornada como aquella, no hubo cópulas violentas entre los gatos de los vecinos ni disputa por los alimentos en las camadas de las jutías, ni los murciélagos se enemistaron por el mismo rincón cálido en las oquedades del despeñadero. Nadie habría descubierto con semejante quietud los indicios de que aquella oscuridad feliz iba a convertirse en una noche tan aciaga. El único indicio de que sería así fue avistado por una sola persona, y lo hizo en el simbolismo caótico y sin sentido de los sueños. Laura pudo sentirlo.

—El único elemento disonante con tanta paz bastaba para presagiar el devenir de una terrible pesadilla —aseguró Laura.

Delia estaba allí, descalza, despeinada, con un vestido que transparentaba su rudimentaria complejión y empeñada en arrebatarse algo a la tierra. Era la misma imagen que 20 años atrás había levantado repentinos graznidos de terror en los montes tranquilos de Alto Cedro.

Delia se acercó tanto como lo había hecho mientras protegía a Alejandro de los celos ajenos, aunque esta vez no camufló su presencia entre las sombras de la naturaleza. Emergió del bosque apuntándole a su ser más querido sin percatarse de las piedras con las que hasta ese instante sus pies jamás habían tropezado.

Según declaró, pudo haber disparado desde los árboles, entre los que también habría podido desaparecer después. Solo tenía que mantener la distancia idónea; el acierto del disparo hubiera sido exactamente el mismo. Había cazado en secreto con aquella escopeta mortífera cuando apenas podía

sostenerla en los brazos. Pero quería ver con nitidez el rostro de Alejandro para buscar en él alguna señal de arrepentimiento. Tenía la esperanza de que alguna duda desde su mirada suspendiera las certezas que a ella le pujaban con fuerza en la cabeza. Tanto vaciló antes de apretar el gatillo que, de no ser por la confirmación directa de Alejandro, le habría destrozado el pectoral derecho provocándole una agonía incierta y dolorosa.

Entonces, aquellas palabras disiparon su temor. Con su voz hipnótica de donjuán él le indicó el lugar exacto donde tenía el corazón. Los ojos negros, que más suspiros habían arrancado en Alto Cedro lloraban y se cerraban para siempre.

Enseguida Laura fue arrojada de su pesadilla, para que unos segundos después volviera a vivirla eternamente. Julio Martínez abrió la puerta de su cabaña, y una ironía desmesurada inutilizó su cuerpo y todo lo que creía saber acerca del amor. Durante aquellos segundos, Julio pretendió ser un personaje imaginario que no había conseguido escapar de los tormentos oníricos de su mujer. Laura lo agarró del brazo y se ocultó detrás de él, transmitiéndole sus temblores de terror. Según le dijo, pensó que Delia iba a dispararle también a ella. Para Julio la situación cobró entonces un carácter sensorial. La realidad lo escudriñó con su mirada inconfundible, y él apenas se atrevió a cuestionarla.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Julio a Delia arrodillándose a tres metros de ella.

Delia terminó de susurrar los versos emblemáticos de su extraña despedida, y le contestó:

—Te lo explicaré cuando estés preparado para entenderlo. Dicho esto, Delia se encaminó hacia el rincón de la planicie, donde volvería a enterrar la escopeta de su padre. Nadie comprendió que esa tarea le fuera tan urgente. Quería asegurarse de que el arma homicida volviera cuanto antes a su reclusión en el olvido y, según aseguró, jamás la hubiera sacado de allí, de no haber sido estrictamente necesario.

Si Delia hubiera explicado una sola de sus afirmaciones, tal vez algún miembro del jurado se habría percatado de que aquel crimen fue un accidente extraño en su ininterrumpido proceso de humanización. Hacía más de diez años que ella no perforaba la carne de ninguna criatura para escudriñarle el

alma. Tampoco lo hizo con Alejandro. Incluso intercambió evidentes gestos de empatía con él justo antes de matarlo. No hubo en su conducta signo alguno de violencia ni antes ni después del asesinato, y con sus escasas palabras dejó muy claro que su intención primordial no era provocar dolor ni quitar la vida. Pero esos fueron los resultados manifiestos; cuando se trata de los hechos, la lógica suele destronar a la intuición, que reina a punto de la abdicación en la periferia de todas las cosas. Si Delia hubiera contado entonces la historia que le reveló a Julio Martínez diez años después, el tribunal tal vez habría perseverado de todos modos en que ella estaba loca, pero no en condenarla con la máxima severidad.



**«Cuando el dolor y los deseos dejan de gritar  
preguntas en la mente, el espíritu susurra  
todas sus respuestas».**  
**(E . D . Z.)**

A Delia se la castigó por perfidia, un agravante dudosamente demostrado por sus actos, y cuyos sentimientos impulsores no pudieron ser sometidos a revisión. La acusada se negó a explicarlos el día del juicio. Cuando todos creyeron que por fin hablaría de sus emociones, calificó a todas las inteligencias presentes como incapaces de entenderlas y se regocijó, entre sonrisas, de que solo Dios pudiera mirar en el corazón de las personas. Dijo que no había en la sala un solo ser humano cuyo interior se hallara en silencio progresivo, condición indispensable para oír el eco de la verdad universal.

«Cuando el dolor y los deseos dejan de gritar preguntas en la mente, el espíritu susurra todas sus respuestas», afirmó. Hicieron falta muchos años para que unos pocos, entre los más de cuarenta individuos concurridos allí, hallaran sentido a esas palabras. Delia había sido desde niña una criatura difícil de comprender.

Su discurso sonaba como una amalgama de símbolos fantásticos, cuya interpretación lógica dependería siempre de las explicaciones que ella nunca creería necesarias. La significación de sus palabras exigía un conocimiento previo de sus neologismos y de todas las fuerzas sutiles del universo que, en Alto Cedro, solo unas pocas personas como Alejandro solían poseer. Cuando alguien se quejaba de su desorden lingüístico, ella respondía que los hechos descritos en sus expresiones eran tan reales como invisibles, y que no era culpa suya que la providencia creara a millones de criaturas dotadas de experiencias que no eran capaces de comprender.

A menudo afirmaba que sus pensamientos eran corregidos oportunamente por una voz que provenía del cielo. Cambiaba abruptamente de tema y se adentraba en otro absolutamente distinto. Del mismo modo solía transformarse su estado de ánimo. Mostraba un repentino gesto de cólera que desaparecía

lentamente en el alegre contenido de sus palabras. Estaba segura de recibir mensajes mediante el canto de los pájaros; sonreía cuando los oía entonar sus melodías en el monte. Atribuía la inspiración de sus ideas a los sonidos del viento y a las formas que las nubes y las estrellas simulaban en el espacio. Podía interpretar que el más distante de los acontecimientos guardaba una inequívoca relación con ella igual que podían resultarle ajenas, en algunas ocasiones, sus propias manos o su cabeza. Muchas veces se reconocía solo parcialmente en el espejo o en los estanques, en los que se contoneaba insistentemente como si intentara deshacerse de alguna otra imagen corporal que llevara superpuesta.

Sin embargo, hablaba siempre con convicción, sobre todo con los niños y con los enfermos en estado de *shock*. Se apresuraba, según decía, a aprovechar la sabiduría instintiva y difusa de la infancia antes de que el adiestramiento social acabara destrozándola y desperdigando fragmentos episódicos de iluminación en el adulto ebrio, extasiado, enajenado, inconsciente y enloquecido. Aseguraba que cada sonido de su discurso caótico producía una forma primigenia y específica de vibración que hacía resonancia en el órgano enfermo o en la causa de la mortificación. Algunos accidentados o intoxicados a los que asistió siguieron escuchando su voz, incluso cuando ella ya se encontraba lejos, pero ninguno de ellos encontró un sentido racional a sus palabras. Todos recordaban términos aislados como consciencia, inteligencia cósmica, ancestros..., y se preguntaban cómo podía hablar de tales cualidades y fenómenos superiores una criatura salvaje a la que todos creían irreversiblemente retrasada. La mayoría de los comportamientos por los que sus vecinos la consideraban así la hacían parecer demasiado extravagante.

Delia se encaminaba siempre, antes del amanecer, hacia los rincones más inhóspitos de las montañas, solo para contemplar el despertar de la naturaleza menos frecuentada por la gente. Algunos afirmaban que, a veces, dormía en esos sitios y abría los ojos al mismo tiempo que los pájaros. Se llegó a rumorear que practicaba la brujería y que sus rituales se basaban en sacrificios animales que algún día degenerarían en el asesinato. Sin embargo, jamás fue vista en ninguna ceremonia espiritista ni profesando ideas vinculadas con paganismo alguno. Con el tiempo quedó confirmado que ella

era una adoradora exclusivamente del silencio. La ausencia de pensamientos y palabras era la única exigencia para prestar sus servicios de sanación. En cuanto escuchaba voces humanas en el monte, se marchaba hacia otro paraje donde solo pudieran oírse los sonidos de la totalidad.

Para Julio Martínez, Delia estuvo siempre igual de perturbada, aunque observó que cuando volvía de sus divagaciones por el monte, los efectos de sus prácticas curativas se volvían más inmediatos. Pudo verlo con sus propios ojos.

El Galán desaprobaba la actitud de algunos vecinos que preferían la supuesta intervención divina de Delia antes que la hospitalización urgente de sus familiares más enfermos o accidentados. Los arrieros, Carlos y Cristóbal, en cualquier caso, siempre la consultaron primero a ella. Dejaron de hacerlo solo cuando supieron que había matado a un ser humano.

Ambos guajiros se jugaban la vida mientras conducían a sus bestias incorregibles por el borde de las montañas. Pero de los dos Carlos fue siempre el más temerario. Se enfrentaba contra los mulos desbocados con la brutalidad de una fiera y, después, exhibía las cicatrices y los moratones que le dejaban como si fueran marcas de guerra. Llevaba una sutura en la sien que destruyó el enorme parecido físico que había tenido siempre con su hermano. Aquella herida memoraba por sí sola la batalla salvaje que la produjo.

El mulo más viejo de los arrieros estaba ya tan enfermo y cansado que solo Carlos se atrevía a cargarlo por las mañanas. En su penúltima protesta, el garañón lanzó 160 kilos de arroz colina abajo y, cinco segundos después, despeñó también al arriero.

Dicen que de tal envergadura fue la paliza que, al día siguiente, recibió el animal, que su hundimiento posterior en el arroyo fue más un suicidio por la tristeza que un accidente causado por las intensas lluvias del 98. Carlos quiso que el mulo saboreara la cercanía de la muerte igual que la había sentido él cuando cayó en el fondo del despeñadero, inconsciente y con la cabeza rota. De allí sacó Cristóbal a su hermano. Los primeros auxilios tuvieron que esperar a que localizaran a Deba en una de sus aisladas travesías por las montañas. Fue entonces cuando Julio Martínez aseguró que Carlos tardaría menos en llegar a un hospital o en desangrarse de lo que tardaría Delia en despertar de sus ensoñaciones. Después reconoció lo mucho que se había

equivocado.

Cuando los vecinos volvieron para decir que no pudieron encontrar a Delia, ella ya estaba asistiendo al herido que, bajo el efecto de sabe Dios cuál de sus pócimas florales, había recuperado la consciencia. Tampoco se sabe cómo consiguió pararle la hemorragia. De la exitosa remisión de aquella urgencia, solo fueron evidentes unas hormigas enormes que Delia colocó sobre la cabeza del accidentado para que le mordieran al unísono ambos labios de la herida y le dejaran en la sien la cicatriz visible, pero increíblemente uniforme.

A Secundino Nieto, Deba también le salvó la vida, aunque para muchos en el pueblo ella solo lo ayudó a recuperarse de una borrachera como otra cualquiera. Los únicos testigos fidedignos de aquella proeza fueron los dependientes de la cafetería La Dichosa, Sonia Vázquez y Javier Hernández. Ellos contaron las siete botellas de aguardiente que Nieto se bebió, trago a trago, en apenas unas horas. Era una cosa habitual que, aunque tambaleándose, el gigante regresara por su propio pie a su casa, después de ingerir cantidades considerables de licor. A nadie se le ocurrió pensar que ningún ser humano toleraría aquella cantidad semiletal de alcohol por muy corpulento que fuera o acostumbrado que estuviera a ahogar las penas en un vaso de ron. Lo cierto es que arrastrar a Nieto y a sus ancestros cercanos hasta la calle, para poder cerrar la cafetería del pueblo, se había convertido en una actividad secular. Lo habían hecho varias generaciones de camareros durante años. Los que servían las mesas aquel día ni siquiera pudieron despertar a Secundino. Cuando comprendieron que su estado no era el habitual, ya le habían vertido sobre el cuerpo varias jarras de agua fría, y algunas tazas de café hirviendo en la boca. Entonces, Sonia Vázquez salió en busca de Delia. La encontró ensimismada entre unos árboles junto al barranco. Prácticamente, no alcanzó a explicarle lo ocurrido. Delia desenterró, como siempre, las raíces precisas entre cientos de plantas diferentes, y se dirigió de prisa a La Dichosa. Insinuó que necesitaba sacar la savia de aquellos tubérculos. Debió intuir enseguida que allí nadie estaba en condiciones de exprimir nada, así que los masticó y embutió al gigante con una mezcla de cortezas y saliva verde. Durante algunos minutos, Delia explicó que incluso algunas sustancias inocuas se pueden volver mortales en cantidades ingentes y bajo las condiciones desafortunadas del corazón. Mientras tanto, por los poros de Nieto refluía un líquido denso que

volvió a empaparle toda la ropa. Murmuró algunas frases ininteligibles y tuvo alguna que otra convulsión. Pero recobró el sentido. Cuando parecía que estaba listo para irse a su casa, Delia lo retuvo, le ofreció un último trago y le hizo reconocer sus frustraciones de amor.

Resultaba un poco patético contemplar a un hombre de tal envergadura llorando en el hombro de una figura minúscula como Delia. Sin embargo, ella aseguró que, aunque estuviese ya en pie, de no haber sido por aquel último trago y aquellas lágrimas, Secundino aún podía seguir arrastrándose entre la vida y la muerte.

Algunos años después, cuando Secundino descubrió los romances que Alejandro tenía a escondidas con su mujer, volvió a la cafetería para embriagarse por última vez. Se llegó a rumorear que la verdadera razón para que Alejandro no muriera apuñalado ese mismo día junto al precipicio fue que Nieto se encontró con la mirada de su salvadora observándolo a escondidas entre los matorrales. Para muchos fue Delia, con su mirada enigmática, quien motivó que Nieto aborreciera definitivamente el aguardiente y donara su cuchillo legendario al matadero del pueblo, aunque otros aseveraran que ese cambio repentino se debió a la reflexión breve, pero rotunda, con la que Alejandro derribó los antiquísimos cimientos de su terquedad. Muchas fueron las veces que Delia rescató a algún habitante de Alto Cedro de entre las garras del infortunio. Cuando se trataba de un niño, ella parecía presentirlo. Surgía enseguida de las sombras más enternecida que nunca, sin que nadie la avisara. Sabía extraer del eco la diferencia sutil entre la simple protesta infantil y el jadeo lastimero de un niño enfermo, igual que podía distinguir cada sonido que el viento trasladaba desde el monte. La primera vez que auxilió a un bebé, ella aún no había cumplido los siete años. Mariana estaba desesperada porque el pequeño Alejandro no dejaba de llorar. Lo había intentado todo para consolarlo, cuando Delia se le apareció en la casa con un curujey enorme entre las manos y le aseguró que los gritos de su hijo eran de dolor. La madre se mostró desconfiada hacia aquella niña que, con tan corta edad, ya era famosa en el pueblo por su crueldad y por sus locuras. Según lo comentó Mariana después, le vio tanta convicción en los ojos que le permitió acercarse, aunque con la condición de que dejara la gran bromeliácea con sus hojas puntiagudas sobre una silla.

No perdió de vista ni uno solo de los movimientos de Delia, y se sintió aún más impresionada cuando la vio olisquear y arrullar a Alejandro como si se tratara de la cría de un jíbaro. La joven curandera murmuró unos sonidos en ambos oídos del niño y, acto seguido, le pidió a Mariana unas pinzas de depilar. Hizo falta la intervención de Enrique para que Delia pudiera acercarse a Alejandro con aquel objeto puntiagudo en las manos. Costó varios minutos convencer a la madre asustada de que, tal vez, el bebé correría muchos más riesgos aventurándose bajo el sereno de la noche hacia el hospital más cercano, a 25 kilómetros de allí.

En cuanto le fue permitido aproximarse otra vez, Delia introdujo las pinzas en el oído derecho de Alejandro y extrajo una mariposa nocturna que, según dijo, solo pretendía esconderse de la luz. El pequeño insecto había muerto, pero Delia lo guardó en un bolsillo de su vestido. «Este bicho volador es un trozo del cielo que ha confundido su casa con la oreja de Alejandro», dijo muy convencida. Después de explicar que no había aguas más puras en el mundo que las gotas de rocío retenidas por el curujey en lo alto de las ceibas, pidió permiso para lavar con ellas el tracto dolorido del niño. De allí surgió aquel amor de cuyo aparente final casi nadie alcanzó a comprender nada. Delia nunca volvió a estar demasiado lejos de Alejandro ni siquiera cuando se adentraba en el bosque o tenía que prestar sus servicios de sanación al otro lado de las montañas. Siempre reaparecía junto a él para salvarlo de las hormigas o sacarle alguna piedra de los zapatos. Muy pronto se hizo evidente para todos que, mientras Delia existiera, la adversidad y la desdicha tendrían que derrotarla primero a ella para poder alcanzar a Alejandro. Era su protegido.

Él fue siempre muy prolijo con las palabras. Aprendió a hablar con fluidez a los dos años y medio, aunque era torpe y despistado en el andar. El mundo podía extraviársele en pequeños espacios. Confundía fácilmente las distancias, incluso las harto conocidas entre las casas del pueblo y el barranco. Delia siempre bromeaba diciéndole que aquella mariposa se había comido un trozo de su sistema vestibular y que también lo habría dejado sordo si ella no hubiera acudido pronto para rescatarlo. Nadie imaginó nunca que el acierto de esa broma se comprobaría en la autopsia de Alejandro con una precisión literal ni, mucho menos, que su salvadora primordial se convertiría

también en su asesina.

Cuando se expandió la noticia del crimen, muchos vecinos corrieron rumbo a un rincón del monte al que todos llamaban La Cueva. Era un cúmulo de guácimas cuya extraña forma de crecer hacia los lados le confería la apariencia de una cabaña. Las ramas colgaban hasta el suelo y se amontonaban en las copas por las que el sol se colaba fragmentado. Era una fortificación cuando los niños jugaban a los vaqueros y un castillo donde las niñas curaban a los heridos imaginarios si el juego iba de centuriones, con espadas de madera. Había sido la morada preferida de los zorzales y los gorriones hasta que Delia se incorporó a la actividad lúdica con su rol de cazadora.

La infancia de Alto Cedro evolucionó durante años bajo la sombra de aquellas guácimas. En La Cueva, la adolescencia sorprendió a muchos muchachos del pueblo que, un buen día, vieron sus juegos ingenuos transformarse en sus primeras experiencias sexuales. Durante décadas se comentó en el pueblo que Delia salió de allí desflorada antes de cumplir los quince, igual que Paula y Juliana, y muchas otras vírgenes que se acercaron a Alejandro para luego engrosar una larga lista de amantes ocasionales. Muchos supusieron que, si Delia había decidido matar a Alejandro, seguramente lo haría en aquel mismo lugar discreto y apartado donde él se acordaría de sus primeros apetitos insaciables. Pero nadie presenció jamás indicio alguno de que Delia Tejeda y Alejandro hubieran sido amantes. Sobre todo para quienes conocían a Mario Tejeda era imposible creer que alguien deshonrara a Delia y viviera para contarlo. Aunque para su padre ella era la reminiscencia de su propia desdicha, también era su única descendencia; el pretexto perfecto para quitarle la vida a cualquiera.

Nadie sabe con qué métodos Mario comprobó la falsedad de aquellos rumores, aunque debió quedar muy seguro de que Alejandro jamás le puso las manos encima a su hija, porque en ningún momento mostró hostilidad contra él sino que, más bien, salió varias veces en su defensa. Aunque en el juicio Mario Tejeda intentó respaldar a Delia en su presunta inocencia, se le notó como nunca una gran tristeza en el rostro. Para algunos resultó evidente que en su aforo interno lamentaba la muerte de Alejandro y que durante los silencios se rebanaba los sesos intentando comprenderla.

Mario los había visto crecer juntos. Sabía que la humanidad de Delia fue



una incógnita escalofriante hasta el día en el que entabló su amistad con Alejandro. Muchas veces Tejeda pensó que debía encerrar a su hija en un corral antes de que se volviera peligrosa incluso para él. Sentía un frío en el estómago cada vez que Delia persistía en sus travesuras sin importarle los dolorosos castigos que recibiría.

Intentó doblegarla a través del hambre y la sed, pero ella espiaba la luna desde sus vigiliyas y sabía arrebatarle el agua y la comida a las torcazas en lo alto de los cocoteros. Podía estar apaleada, atada y amordazada como un prisionero hostil sin que desaparecieran de su rostro los indicios de una libertad plena. Solía ser reprendida según la magnitud de sus desobediencias: cuanto más severamente se la castigaba, más traviesa se volvía. Por muy fuerte que se le pegase o por muy aflictiva que fuese su penitencia jamás revelaba cómo se manchaba o rompía la ropa, ni de dónde sacaba los objetos cortantes que ocultaba entre sus calcetines y sus zapatos.

Algunos prisioneros de guerra habrían resistido mucho menos los métodos coercitivos de Mario antes de derrumbarse pidiendo perdón y delatando a sus compañeros.

Delia parecía estar programada por el universo para contener el dolor y el desconcierto como ingredientes naturales de su extraña naturaleza. Asimilaba con austeridad todo lo que un ser humano normal hundiría cuanto antes en el odio o en el olvido. Reciclaba las adversidades con el mismo gesto alegre que esbozaba en sus momentos felices. Podía extirparle las pesadillas a un bebé o el corazón a una lechuza y mostrar la misma actitud parsimoniosa con la que soportaba ser una incomprendida. Atemorizaba a cualquiera con su total falta de temor.

No había nada más aterrador que verla arremeter salvajemente contra los marabúes espinosos mientras perseguía a sus presas, y verla salir de allí magullada y victoriosa, y experimentar la sensación de que nada ni nadie sería nunca capaz de detenerla. Quién podía corregir a esa mujer aviesa que tenía sus propias leyes y vivía en su propio planeta.

Todos en Alto Cedro durmieron más tranquilos cuando las habilidades persuasivas de Alejandro consiguieron devolverle, por lo menos, cierto respeto por la vida.

Mario Tejeda fue el primero en alegrarse de que su hija, por fin, atrapara a

una criatura del universo y después la dejase escapar. Siempre sospechó que Alejandro había salvado a unas cuantas personas el día en el que rescató la primera paloma de las trampas de Delia. Muchas veces, Mario le dijo a su hija que no era lo mismo matar a una jutía para comerla que torturarla hasta la aniquilación y abandonar luego su cuerpo a la intemperie. A él la curiosidad espiritual nunca le pareció un incentivo lógico para cometer tal atrocidad. Según decía, aunque fuera cierto que Delia destrozaba vivos a los animales solo para rebuscarles el alma, nada garantizaba que, en el futuro, no haría exactamente lo mismo con los seres humanos. Durante años estuvo convencido de que Delia conmovería algún día a todo el pueblo de Alto Cedro. Había comenzado a dudar cuando por primera vez la vio poner en libertad a una de sus presas. El día en el que su hija cumplió los 18 años, comenzó la década más feliz en la vida de Mario Tejada.

Era una de esas mañanas pálidas del Caribe que invaden las islas de colores oscuros, y de melancolía las miradas de la gente. Caían algunas de las lloviznas frías del norte que cuando llegan a Centro América apenas consiguen emborronar al sol. Pero en los bosques orientales, tan acostumbrados a la permanencia de la luz, bastan algunas nubes para que la alegría baje la voz y se ponga a cubierto. Todos los sonidos llegan desde muy lejos, y los colores más intensos del campo languidecen bajo las sombras.

En Alto Cedro nadie, excepto Delia, deambulaba por el monte en días así. Según decía, la oscuridad ralentizaba el corazón de los pájaros. Se volvían más lentos y perezosos, lo que le daba cierta ventaja a ella si colocaba sus trampas de caza entre las ramas de los árboles. Luego, solo tenía que liberarlos de la agonía del lazo y someterlos al tormento de su curiosidad. Los órganos que tan detenidamente observaba en el interior de sus presas le parecían demasiado simples como para que pudieran orquestar por sí solos la perfecta belleza y movimiento de una vida.

Estaba segura de que tanta perfección debía de estar insuflada por una fuerza mayor. Ella estaba dispuesta a encontrarla. Era imposible que esos cantos enigmáticos que la enternecían por las mañanas y la colmaban de sensaciones trascendentes, simplemente surgieran de una estructura tan frágil y perecedera como la garganta de un sinsonte. Pasaba horas contemplando la laringe de los pájaros muertos; preguntándose cómo podía salir de allí aquel

sonido eterno. Hurgó en el corazón de cuánta criatura se cruzó en su camino, con la esperanza de encontrar en el interior la inspiración de la naturaleza, hasta que Alejandro le hizo aquella mañana el mejor regalo de cumpleaños de toda su vida.

**«El alma es un puente interminable entre la  
carne y la eternidad que se bifurca en  
infinitos caminos abiertos a la elección».**  
**(E . D . Z.)**

La fecha en la que Delia nació formaba parte de una negación familiar implacable. Muchos acontecimientos desafortunados habían confluído el mismo día de su nacimiento.

Aquel 18 de mayo, Mario Tejeda volvía exhausto de una reunión del Partido Comunista y esperaba encontrar a su obediente esposa desempeñando como siempre las tareas del hogar, a pesar de que cargaba una criatura en el vientre que no había dejado de revolverle las tripas durante los siete meses que transcurrían de su embarazo. Al llegar a su casa, Mario encontró los restos de un parto prematuro que, según intuyó, se había planeado a sus espaldas tan minuciosamente como la emigración ilegal que sacaría del país a su mujer en una balsa improvisada con destino a Miami, aquella misma noche.

Había vómitos por el suelo y restos de cerveza hirviendo sobre un fogón aún encendido. Mario no recordó que, en sus días de adolescente, aquel brebaje era popular por su eficacia para provocar el aborto hasta que vio un bulto de trapos ensangrentados sobre una mesa y, entre ellos, halló a su minúscula hija, que apenas tenía fuerzas para llorar. Por suerte para Delia, su padre era un miembro activo de los órganos del poder político, y enseguida tuvo a su disposición todos los medios que la trasladaron a una sala de cuidados intensivos en el hospital materno de Holguín. Mario Tejeda le salvó la vida con la ilusión de conservar un fragmento de la mujer que lo había abandonado sin sospechar que, poco tiempo después, acabaría odiándola más que a nadie en el mundo. Cuando lo informaron de que su hija estaba fuera de peligro y le preguntaron si quería pasar a recogerla, las dudas se arremolinaron en su corazón y lo mantuvieron indeciso el resto de su vida.

¿Qué podía hacer a sus 61 años para cuidar él solo de una sietemesina cuyo cerebro, según le explicaron los médicos, nunca sería normal? Retrasó

aquella visita al hospital durante los días que ciertas maniobras militares le permitieron justificarse. Al cabo de unas cuantas semanas se vio obligado a ejercer la paternidad. Su posición política no le permitió negarse a hacerse cargo de su hija, aunque lo ayudó a canalizar el rencor de su desamparo bajo la apariencia de un mayor fervor patriótico contra los enemigos de la Revolución. Algunos emigrantes ilegales, que raras veces *intentaron* huir por las costas de Nicaro, lo llamaban El Tiburón, porque los perseguía con el sigilo y la agresividad de quien resuelve un apetito personal. Sus malos recuerdos adquirieron el aspecto de nuevas motivaciones ideológicas, que lo inducían al estricto cumplimiento del deber.

Así, el 18 de mayo conmemoraba un día *amargo* que se había perdido en la maleza difusa de sus resentimientos y que dentro de su casa figuraba exclusivamente en unos documentos de identidad. Mario olvidó todo lo concerniente al nacimiento de Delia, y ella aprendió a darle la misma importancia que a cualquier otro acontecimiento. Solo Alejandro se acordaba de aquel aniversario. Cada año visitaba la casa de los Tejeda para cantarle felicidades a Delia y hacerle algún regalo.

En el decimoctavo cumpleaños Alejandro no atravesó la guardarraya para buscar a Delia en su casa. Sabía que en un día tempestivo como aquel ella estaría ocupada buscándole respuestas a su eterna incógnita, mientras la humedad del monte le facilitara el trabajo. Cogió un atajo entre los árboles sin imaginar que se encontraría con uno de los crueles experimentos de Delia y cambiaría su opinión al respecto de forma radical. Hasta ese momento solo había oído hablar de las cacerías y de las cirugías con las que su amiga pretendía una mejor comprensión espiritual. Jamás las había presenciado.

Tan esenciales y necesarias le habían parecido las preguntas que Delia intentaba responder que nunca reparó en sus métodos hasta que aquel día halló una tojosita moribunda colgada de una rama en las inmediaciones del monte. La mitad de las plumas desperdigadas por el suelo reflejaba la atrocidad de su batalla contra la cuerda que la oprimía. El lazo metálico de Delia se había cerrado en una de sus patas; el instinto de conservación haría el resto.

Era fácil imaginar que cuanto más luchaba la avecilla por liberarse, más se le encajaba el cordel afilado en la carne. En algún momento tuvo que dejar de resistirse y se había entregado a la resignación que, seguramente, facilitaría

los propósitos ulteriores de Delia. Fue oportuno liberarla de aquella trampa, aunque con su extremidad casi cercenada no volvería jamás a caminar.

Cuando Alejandro llegó a la casa de los Tejeda, ya la cazadora salía por la puerta de atrás con su laboratorio portátil en las manos. Llevaba una vieja navaja de afeitar, cuatro piezas de algodón y una balanza de orfebrería que, a simple vista, lucía desajustada.

Según explicó ella, estaba cada vez más cerca de hallar la fuerza alentadora de la vida. Había ideado un método matemático infalible para determinar la diferencia entre una criatura desalmada y una viva. Solo tenía que pesar las aves antes de morir y (pesarlas otra vez) después de arrancarles el corazón. Seguramente encontraría diferencias al comparar las masas de los cuerpos con o sin determinados órganos a ambos lados de la muerte. Estaba convencida de que así podría localizar la estructura física que contenía al espíritu. Alejandro la escudriñó más indignado que sorprendido y le ordenó observar los ojos de la tojosa herida. Después le dio una tarjeta de felicitación, un ramo de jazmín y un beso en la frente. «Los ojos son los únicos espejos en los que se refleja la fuerza interior que estás buscando», prosiguió. Incluso un ermitaño como Mario Tejeda pudo apreciar las transformaciones sutiles que las palabras de Alejandro suscitaron en la conducta de Delia desde aquel mismo instante. Ella cogió el pájaro en las manos y comenzó a lamerle las heridas mientras en su cabeza parecían sustituirse los pensamientos. Escuchó atentamente las explicaciones de Alejandro. Por primera vez, su padre la vio doblegarse ante una opinión ajena. Mario no comprendió ni la mitad de las palabras que escuchó allí ese día. Como él mismo decía, algunas personas nacen limitadas al simple entendimiento y solo pueden juzgar lo abstracto por sus consecuencias.

Delia asentía con la cabeza. Una sensibilidad distinta pujaba por hacerse un sitio en sus ojos húmedos. Eso debió bastarle a Mario para adivinar que el mensaje de Alejandro estaba siendo efectivo, además de apasionado y complejo. Alejandro entró en la casa y descolgó de la pared un cuadro de Luis Henríquez.

—No me puedes negar que esta pintura es enigmática y hermosa —le dijo a Delia—. ¡Ahora, localiza la inspiración exuberante del artista que está contenida en ella! —ordenó. Delia observó detenidamente el óleo. Le dio la

vuelta varias veces y antes de que comenzara a buscar al pintor entre las fibras del lienzo, Alejandro le hizo saber que no lo encontraría allí porque llevaba muerto más de un siglo. Luis Henríquez era ya un cúmulo de cenizas vacías y olvidadas en algún cementerio. Pero la belleza de sus pensamientos aún podía enternecer a quien contemplara su obra. Tampoco serviría profanar su tumba para encontrarle, le advirtió Alejandro. La fuerza alentadora de su vida solo permanecería parcialmente visible en sus formas plásticas de expresión.

«Así es, Delia. No podrás ver el alma de las cosas. Ya eres afortunada con respecto a millones de personas que, además, tampoco pueden sentirla», le dijo. «Tus escalofríos ante el dolor de un niño, tus nostalgias difusas ante el canto del sinsonte, el sobrecogimiento de tu corazón frente a los versos de un poeta, la inquietante necesidad de tus respuestas son todo lo cerca que vas a estar siempre de lo que persigues tan afanosamente. Tú misma, Delia, tú eres la esencia viva de lo que buscas».

Ella escudriñó su cuerpo durante unos segundos. Vio las cicatrices que los marabúes habían dejado en sus brazos y piernas mientras perseguía a las jutías por los matorrales. Observó sus manos marcadas desde hacía años por las garras de las lechuzas. Pudo oler los restos de sus pócimas florales en las grietas de sus dedos y debajo de sus uñas. Comparó la mella que los años habían hecho en sus carnes, con el lustre que incluso, durante aquel instante, seguían añadiendo a su mente. Sintió que era observada por ella misma en distintos momentos del tiempo. Incluso vislumbró la transformación súbita de las preguntas que con tanta seguridad se había propuesto responder.

Ya no se cuestionaba dónde estaba el alma porque había descubierto que siempre ha estado en todas partes y en ninguna. Ya no quería saber cuándo surgía ni cuándo desaparecía, porque había descubierto que era eterna y que estaba más allá de cualquiera de sus formas de expresión. Comprendió que ella misma era como el cuadro de Luis Henríquez. Era el resultado magnífico y visible de una fuerza mayor a su vez infinita, inefable e invisible. Podía destruirse la obra y morir el artista, pero no su inspiración. Ella había aprendido algo nuevo aquel día: podía cambiar sus pensamientos y experimentar otros distintos aunque no podía sustituir al YO en su interior, ni capturarlo ni extraerlo ni pesarlo ni medirlo. Era su alma un puente interminable entre la carne y la eternidad, que se bifurcaba en infinitos



caminos abiertos a su elección. Al contrario de lo que ella creía, no era posible aislar al espíritu ni extirparlo abriéndose camino por las arterias y los tejidos. Solo podría sentirlo, confrontarlo e instruirlo. Esas serían las pruebas esenciales y necesarias de que existía. Comenzó a experimentar una nueva forma de consciencia que estimuló aún más sus aptitudes innatas. Se volvió más ensimismada en sus momentos de soledad y costó cada día más sacarla de sus laberintos internos. Sin embargo, casi podía verse cómo se salía de sí misma cuando se disponía a ayudar a los demás. Algunos vecinos de Alto Cedro veneraron su nueva concepción espiritual porque la agudeza de su comprensión humana alcanzó niveles próximos a la clarividencia. Resolvió problemas de todo tipo señalando causas aparentemente inconexas que ninguna otra persona hubiera sido capaz de encontrar. Algunas de sus predicciones reputaron aún más su desequilibrio mental aunque, después, se manifestaron con mayor vehemencia en los hechos que en sus palabras.

Dijo que Alejandro era uno de esos seres dotados de un aura luminosa y que, cuando lo vio por primera vez, sintió la fuerza de sus emociones expansivas. Que aquella misma noche ella supo que Dios existía porque, de alguna manera, ese niño ya lo sabía. Según contaba, en esa ocasión, el pequeño Alejandro dejó de llorar, el iris de sus ojos negros se tornó violeta y su vocecilla le resonó en el interior como un canto de gratitud. Desde entonces, a ella le fue cada vez menos necesaria la intuición para saber lo que él sentía, aunque nunca llegó a comprender con exactitud los canales de su incalculable conocimiento.

Delia siempre decía que Alejandro aprendía tan rápido porque había nacido con la propiedad de reflejar todas las cosas, y que, algún día, las cosas también lo reflejarían a él. Que a diferencia de la suya, la consciencia de aquel chico se expandía más allá del espíritu y sus conexiones. Se distinguía de ella por su naturaleza perfecta, refinada, y porque no se centraba en una sola dimensión humana por trascendente que esta fuera, ya que era capaz de abstraer el todo tal como lo hace en cada segundo el universo. Delia aseguraba que Alejandro llevaba dentro un gran sanador pero que sus virtudes innatas habían sido encauzadas hacia otros derroteros de la caridad y del amor. «Además, para eso me has creado a mí», le decía ella a menudo. Le llamaba su creador, porque sin sus conocimientos ella jamás habría llegado a ser más

intuitiva que cualquiera de los animales del monte. Él instruyó sus aptitudes viscerales hasta distinguirlas más allá de los simples instintos.

Según le dijo Delia a todo el mundo en Alto Cedro, la misión de Alejandro era eterna y seguiría su curso aún después de su muerte. Pronosticó que de tal envergadura serían sus pensamientos y emociones que sentirían su vivida presencia todos aquellos que se vieran abocados a recordarlas. En esa época nadie la creyó, ni siquiera los escasos elegidos que, unos años después, experimentarían con asombrosa exactitud aquellas mismas experiencias. Fue mucho más elemental la intervención espiritual de Delia en la vida de otras personas.

Ella le aseguró a uno de los hombres más temerarios de Alto Cedro que las recientes dificultades que tenía para respirar durante sus travesías por las cumbres montañosas no se debían a un asma incipiente sino a imprevistos ataques de pánico. Carlos, el arriero, la miró un poco ofendido. Ella no lo dejó hablar. Le dijo que, aunque en su consciencia y en la de todos los habitantes del pueblo él seguía siendo un hombre muy valiente, aquella caída abrupta por un precipicio había colocado un cuerpo extraño en su inconsciente capaz de atemorizar a un toro por muy bravo que este fuera.

En diciembre de 1997, toda Cuba esperaba con gran expectación la visita de Juan Pablo II. Entonces, Delia comentó entre los campesinos de Alto Cedro que la presencia del sumo pontífice en la isla generaría una gran colisión espiritual entre la minoría creyente y millones de almas escépticas cuyas voces atraerían una vez más la ira de Dios sobre aquellas tierras. La mayoría de los vecinos consideraron el comentario como un disparate más de la loca del pueblo. Tuvieron que recordarlo cuando, seis meses después, el sol abrazó las provincias orientales y evaporó los embalses de agua y marchitó las flores y los cultivos y, seguidamente, el huracán George arrasó con todo lo que las sequías no habían podido llevarse.

A Juliana, Delia también le auguró su reumatismo prematuro casi una década antes de que lo padeciera, porque, según añadió, el resentimiento no resuelto acabaría quedándose a vivir en sus huesos.

Para llevar a cabo el descrédito médico más recordado en Alto Cedro, a Delia le bastó charlar cinco minutos con el padre decrepito de Secundino Nieto. El anciano tenía desde hacía días una erupción en la piel. Los médicos

le habían diagnosticado una alergia a los lácteos. María, su nuera, se encargó de suspenderle la leche y acompañarlo bajo protesta a la farmacia, donde lo escuchó repetir varias veces que, desde pequeño, había mamado de las ubres como un ternero.

¿Quién iba a prestar atención a los berrinches de un viejo loco que solo quería seguir con sus costumbres aunque estas lo mataran?

Solo Delia podía dialogar con alguien así. Lo encontró en el pueblo, sentado en el borde más peligroso de la acera mientras su nuera le planteaba su caso al boticario, dos calles más abajo.

El anciano había hundido su mirada en el pavimento y ninguno de los carros que pasaban rozándole los zapatos conseguía distraerlo de su tético estupor. Delia estuvo a su lado durante varios minutos sin que él notara su presencia. Pudo observar con detenimiento su primitiva expresión de tristeza antes de dirigirle la palabra. Desde hacía más de catorce años, nadie lo había tocado. Cuando ella le puso la mano en el hombro y le pidió acompañarlo, él evolucionó, en un instante, del sobresalto a la alegría. Delia lo ayudó a ponerse de pie, y se encaminaron juntos hacia la farmacia. Al llegar, Delia le dijo a María que no volviese a dejarlo solo y que los únicos alérgenos que amenazaban su salud eran los cítricos y las frases denigrantes. «Lo mismo que a su hijo, Secundino Nieto», afirmó Delia.

Según explicó, por un fenómeno hereditario llamado *atopia*, Secundino tampoco debía acercarse a los naranjos ni a los limoneros, y también reaccionaría de forma visceral y con toda clase de síntomas a los insultos y desprecios que socavarán su autoestima.

Al boticario le pareció una blasfemia que Delia utilizara esporádicos términos científicos para respaldar sus divagaciones espiritistas. «Ha mezclado otra vez sus escasos conocimientos de medicina con sus supersticiones inaceptables; los ignorantes que la escuchan creen que ella sabe lo que dice, incluso, quienes la han visto crecer loca y atrofiada como siempre», protestó Justo Pérez.

Él fue uno de los pocos vecinos de Alto Cedro que no bendijo el fin de los experimentos sangrientos de la cazadora por el monte. En su opinión, la nueva verborrea espiritual de Delia vaticinaba una mayor esperanza de vida para los animales, pero entrañaba una concepción del mundo repleta de fanatismos que

podían degenerar en un desdén fundamentalista contra la Humanidad. Lo dijo en el juicio por el asesinato de Alejandro y casi saltó de la alegría cuando el psiquiatra testificó a favor de su teoría. Miguel Carrión aseguró ante el tribunal que los psicóticos orgánicos como Delia suelen sentirse controlados por una fuerza espiritual o sobrenatural que les arrebató la autonomía y que utiliza su voz para transmitir un mensaje divino. A todo el mundo le pareció que, efectivamente, aquellos términos se habían vuelto muy frecuentes en el discurso de Delia. Las insinuaciones sobre que el destino de Alejandro estaba señalado en un modo insoslayable fueron interpretadas a la luz del mismo glosario de neuropsiquiatría. Según el texto, los enfermos de esta índole llegan a tener ideas cada vez más extrañas acerca del reemplazo de su voluntad. «Creen que las palabras de otra persona brotan de su boca utilizando su propia voz, sin que puedan controlarlo».

Mucho se tardó en reconocer que algunos elementos claves de ese diagnóstico no concordaban con la conducta de Delia y que no eran válidos para describirla. Aunque ella sí se sentía como una discípula directa de Dios, jamás manifestó conductas o expresiones que le fueran ajenas. Sus insinuaciones sobre destinos preconcebidos y sobre muertes planificadas por la providencia eran ideas muy extrañas, pero eran suyas. Ninguna de las preguntas capciosas del psiquiatra consiguió que ella acusara a Dios o a cualquier otra entidad sobrenatural de haber puesto la escopeta en sus manos. Negó en todo momento que las ideas impulsoras de su conducta homicida le hubieran sido impuestas por alguna fuerza exterior. Aunque también se negase a explicar en el juicio los verdaderos motivos que la indujeron a cometer el asesinato, en ningún momento renegó de ellos. Según dijo, que Alejandro tuviera que morir fue más difícil de aceptar para ella que para ninguna otra persona. «No había nadie más que llegara a comprenderlo tanto como para querer ayudarlo y dispararle», aseguró. Para salvaguardar la credibilidad de su criterio clínico, a Carrión no le quedó más remedio que modificar varios aspectos de su impresión diagnóstica inicial. Dijo entonces que, como consecuencia de su naturaleza delirante, Delia podía haber oído la voz de Alejandro ordenándole su propia muerte durante una alucinación. Y las únicas pruebas que presentó para respaldarlo fueron el Glosario Neuropsiquiátrico SCAN<sup>[5]</sup>, el sentido común y un poema escrito por la víctima 20 años atrás.

En una psicosis tan prolífica y versátil como aquella, Delia habría podido escuchar un diálogo imaginario entre el mismísimo Dios y Alejandro mientras discutieran las ventajas del paraíso. Pero eso tampoco habría explicado lo ocurrido entre ellos dos.

Ella había estado junto a su cama más horas que nadie. Varias personas los vieron hablarse sin palabras, y entenderse mutuamente. Unas prácticas curativas extrañas habían reinsuflado la vida en el cuerpo de un enfermo que habían diagnosticado como terminal. Ese hombre extraordinariamente inteligente no hizo nada para evitar su aniquilación a manos de la mujer a quien solo él hubiera podido disuadir. Delia y Alejandro compartían un vínculo afectivo trascendental como comparten los gemelos homocigóticos el mismo tabernáculo de la naturaleza. Ni la más documentada locura bastaba para explicar que entre los dos se produjera un desenlace tan contrapuesto al amor. Y el psiquiatra debió intuirlo.

A pesar de que ni siquiera sospechaba el resto de los acontecimientos extraños que sobrevendrían después, Miguel trató de flexibilizar aún más su perfil psiquiátrico porque podía perder toda la credibilidad excluyendo del dictamen los hechos inverosímiles, pero evidentes, que concurrían en el caso.

Pidió permiso al tribunal para reunirse en privado con el abogado defensor. Le sugirió reconocer las habilidades psíquicas de la asesina, ya que esa posibilidad no contradecía el hecho de que también estuviera loca.

«La psiquiatría y la historia están plagadas de casos en los que han ido de la mano la genialidad, la videncia y la locura», dijo el psiquiatra. No descartaba que Delia tuviera ciertas capacidades extrasensoriales ante las que Alejandro pudo ser especialmente vulnerable, debido a su prolongada convalecencia.

—Así, cualquier forma de sugestión hipnótica podría explicar que la víctima no ofreciera una esperada resistencia ante la inminencia de su muerte —añadió.

Según su pericia científica, también así se podían justificar ciertas circunstancias místicas que, en realidad, solo serían desveladas por el amor diez años después.

El abogado de la defensa reflexionó unos instantes sobre la propuesta del médico. La idea le parecía tan fascinante como peligrosa. Ya en algunos rostros del jurado podían verse expresiones de compasión hacia una enferma cuya mente estaba presuntamente invadida por fuerzas ajenas a su voluntad. No enviarían a Delia el resto de su vida a una cárcel común mientras creyeran que ella no era dueña de sus actos. Seguramente, le ofrecerían el beneficio de la duda y la internarían en una prisión para enfermos mentales. Pero, si los demonios de la locura se mezclaban con habilidades psíquicas efectivas en un propósito criminal, podía invalidarse el atenuante de la enajenación. El fiscal encontraría un respaldo convincente para aseverar que Delia no era una enferma singular, sino una asesina sofisticada.

—No —respondió Alfredo García—. Ya la fiscalía ha constatado en la acusada demasiadas pruebas de lucidez que utilizará en su contra. No voy a arriesgarme a perder del todo la única herramienta tortuosa que me queda para defenderla.

Como científico al fin, el psiquiatra no estaba conforme con incluir en el sumario unas valoraciones suyas que no obedecieran a una estricta objetividad. No estaba dispuesto a mutilar la verdad solo para que a nadie le pareciera una mentira. Aun así, apenas consiguió una caricatura infiel de lo que, en definitiva, pretendía definir. Jamás llegó a sospechar ni la mitad de sus desaciertos, porque en su mente cualquier versión de aquella historia debía ser una secuencia lógica de hechos y personajes conectados por la razón, entre los límites de ese escenario nítido que la mayoría de las personas conoce como La Realidad.

Los más profundos razonamientos aceptados hasta entonces explicaban a tientas el comportamiento de Delia y ni siquiera sopesaban los avatares de la víctima. En sus tres últimos meses de vida, Alejandro había atravesado un *continuum* de transformaciones enigmáticas que, al parecer, nadie en el tribunal estaba interesado en comprender. ¿Cómo llegó a recuperar la salud? ¿Por qué escogió el itinerario más propicio para su muerte? Y ¿qué razones pudo tener para colaborar con los fines macabros de su asesina? Fueron algunas de las preguntas que Miguel no consiguió formular en el juicio y que se quedaron a vivir en su cabeza. Agarró con desdén el glosario de psiquiatría y ratificó su testimonio incompleto con un ademán contradictorio de los gestos.

«En la estructura delirante de la acusada —leyó Carrión— el proceso de curación y el asesinato de la víctima formaban parte del mismo plan de salvación. Delia creía que Alejandro estaría listo para su ascenso impostergable al cielo en cuanto su cuerpo y alma estuvieran limpios de los escollos terrenales».

Solo el caos de una mente perturbada podía explicar razonablemente el asesinato de Alejandro y librar a Delia de la pena máxima. Aquel punto de vista había sido tan popularmente compartido que acaparó una credibilidad casi masiva entre los habitantes de Alto Cedro. Incluso sus detractores iniciales, como Paula, Julio y otros allegados de Alejandro, quedaron atrapados en las tretas racionales, hasta que las predicciones irracionales de Delia comenzaron a manifestarse en sus vidas.

**«Cada voz es celosamente registrada por su rincón vibrante del universo; sus sonidos resurgen constantemente, pero su apreciación siempre depende de quién es el que escucha».**  
**(E . D . Z.)**



Paula resultó ser la primera en descubrir que su vivencia más dolorosa también acabaría llenándola de una paz definitiva que nunca antes había experimentado. Contemplar el final de Alejandro le dejó vacíos la mente y el corazón, abriendo un espacio infinito en su interior que se colmaría después con el éxtasis y la exultación. El viento estableció una sincronía progresiva con sus recuerdos. Al principio le pareció un capricho del clima tropical al servicio de su desconsuelo.

Una tarde tras otra los elementos se comportaron como lo habían hecho durante cada uno de sus encuentros con Alejandro. Pensó que las imágenes en su memoria añadían de manera arbitraria aquellas coincidencias. Imaginó que ella estaba viendo a su alrededor las cosas que sus deseos hacían confluír en su cabeza. Algunos escépticos como el boticario lo siguieron creyendo así, pero Paula reconoció una conexión entre ciertos acontecimientos naturales y unas experiencias específicas de su pasado. Observó distintas situaciones en las inmediaciones del barranco que parecían copiarle los pensamientos.

El rostro y las palabras de Alejandro cobraban vivida nitidez en su mente cuando el atardecer volvía a estar adornado con el mismo número de mariposas, y la brisa reciclaba el mismo olor intenso, y del monte emergían los mismos cantos, y una llovizna proyectaba el arcoíris sobre las mismas montañas, y hasta las sombras parecían ocupar la misma posición que en sus recuerdos. Tan oportunas llegaron a ser para Paula las respuestas evocadas por esas confluencias que, con el tiempo, halló propósitos ocultos en todas ellas. Nadie pudo determinar si sus interpretaciones obedecían exclusivamente a una negación de su dolor.

Tal vez un sentimiento tan profundo solo podía resistirse a desaparecer adoptando aquella forma de utilidad imposible. Lo cierto es que, con

extraordinaria precisión, las respuestas más rotundas y certeras que Paula le dio a la gente en Alto Cedro tuvieron como preámbulo esos rescates convergentes que ella efectuaba en la memoria. Según decía, cada voz es celosamente registrada por un rincón vibrante del universo, y sus sonidos resurgen constantemente, pero la apreciación siempre depende de quién es el que escucha.

A Enrique de Marcos el barranco también le enjugó las lágrimas. No había estado igual de desconsolado desde que los médicos le dijeron que Alejandro iba a morir. Aquella tarde habían ido juntos a cosechar los plátanos. Ambos estaban aturridos por los ruidos mentales que suelen producir las malas noticias. A Enrique le daba igual perder todos los frutos de sus tierras si no podía hacer nada para salvar a quien más había cuidado. No quería recoger los plátanos ni ninguna otra prebenda de Dios.

Alejandro le puso la mano en el hombro y lo alentó para que lo hiciera. Muchas veces habían hecho juntos aquel trabajo. Primero cortaban el racimo y, después, el árbol, pues solo daría fruto una única vez.

Enrique era el único padre que Alejandro había conocido y, como modelo masculino al fin, no lloró nunca en presencia de nadie, aunque no consiguió contenerse ni un segundo más ese día. En cuanto puso los pies en los cultivos se apresuró a hundir su machete en los troncos marchitos para que el sudor pudiera confundirse enseguida con las lágrimas. Alejandro lo descubrió enseguida. Se colocó frente a él y le dijo:

“Cada año vienes aquí, cortas sin lamentarte las plantas que tú mismo has sembrado, recoges el fruto por endeble que sea y aceptas que, con él, el árbol te lo ha dado todo. Año tras año esperas que cada árbol resurja de sus raíces con la confianza absoluta de que lo hará. Papá, Dios también sabe cuándo debe cortar sus árboles”.

Enrique comprendió la futilidad de sus lamentos. Y no volvió a llorar hasta que visitó la tumba de Alejandro en el mismo lugar donde Delia le había disparado. Miró la lápida con las inscripciones y sintió que, a diferencia de los cultivos anuales, el hijo muerto no resurgiría de allí. El desconsuelo se materializó otra vez en su corazón, con el respaldo materialista de sus pensamientos. Fue entonces cuando la brisa del barranco adoptó sus remolinos de revelación.

Tanto Enrique como cualquier otro hijo de Alto Cedro había visto levantarse en esos vientos los pétalos del jazmín, y los vástagos del maíz, y los de la caña de azúcar, y hasta las plumas rezagadas de los pájaros en pleno vuelo. Pero nadie esperaba que llegasen volando hasta allí las escasas y ásperas flores de los plátanos. Los platanales estaban demasiado lejos. Solo las rachas inclementes del huracán George habían hecho llegar sus brotes hasta el barranco. Aquel día una suave brisa consiguió lanzar dos de ellos sobre la tumba de Alejandro. Las flores desconcertaron a Enrique. Se puso de pie y buscó una explicación en los alrededores.

El verdadero hallazgo tendría lugar en su cerebro. Casi pudo escuchar sus pensamientos. En medio de la turbación apenas consiguió establecer la seguridad de que lo ocurrido allí no era una imaginación suya. Así se lo contó a Mariana en cuanto llegó a casa con las flores en las manos. Le dijo que, aunque algún día alguien consiguiera explicarle aquel capricho del viento, él siempre conservaría la versión de su corazón. Solo para él, ese viaje de los plátanos hasta el barranco podía significar algo distinto. Nadie más podía conocer la relación estrecha que esos brotes guardaban con las palabras de consolación que le había dicho Alejandro. Mariana lo miró sin inmutarse. El odio que ella sentía por la asesina había echado el ancla en el fondo del crimen. Cualquier atisbo de paz le parecía una claudicación imperdonable que podía hacerla naufragar lejos de la verdad. Cuando pudo eludir la mirada estrábica de su obstinación, se le había hecho demasiado tarde para ver más allá. Consiguió que Julio le contara casi todo lo que sabía. Pero ninguna palabra, por certera que fuera, solventaría la inquietud galopante que ella alimentaba con sus resentimientos.

La historia le resultó demasiado compatible con el perdón. El día en el que por fin las evidencias se congregaron alrededor de sus errores había permanecido 12 años machacada bajo los pies de aquella vida inclemente. Fue a ver a Delia a la cárcel para mirarse en sus ojos, y en ellos tampoco reconoció el fragmento de cielo que, de distintas maneras, Paula, Enrique y Julio le habían descrito.

En esa época, Mariana ya no era la mujer férrea de quien podía conocerse su índole adversa con una mera observación de su paso firme al andar. Llegó tambaleándose a la penitenciaría de Holguín igual que lo harían para siempre

en su cabeza todos los reductos de su certidumbre. Lo mismo le había ocurrido antes a Julio Martínez quien, más aliviado que un inocente puesto en libertad, compartió con ella el exclusivo privilegio de sus descubrimientos. Le contó su historia comenzando por la primera estocada que la más inexplorada verdad había asestado al corazón de su escepticismo.

El Galán le dijo que estaba en su cabaña recogiendo todos los libros que hubieran estado en las manos de Alejandro. Pretendía subir a lo más alto de sus estantes cualquier rezago gráfico que pudiera recordarle su propio desconcierto y total falta de fe. Sobre todo se empeñó en perder de vista la literatura religiosa. Destinó los rincones más oscuros y aislados de su librero a la reclusión definitiva de cualquier expresión dogmática. Del resto de las obras pensaba deshacerse para siempre.

Hasta los libros de Pablo Neruda iban a sucumbir a la peor suerte bajo aquella cruzada. Muchos de sus poemas habían contribuido a las conquistas amorosas de Alejandro por las que algunas personas en Alto Cedro creían justificada su muerte. Pensaba quemarlos y quedarse a contemplar cómo los versos benignos y hermosos del poeta expiaban una culpa que en sí mismos no tenían.

Una angustia inespecífica le oprimía el pecho. Los ojos se le quedaban rezagados tras sus escasos movimientos, como si las incursiones de su cuerpo no fueran suyas. Armó una pira junto al barranco con todos los libros. Había entrado por tercera vez a la cabaña en busca de queroseno cuando la Biblia protestante que solía leer Alejandro descendió desde su rincón junto al techo y cayó abierta sobre una mesa delante de sus ojos.

Era el Evangelio de Juan; sobre él, había subrayado el discípulo amado unas letras separadas por una fotografía de Delia:

«Tomás les contestó: “Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré”». «Jesús le dijo: “¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto”».<sup>[6]</sup>

La foto había sido usada como marcapáginas; estaba vieja y estrujada, aunque aún ofrecía aquella expresión misteriosa de Delia que Martínez no

escudriñaba desde hacía diez años.

Nada fue entonces más importante que volver a verla. Acerca de su escepticismo semejante al de Tomás y relacionado con el misterio de la muerte, Delia le había dicho: «Te lo explicaré cuando estés preparado para entenderlo».

Julio amnistió los libros, agarró la Biblia y se preparó para hacer la visita que, palmo a palmo, le devolvió la fe y su profunda comprensión del mundo y de la vida.

Encontró a Delia y a Paula contemplando la inmensidad desde su minúscula ventana. Se preguntó si acaso bastarían esos 30 centímetros cuadrados para ver el mundo entero y quedar con el rostro impregnado exclusivamente de su belleza. Así de iluminadas estaban las expresiones de las dos jóvenes cuando se voltearon para mirarlo. Cada facción de Delia era un símbolo periférico de su deshidratación, malnutrición y abandono, que se aglutinaba con todas sus fuerzas en cada gesto para generar una alegría heroica. No era de extrañar: ella había nacido con la cualidad de sorprender a las personas.

Fue Paula quien, a primera vista, hizo que a Julio se le saltaran las lágrimas.

Él creía que, como a cualquiera de sus exfeligreses, conocía muy bien a aquella jovencita. Verla flagelada por una condena autoimpuesta por la fe y la amistad lo turbó hasta remover cada rincón de su ser. Se vio a sí mismo carente de semejante valor para defender todo aquello en lo que creía. Recordó cómo Paula, Delia, Alejandro y sabrá Dios cuántos virtuosos más le besaban la mano al salir de la iglesia y le rendían a él una innecesaria pleitesía. Comprendió que por cada ministro, obispo o presidente indigno de tan altos honores existen verdaderos arcángeles que eligen no encontrarse jamás en los sitios donde pudieran ser alabados.

Julio se puso una mano en el pecho y, mirándola fijamente, le hizo a Paula un gesto de reverencia mientras esgrimía entre los dientes una palabra incapaz de cobrar vida bajo el caos de su mente en blanco. Ella tomó su mano y lo acercó a la ventana donde Delia esperaba desde hacía años la ocasión de

contárselo todo.

—Ya estás listo —le dijo.

Se sentaron los tres bajo los rayos oblicuos del sol. Delia comenzó diciendo que para escudriñar la muerte de Alejandro era necesario comprender primero cómo había vivido. Según dijo, Alejandro manifestó características especiales desde el mismo día de su nacimiento y siguió haciéndolo, aunque de manera cada vez menos evidente, el resto de la vida.

Todo cuanto de extraordinario Alejandro había traído al mundo se decantó hasta quedar en el fondo de la envoltura más o menos corriente con la que fue obligado a cubrirse. Cuando por fin adoptó algunas de las costumbres moralmente cuestionables de su entorno, la gente normal lo dejó en paz sin dejar de criticarlo y el alma de genio con la que había nacido se retiró en el olvido.

Hasta su madre perdió de vista sus distintivos innatos porque, en el fondo, le asustaba la idea de haber parido y criado a un extraño. Alejandro llegaba a intimidarla incluso cuando lloraba desde la enorme mecedora. Era imposible que ella intuyera la pasión inefable que envolvía a su bebé durante cualquier manifestación atmosférica o en presencia de alguna criatura viviente que lo conmoviera porque fuera frágil o emitiese otro llanto. Mariana nunca aprendió a diferenciar en él el éxtasis del dolor. Tardó varios años en comprobar que las lágrimas más silenciosas de su hijo lo mismo podían desencadenarse por una puesta de sol o por los sollozos de otro niño, o por encontrarse a una abeja con las alas rotas. A veces, cuando intentaba consolarlo, él intercalaba el llanto con la risa y la alentaba a ella con una alegría contagiosa. Era de esperar que, con semejante conducta, unos lo tildaran de autista y otros de afeminado desde su primer día escolar. Esa prematura aparición de la hostilidad y el desorden en su entorno vital solo lo condujo a buscar la paz por los caminos cada vez más aislados de su interior. Hablaba de existencias anteriores a su nacimiento y llamaba algunas estrellas por sus nombres sin que llegara a saberse cómo adquiriría tales conocimientos.

A los cinco años se le prohibió hablar del firmamento porque, según espetó el director de la escuela, la astrología no figuraba entre las asignaturas de ninguno de los planes académicos.

Lo último que la maestra Gertrudis le había oído decir a Alejandro acerca

de los cuerpos celestes debió inquietarla demasiado, aunque ella no explicó todos los motivos que tuvo para quejarse de él ante la directiva del colegio. Transcurría uno de los escasos días alegres en la vida de Gertrudis y el niño se le acercó para decirle que podía agradecer ese despertar optimista a la exaltación de Júpiter sobre la constelación Cáncer. Y que continuaría inevitablemente abatida durante algunas noches aunque ya Saturno se hubiera alejado un poco de Acuario.

Cuando aquel párvulo se incorporó a la escuela ya sabía leer. Era fácil imaginar que Alejandro memorizaba esas perturbadoras palabras acerca del cosmos en algunos libros que un niño de su edad ni siquiera debía hojear. Y así prefirió creerlo la maestra hasta que la excentricidad del alumno comenzó a ir con un pensamiento por delante de sus pasos. Lo cuestionaba todo. Sus preguntas ponían a prueba el sentido común de Gertrudis. Le hacían ver el inminente descubrimiento de las verdades ocultas, con todo el rubor que se puede sentir, frente a esa inocencia forzada a sobrevivir en las cosas que la experiencia mata. Su desarrollo mental parecía discurrir por un camino distinto al esperado, y sus avances eran tan abruptos como largos podían ser sus silencios.

Enrique jamás consiguió determinar el momento en el que Alejandro aprendió a jugar al ajedrez. Solo supo que a sus tres años armó por primera vez el tablero y, desde entonces, fue cada día más difícil vencerlo. Era como si las limitaciones que mostraba al jugar por las tardes desaparecieran durante las noches en un caos inconmensurable tras sus párpados cerrados. También a esa edad tuvo sus primeras pesadillas y episodios de sonambulismo. Se despertaba en mitad del sueño y, con los ojos ya abiertos, seguía viendo imágenes oníricas de ángeles y demonios. Soportaba durante horas la fatiga del día porque el insomnio era su única certeza entre el cielo o el purgatorio. Sus vigiliias no dejaron de extenderse sino en la noche en la que Delia se las aminoró con una de sus pócimas florales. En esa época, él le enseñó a leer. Se volvió más controvertida para todos, la inusitada amistad que se consolidaba entre el genio pacífico y la retrasada peligrosa. Solo casi tres décadas después, Miguel Carrión adujo que, tal vez, Alejandro y Delia no eran tan diferentes si acaso pudieron intuir sus mutuas condiciones de inadaptados e incomprensidos.

Cuando, azuzado por las respuestas incompletas y por la curiosidad profesional, el psiquiatra se presentó en la penitenciaría para interrogar a Delia, ya había averiguado todos los datos acerca de ella y de Alejandro. El primer hecho extraordinario que señaló fue la escasísima probabilidad que existía de que dos niños tan especiales nacieran sin parentesco en un minúsculo pueblo de las montañas orientales. Así comenzó Carrión a reivindicar los infundados argumentos de locura con los que había clasificado la conducta de Delia y, aunque de manera más solapada, también la de Alejandro. Sus investigaciones lo llevaron hasta Julio, quien, con el tiempo, también le halló nuevos significados a algunos hechos que habían distinguido la vida de aquel muchacho.

Alejandro indagaba incansablemente el porqué de todas las cosas. Su curiosidad lo condujo muy pronto a las preguntas que han sobrevivido al avance vertiginoso de los siglos. «De dónde venimos» era su preferida. Lo motivó a hablar sobre Dios cuando apenas cumplía los cuatro. Delia aseguraba que él había nacido con una inquietud divina que solo se hizo notable para los demás, cuando fue capaz de verbalizarla. En esa etapa, aparte de Delia, ningún otro niño permanecía demasiado tiempo cerca de Alejandro.

Él se incorporaba a todas las actividades lúdicas de un modo completamente normal. Sus personajes imaginarios resultaban al principio muy atractivos para los demás miembros del grupo hasta que hablaba de misiones celestiales y sugería que el propósito final del juego fuera la búsqueda de la verdad. Los niños se encogían de hombros y elegían otra actividad cuyo final al menos pudieran imaginar. Asimismo, Gertrudis y otros educadores desistieron de amoldar a Alejandro para adecuarlo al sistema educativo. Aprendía de un modo caótico y obtenía pésimos resultados en los inicios de algunas materias que, inexplicablemente, concluía con excelentes calificaciones. Cada nuevo maestro acababa sospechando que detrás de aquello había un fraude. Jamás consiguieron demostrarlo.

Al requisar a Alejandro durante los exámenes no encontraban más textos de referencia que un libro de astrología, alguna obra de Darwin y un evangelio, que nada tenían que ver con los contenidos escolares. El director de la única escuela primaria de Alto Cedro le dijo que dejara esos libros en casa y que ninguna de sus concepciones no marxistas tendrían cabida en



aquellas aulas. Si quería recabar explicaciones existenciales más allá de la Física, la Química, la Materia, y las Matemáticas, tendría que hacerlo en una iglesia.

Julio Martínez no era partidario de introducir a un cristiano tan joven en los entreverados caminos de la teología, pero fue el único modo de conseguir que, a sus seis años, Alejandro dejara en paz a los maestros y parara de cuestionar todas las leyes del universo. Sus preguntas se revirtieron entonces hacia el ser humano. Estudió con admiración a los profetas de cuánta tradición espiritual guardara la historia del mundo.

«¿Cómo podía conservar y venerar el hombre tantos ideales de perfección y vivir cada día más lejos de ellos?», se preguntaba.

Se dio cuenta de que lo cuestionable no estaba en la naturaleza ni en sus elementos sino en la única criatura de su seno capaz de concebir con su consciencia lo perfecto. Así adoptó Alejandro modales y palabras que, a sus nueve años, lo habían sacado del ostracismo escolar en el que su extravagancia lo tenía confinado. Sobre todo para las niñas se volvieron atractivos: su generosidad, su altruismo y su discurso de caballero medieval, aunque entonces conocía mucho más la historia de toda la humanidad que la suya. Aún era demasiado joven para asimilar el alud de sentimientos oscuros que orbitaban en torno a sí mismo. Enrique y Mariana habían advertido el luminoso devenir de su pequeño. Ratificaron que, tal vez, no era necesario contaminarlo con el cáliz amargo de sus verdaderos orígenes. Evadieron toda conversación que pudiera aludir a la ausencia total de parecido físico que había entre Alejandro y su padre adoptivo.

Desde que conoció a Mariana, Enrique le dijo que amaba cada partícula de su cuerpo y que eso incluía también el fruto de su vientre, independientemente de quién lo colocara allí. Solo le pidió que desterrara de su vida al degenerado que la había abandonado embarazada, que nunca más volviese a hablar de él.

Pero el destino puede darse el lujo de andar a pasos cortos. Muy pronto Alejandro tendría un brevísimo encuentro con sus ancestros, que bastaría para expandir una pena perniciosa sobre los cimientos de su prodigiosa naturaleza. Guardó durante casi veinte años el recuerdo de aquellos minutos amargos y acerca de ellos nada confesó, sino el día en el que Delia los escudriñó en su

interior para que le fuese devuelta a su espíritu instantáneamente la esperanza del amor. Hasta entonces, Alejandro soportó la vergüenza corrosiva que le produjo descubrir exactamente de quién era la sangre que corría por sus venas.

**«Cuando un hombre aparta la mirada de lo  
que atormenta su interior, puede llegar a  
exhibir, como si fueran las joyas de un señor,  
los grilletes del esclavo que lleva dentro».**  
**(E. D. Z.)**

Pablo Serrano, el padre biológico de Alejandro, había nacido en un bohío perdido en la Sierra de Nipe. Sus padres lo construyeron con las únicas fuerzas que le quedaban antes de que el alcohol los consumiera vivos y sus últimos ingresos se esfumaran en los juegos de azar y las peleas de gallos. Sus alimentos del racionamiento estatal a veces ni siquiera salían por las puertas de la tienda local, porque eran revendidos, allí mismo, para costear los vicios del tabaco y la embriaguez. Se peleaban entre ellos por el último cigarrillo o el último trago como si de eso dependiera el sentido de sus miserables vidas. Perdían la noción del tiempo y, a veces, permanecían varios días empotrados en unas butacas, temblorosos y obnubilados. Pablo tuvo que aprender a volver solo de la escuela desde los cuatro años. Ascendía hacia las montañas siempre por los caminos más largos con la esperanza de perderse y ser rescatado por otra familia muy lejos de allí. Sus únicas comidas seguras eran las frutas que derribaba a pedradas de los árboles y las golosinas que compraba inmediatamente después de vender los animales robados en los patios de los vecinos. Sobre todo robaba gallinas y palomas. Desde muy pequeño había ayudado a entrenar y domesticar los gallos de pelea, y sabía cómo reducir a las aves para que no hicieran ruido ni ofrecieran resistencia. Nunca saqueaba dos veces seguidas el mismo lugar, y nadie sospechó de aquel niño encantador que recorría los caminos con sus libros bajo el brazo y vestido con el uniforme escolar.

Los hombres de la Sierra de Nipe se acusaban unos a otros por aquellos hurtos sin decidirse a colaborar para castigar entre todos al ladrón. Todos ellos descendían de campesinos solitarios. Siguieron existiendo distantes e incomunicados como lo han hecho siempre los bohíos de guano: desperdigados por las laderas de las montañas como si hubieran sido lanzados

uno por uno desde el aire. Ninguno imaginó quién era el ratero hasta que el colegial uniformado abandonó su asiduo itinerario y desaparecieron con él los últimos animales de los patios.

Cuando Pablo cumplió los 13 años se marchó de su casa y su nombre no volvió a pronunciarse en la sierra sino para enmarañarse en los rumores que un día se expandieron sobre las promesas incumplidas a las hijas de los campesinos y su pericia para ganar apuestas en las vallas. Se decía que ponía nicotina en las espuelas de los gallos y que estos mataban a sus oponentes con tanta celeridad como abordaba él a cualquier guajirita de las montañas para llenarle la cabeza de mariposas. Aprovechaba el triunfo de sus animales adulterados para sustentar sus falsas promesas. Ganaba tanto dinero como precisaban su buen vestir, sus romances fatuos y la costumbre del aguardiente. Al exclusivo servicio de todo ello estaban destinados sus únicos dones naturales: la inteligente maldad, el inmenso atractivo físico y sus ojos tan negros como su corazón. Era alto y fuerte por naturaleza, aunque eso no impidió que algunos guajiros indignados le dejaran el cuerpo marcado con algunas cuchilladas de honor, a pesar de las cuales seguía siendo un rufián endiabladamente hermoso. Vestía casi siempre de fino y exhibía a contraluz sus dotes afortunados, al tiempo que camuflaba la oscuridad de su alma bajo aquel blanco impoluto.

A los 20 años se le había acusado de varias estafas y un intento de violación. Pero no llegó a cumplir condena porque, a última hora, los testigos adujeron que una cosa era ayudar a encerrar a un tramposo sin escrúpulos y, otra muy distinta, provocar ínfulas de venganza en un demonio que no tenía reparos en apuñalar a cualquiera por la espalda. Así lo hizo Pablo durante los carnavales de Cueto, cuando apenas cumplía sus 19 años e intentaba recuperar un dinero que en realidad no había ganado. Fue la primera vez que lo descubrieron sacándose un dado trucado del bolsillo para agenciarse la fortuna. Las ganancias acabaron de todos modos en su cartera, y el contendiente, en el hospital. Manuel Delgado, de Mayarí, le mintió a la policía. Dijo que se había clavado por accidente aquella navaja próxima a los pulmones. Volvió a Cueto tres años después para devolverle a Pablo su herida, esta vez en el cuello y de frente. Pablo estuvo muy grave y tardó varias semanas en recuperarse pero, cuando volvió al campo, Manuel Delgado se

había marchado para siempre de las provincias orientales y las trampas volvieron a los juegos; y el veneno, a las espuelas de los gallos.

Todos los que vieron la maldad de Pablo resurgir intacta de su convalecencia supieron que ese hombre habría sido capaz de mucho más que de buscar a su único hijo solo para confinarle la infancia en las mazmorras de su atávica iniquidad. Se había empeñado en reconquistar a Mariana en cuanto llegaron a sus oídos los rumores de que el pequeño Alejandro podía ser su hijo.

Hasta Mariana sabía que el único propósito de Pablo era agenciarse una nueva victoria arrebatándoles a otros los méritos como si fueran suyos. Lo rechazó con un aire definitivo a pesar de que sus palabras consiguieron avivar los recuerdos del único desafuero que ella había confundido con el amor. Jamás pensó que hubiera algún rincón de su alma capaz de generar la energía necesaria para rechazar a aquel hombre. Con todas las fuerzas antagónicas que se debatían entre su corazón y su cabeza, Mariana le dijo rotundamente que NO, mientras se mordía los labios y uno de sus propios colmillos le dejaba la impronta de aquel momento. Cuando Pablo le dio la espalda y se alejó, ella volvió a tener 17 años y lo vio otra vez contoneándose al ritmo de la comparsa en los carnavales de Alto Cedro. Así lo conoció.

Admiró desde el público sus movimientos africanos esperando que la mirada lasciva se perdiera con él en la multitud. Pero era imposible que a Pablo se le escapara un detalle tan inusual en su vida como el de ser escudriñado por los ojos de tanta inocencia. Tal como solía hacerlo en todo el espectro de sus acechos, se acercó a Mariana por detrás en el momento menos esperado y le colocó un colgante de Obbatalá<sup>[7]</sup> alrededor del cuello. Ella adoptó rechazarlo sin siquiera sospechar que, tan solo unas horas después, aquel collar pagano de piedras blancas sería el menor de los agravios que Pablo le dejaría en el cuerpo. Enseguida la encandiló con sus escasas palabras *románticas*, aprendidas al azar. La agarró por la mano y se escurrieron detrás de un pequeño mercado.

Había frutas podridas en el suelo y un montón de cajas destrozadas, colocadas como si fueran nuevas para que al día siguiente estuvieran llenas de cualquier cosa para vender. Mariana se quedó rezagada y pensativa entre los desperdicios. No le molestaba la idea de su primer sexo encima de tanta

basura.

La torturaban los deseos de preguntar, de comprender, de arrancarle alguna vivencia profunda a aquello que, en otra parte del mundo, tal vez siguiera llamándose romance. Tuvo enseguida la ocasión de juzgar el absoluto sin sentido de sus románticas ideas.

Pablo era más obscuro de lo que Mariana jamás habría imaginado. Se acomodó contra las cajas y empezó sin ella. Tenía ante él el rostro insólito de una exquisita novedad, el apremiante aroma de un banquete servido ante un apetito atrofiado e inclemente. Gritaba, se estremecía, gozaba cada movimiento como si fuera a morir cuando pusiera los pies fuera de aquel basurero.

Semejante preludeo debió desconcertar demasiado a Mariana porque cuando por fin atinó a oponer resistencia, aquel coito animal la había allanado por completo en un instante tan breve y brutal como la despedida, sin palabras ni un adiós. Pablo se marchó aún medio vestido y tropezando con las piedras de una vieja vereda frente al parque de Alto Cedro, mientras Mariana auscultaba los latidos del abandono en su corazón y miraba con asombro los moratones de su piel inexplorada.

Casi al mismo tiempo que los síntomas del embarazo, se presentó Enrique de Marcos en su vida nueve semanas después. La miró con la ternura y la nobleza que ni siquiera asomaron en su primer amor, que, por razones muy ajenas al corazón, ella no conseguiría arrancarse jamás de la memoria. Comparó cada gesto y pensamiento de Enrique con los del esposo que siempre había soñado, y se dejó llevar por la absoluta confluencia. Se negó a recordar los placeres contiguos al ultraje que Pablo le sembró de los pies a la cabeza. Así cayó en la cuenta de que solo los ojos de Enrique podían deformar sus miedos hasta disolverlos en una paz casi material. Esas ideas sostuvieron la rotundidad de su rechazo cuando Pablo se le apareció con diez años de retraso proponiéndole un sueño inconcebible para un hombre de su calaña.

El macabro donjuán recibió por fin su merecido desprecio, pero no había permanecido Mariana el tiempo suficiente junto a él para saber que no había diferencia alguna entre su ego herido y un león aspirante al trono.

Pablo había crecido entre enemigos, y era el golpe bajo de la venganza, justo en el punto flaco, la única vía que conocía hacia la reivindicación de sus propósitos. El pequeño Alejandro Marcos era su propio cachorro, pero Dios sabe que lo habría matado si hubiera podido. Lo buscó en el único rincón donde cualquiera pudo decirle que un niño prodigio de 10 años solía enajenarse con los ojos clavados en el fondo del viejo despeñadero. Allí parecía acumularse el aire puro de todos los montes y, como decía el propio Alejandro, por lo menos a él solían llenársele los pulmones de la mente y del espíritu.

Aquella tarde era algo distinta. Las nubes amonestaron al sol en el borde del horizonte e hicieron desaparecer, en cuestión de minutos, los últimos haces luminosos. El viento adquirió una índole amenazadora y arremetió contra los árboles con un fuerte olor a hierba mojada. Los pájaros se apresuraron a guarecerse entre las ramas, confundidos por el inmenso parecido que había adoptado la oscuridad de la borrasca con una llegada anticipada de la noche. Los relámpagos eran los únicos destellos en la distancia y se acercaban cada vez más a las inmediaciones de Alto Cedro. Alejandro sabía qué clase de estragos podían ocasionar las tormentas eléctricas. Había visto cómo los rayos partían por la mitad las armaduras de las ceibas y hacían arder hasta consumirse los troncos esbeltos y robustos de las palmas reales. Decidió marcharse enseguida hacia la seguridad de su casa sin sospechar que la verdadera amenaza estaba encarnada en el hombre que le había seguido los pasos hasta el barranco.

Pablo se acercó a su hijo y se contempló a sí mismo en esa minúscula versión suya, cargada de tanta virtud que le resultaba ofensiva.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó el niño.

—Yo soy tu padre. He venido a decirte quién eres tú —contestó él.

Por suerte para Alejandro, merodeaba por allí el único hombre capaz de exiliar a Pablo definitivamente. Mario Tejeda estaba de caza entre los árboles contiguos al barranco, y Delia enseguida le avisó de que en la colina estaba a punto de ocurrir algo terrible. Nada se supo entonces de las palabras que llegó a escuchar Alejandro mientras su padre lo empujaba con la mirada hacia el borde del precipicio. Mario solo vio unas copiosas lágrimas empañando la candidez de su rostro y a aquel hombre de muy mala reputación acercándosele



demasiado.

Durante la Lucha Contra Bandidos, la megalomanía comunista de Mario Tejeda había necesitado menos incentivos que aquellos para desencadenar su particular forma de justicia. Tenía ante sus ojos a una escoria social con una conducta sospechosa, a una víctima potencial de 10 años y un arma del calibre 12 en las manos. Eran suficientes razones para añadir una muesca nueva con su cuchillo en la culata de la escopeta. Pablo lo sabía.

Para nadie en Oriente era un secreto que, así, Mario llevaba celosamente la cuenta de los villanos que había mandado al otro mundo. Tejeda se aproximó con los mismos pasos vertiginosos que habían hecho huir a los bandidos del Escambray, y repitió textualmente su amenaza legendaria: «Tienes un paso más para que yo te vuele la cabeza o 24 horas para desaparecer de todos los lugares donde pueda encontrarte».

Pablo retrocedió de inmediato porque hasta un energúmeno como él conocía la diferencia entre apuñalar a traición a un exconvicto jugador y enfrentarse a un asesino histórico que había ayudado a hacer la Revolución. Lo cierto es que debió irse lejos, pues nadie de Alto Cedro volvió a verlo nunca.

Alejandro no quiso contar nada de lo ocurrido. Pidió encarecidamente que no se comentase jamás aquel incidente. Así, las emociones subsecuentes de ese suceso terrible no pudieron ser expresadas ni compartidas. Cuando su impronta imborrable se hizo visible, se había multiplicado ya por muchos años de silencio.

Alejandro le dio a Mario la mano y las gracias, y a Delia, como siempre, un abrazo y un beso en la frente. Solo ella supo, casi 20 años después, con qué agravios Pablo extendió sobre la vida de Alejandro un enorme halo de tristeza que, entre otros destrozos ulteriores en su cuerpo y en su mente, le arrebataron los últimos vestigios de la inocencia. La reparación que, según dijo Delia, tuvo que obrar en el alma de su amigo, fue de proporciones descomunales, tal como habían sido las palabras que consiguieron atormentarlo desde ese mismo día.

**«Conservamos una intuición mística de la  
verdad al mismo tiempo profunda y  
periférica, aunque también los extravíos  
sentimentales de esa maquinaria imperfecta  
que lo divino utiliza para expresarse».**

**(E . D . Z.)**

Cuando Julio escuchó esos detalles repulsivos que durante tanto tiempo había ignorado de la historia, comprendió instantáneamente el declive de Alejandro, quien estuvo a punto de despedirse de la vida con un recuerdo corrosivo y exclusivamente digno del infierno. A los 10 años de edad, su propio padre le dijo que él era un engendro sin raíces, un accidente que la naturaleza había decidido procrear a partir de una ramera y un pobre diablo en mitad de un basurero. Que jamás había pertenecido ni pertenecería nunca a ninguna parte porque nada ni nadie lo esperaba en este mundo. Que para ese lugar cálido y seguro que probablemente llamaba *hogar*, él había sido solo un daño colateral inevitable. Que todas las prebendas naturales de las que gozaba no eran ni siquiera compensaciones de Dios por la vida de abandonos y reprobaciones que le había tocado en el azar de la ruleta divina, sino simples variaciones genéticas de su verdadero padre listo, pero miserable. Que solo la muerte podía devolverlo a la nada que, involuntariamente, lo había creado.

Aquellas palabras paralizaron a Alejandro. Sintió que todo se hundía a su alrededor. No podía seguir creyéndose un ángel si había sido engendrado por aquel demonio. ¿Cómo iba a vivir sin saber qué o quién era él en realidad? Esas preguntas helaron sus certezas. Cuando aquel frío aterrador encontró en su cerebro un lugar para esconderse, entonces volvió a concebir la maravilla de la vida, aunque vigilado por un miedo inevitable.

—El niño poseía alma de guerrero y su inteligencia estaba por encima de Pablo y de su afrenta. Pero aún era demasiado joven. Su cuerpo adolecía de las mismas memorias naturales que la criatura más frágil de la Tierra —le aseguró Delia a Julio Martínez.

Hasta ese día Alejandro creía conocer la causa exacta de que sus dotes innatas no encajaran en la sociedad. Estaba convencido de que las bendiciones

de su consciencia expandida y su profunda sensibilidad provenían de otro punto lejano y maravilloso del universo.

Empezó a sospechar entonces que su índole extraña era solo una consecuencia más de su imprevista e indeseada llegada a la vida. En algún rincón de su endeble carnalidad siguió lamentando la posibilidad de que su padre tuviera razón, y no dejó de sufrir secretamente por ello sino hasta que Delia le hizo redescubrir en su interior la enorme diferencia que había entre su espíritu y los vehículos efímeros de las emociones y del cuerpo.

«Él seguía siendo un Dios confinado en la morada transitoria del cuerpo orgánico y visceral que su padre había conseguido abatir con unas duras palabras», explicaba Delia. «Conservó su intuición mística de la verdad, al mismo tiempo profunda y periférica, aunque también los extravíos sentimentales de esa maquinaria imperfecta que lo divino utiliza para expresarse».

Empezó a padecer trastornos respiratorios difusos y problemas óseos cuyas causas biológicas no llegaron a establecerse hasta que, 18 años después, le diagnosticaron una proliferación anárquica de las células en los pulmones. Se había convertido en un ángel desterrado y afanado en recuperar el lugar que jamás había dejado de pertenecerle en el mundo.

Asumió de forma paulatina y totalmente espontánea el papel de maestro auxiliar de sus compañeros de clase menos aventajados y, en poco tiempo, la directiva de la escuela le asignó de manera oficial esa tarea que su altruismo ya se había ganado. Fue entonces cuando las niñas de grados incluso superiores al suyo se le acercaron con un problema matemático sin resolver y se marcharon suspirando por su admirable talento y dotes de comunicador.

Hasta los muchachos gamberros y violentos del colegio consiguieron, con su ayuda, mejores resultados académicos, y se beneficiaron de las cualidades extrañas por las que tantas veces se habían mofado de él. Ayudó a los campesinos de Alto Cedro a elegir la mejor época para plantar sus semillas, y los instruyó acerca de las fases lunares más peligrosas para los animales que dormían a la intemperie. Les decía que, al igual que ocurre con los seres de la tierra, también en el cielo hay unos astros que serán buenos o malos en dependencia de su posición orbital y de la influencia que recibirán de los demás cuerpos celestes. No hubo obrero o jornalero en Alto Cedro que

Alejandro no sorprendiera con alguna atinada versión matemática o física de las actividades cotidianas que, de manera empírica y sin mayores explicaciones, les habían legado sus antepasados. Todo resultaba más fácil si intervenía aquel muchacho. Sabía detectar los errores de cálculo o de interpretación y lo mismo le indicaba a un mecánico el camino más corto hacia la avería de los motores que ponía punto final a una discusión sin sentido entre los miembros de alguna familia.

A los catorce años se había convertido en un experto conquistador del corazón ajeno. Era como si en los libros que le robaban el sueño estudiara la vida de cada habitante del pueblo porque las palabras que les decía parecían refluir en una descripción inequívoca de sus personalidades y sentimientos. Era pacífico hasta la médula. No emprendió jamás acto alguno de rebeldía excepto contra su constitución enfermiza y contra la ignorancia. No faltaba a la escuela por tempestiva que fuera la mañana ni se perdía nunca una reflexión de su maestro en la capilla o en el barranco, por muy fuerte que soplaran los vientos durante la noche. Eran esas inclemencias del tiempo los únicos enemigos de los que su madre solía protegerlo. Ni siquiera ella sospechaba que sus dolores difusos y aparentes ataques bronquiales solo estaban relacionados con el clima, por un recuerdo de la tarde en la que su alma había sido herida de muerte y durante la cual también soplaban una brisa ciclónica.

A sus diez años le fue impuesta una duda tan grande respecto a su valía que ni las más vehementes pruebas de amor y aprobación consiguieron solventarla. Creció con una necesidad imperiosa y atrofiada de que todos lo quisieran. Su ingenio encontraba siempre una solución alegre a las contradicciones de la razón, pero el más mínimo revés amoroso o fraternal bastaba para avivar en su rostro una vieja huella de tristeza que resultaba imperceptible para los profanos en las cuestiones del alma.

Solo Julio sospechó las penurias que lo asolaban y que Delia le confirmó varios años después. Alejandro las ocultó bajo la forma de un impreciso recuerdo que lo impelía desde las sombras. Ni siquiera una consciencia iluminada como la suya podía acceder de forma espontánea a esas memorias nacidas en épocas de escaso entendimiento. Aunque era un niño dotado de una mente brillante, adolecía entonces de las mismas emociones estremecedoras que siempre acaban optando por el olvido. Podía recordarlo todo acerca de la

tarde más infeliz que había vivido en el barranco, pero nada del lugar exacto en su interior donde se quedaron a vivir todas las emociones resultantes. El miedo resurgía de algún lugar desconocido en sus pensamientos, y se confundía con la certidumbre de un terrible final.

Pronto descubrió el antídoto en el amor y aumentó la dosis hasta convertirlo en su vuelo de segunda clase al paraíso. Lo cultivó con tanta poesía y humanismo que, en poco tiempo, se hizo evidente en sus romances un motivo más trascendente y profundo que el simple hartazgo de sus apetitos, incluso para algunos de los hombres cuyas hijas llegaron a sus casas desfloradas por él y suspirando. Alejandro se las arregló para que sus incalculables conocimientos, añadidos a la gracia criolla de sus facies, se convirtieran en una atracción ineludible para todas las féminas de Alto Cedro. Aprendió a deslumbrarlas con una condensación verbal y unos gestos amables meticulosamente cultivados por la poesía. Levantaba suavemente las palmas de las manos en el aire como si las hiciera bailar al compás de su voz. Sus niveles de información acerca de la palabra idónea solo eran comparables con su anatómica precisión de movimientos, igualmente dominaba la anatomía del cuerpo y la mente de cualquier mujer.

Muchos de sus compañeros contemporáneos lo miraban con recelo. La mayoría envidiaba aquel exquisito privilegio de preconcebir con acierto el momento exacto en el que una hermosa doncella iba a enamorarse perdidamente.

Alejandro lo sabía. Era frecuente que entablara su primera conversación con una muchacha desconocida justamente los días en los que ella se manifestara extrañamente inquieta y saliera a la calle abatida por una necesidad sin nombre en su corazón. Alejandro decía que todos los seres humanos se enamoran a partir de un sutil movimiento de fuerzas en su alma que, poco tiempo después, adquiere un nombre y un rostro. Estaba seguro de que durante ese período álgido de predisposición al sentimiento la más mínima circunstancia placentera puede dirigir su atracción hacia un objeto llamativo, y convertirlo en su causa y su propósito de un modo tan imperceptible, inconsciente e inevitable como una deriva continental. Alejandro ejercía un culto a esas emociones primigenias que tenían la propiedad de restablecer su disposición a vivir intensamente.

No eran sus propósitos más urgentes ni el romance ni la conquista. Se afanaba en generar toda clase de sensaciones placenteras; como si un usurero volviera a sustraerlas de su corazón a los diez segundos de haberlas conseguido. Era un adepto accidental del enamoramiento que, en realidad, esperaba de sus vínculos una forma del éxtasis capaz de transportarlo más allá del amor. Intentaba así ponerse a salvo de un sufrimiento difuso y omnipresente que lo amenazaba desde la frontera más velada de su humanidad. El cortejo era un acto de inconfesa complicidad con su dolor, que algunos muy pronto confundieron con el imperativo histórico de la herencia. Para unos pocos vecinos de Alto Cedro, Alejandro solo representaba una versión ingeniosa de los vicios sexuales y motivaciones hedonistas que su padre malhechor le había legado en una inevitable impronta genética. No todos pudieron advertir que, al contrario de lo que hacía Pablo, en ninguna de las relaciones de Alejandro se practicó culto alguno al sufrimiento.

Alejandro las amaba a todas al mismo tiempo, y los demás muchachos de su edad, que en esa época rebosaban de sexualidad, se preguntaban cómo conseguía que aquellas niñas le entregaran espontáneamente lo mejor de sí mismas sin que él les dijese ni una sola mentira.

«¿Cuál era el secreto de aquel genio bizarro que trastornaba a las muchachas sin fundamento en el barranco y las devolvía convertidas en mujeres seguras y radiantes de felicidad?», se preguntaban.

La mayoría de sus novias se habían estancado en una adolescencia sin propósitos bajo la sombra de aquellas montañas olvidadas en el tiempo. Para todas ellas el hermoso atardecer de Alto Cedro no era más que la agonía de otro día moribundo que empujaría el próximo amanecer sin heredarle nada, hasta que intimaron con Alejandro y descubrieron en la colina una perspectiva distinta del ocaso. Allí conocieron una versión más trascendente de sí mismas y volvieron a sus hogares con aspiraciones y sueños que se elevaban más allá de las inmediaciones del barranco. Excepto Juliana y Laura, que sucumbieron al carácter posesivo del amor, todas las demás hallaron junto a Alejandro la libertad de la elección a partir de las potencialidades propias que él les ayudó a descubrir. Algunas de ellas volvieron desde las provincias más prósperas, donde habían continuado sus estudios y sus vidas para despedirse del joven maestro que las inició en los entreverados caminos del conocimiento y del

amor. Incluso desde el extranjero llegaron cartas de condolencias cuyas remitentes agradecían a Alejandro la oportuna apertura de sus horizontes, cuando ellas eran apenas unas niñas adoctrinadas por sus padres en la rutina del comunismo. Les habían hecho creer que, aparte de aquella vida inclemente de precariedad, privación, mártires y marxistas, la única que existía era esa otra de antaño en la que sus abuelos eran analfabetos y explotados por terratenientes que los confinaban en sus casas de guano y sus montañas inhóspitas. Aprendieron de Alejandro que las ideologías sirven al igual que las religiones, al mesurado propósito de dividir a los hombres.

Les hizo comprender que, por maravillosa que fuera la puesta del sol en Alto Cedro, valía la pena contemplar otras que siempre ofrecerían una perspectiva distinta y enriquecedora del cielo y, por lo tanto, una mayor comprensión de cada historia personal en la tierra. También él se dispuso a hacerlo varias veces, instigado por sus profesores, que le vaticinaron un exquisito futuro profesional en las regiones occidentales. Pero nunca hizo las maletas. Tampoco eligió una profesión a pesar de que al terminar el bachiller tenía el mejor índice académico de toda la provincia y había ganado concursos nacionales e internacionales en Física y Matemáticas. Decidió que su vocación estaba ligada a Alto Cedro; así se lo dijo a Julio Martínez, quien se lo reprochó enseguida aduciendo la unívoca relación que existe entre la falta de libertad espiritual y aquella clase de apegos.

*«Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío».* LC 14 (8) 26<sup>[8]</sup>. «Tienes que ser capaz de aventurarte hasta donde se aleje el más grande de todos tus sueños», le dijo Martínez a Alejandro después de citarle a San Lucas sin sospechar que el perímetro angosto de aquellas montañas conformaban el vasto escenario de su destino.

El día en el que los celos de Secundino Nieto acorralaron a Alejandro en el borde del barranco, se repitieron las mismas circunstancias de un instante del pasado que había sido confinado en un olvido bendito. Alejandro volvió a cumplir diez años. Se vio a sí mismo huyendo de sus propios demonios



mientras pretendía ayudar a otros a no sucumbir ante los suyos. Vio a su padre reflejado en las pupilas acusadoras de Secundino. Ese pobre hombre también quería borrarlo del mundo y había decidido hacerlo con una confluencia fatal y casi milimétrica del lugar y de la hora. Hasta el sonido del viento volvió a ser el mismo que había orquestado el discurso macabro de Pablo, 16 años atrás. Alejandro se halló por segunda y última vez de cara a la duda de su insoportable dualidad: ¿era él un ángel atormentado por los flagelos de su envoltura carnal o era, simplemente, un desecho diabólico muy bien entrenado para fingir una versión incomprensible del amor?

Solo Delia llegó a comprender que Alejandro adoptara allí la mueca de tristeza más visible de su vida a pesar de que aquel incidente concreto acabó con un final feliz. En ese momento, los pensamientos de Alejandro se centraron en las palabras que depondrían el arma y los motivos violentos de Secundino. Consiguió reducir al gigante con el gesto solemne de sus razones, aunque sus emociones discurrieron, como siempre, por un camino distinto.

Una ola de temores irracionales se apoderó palmo a palmo de sus silencios. Hasta las células de su cuerpo se sintieron desprotegidas. Sin embargo, su mente siguió hurgando en los caminos de la verdad, y esa disposición le ayudaría a salvar su alma cuatro años después. Hasta entonces, el eco de la peor incertidumbre resonaría con una voz muy ajena en el fondo de todas sus acciones: la incertidumbre de no saber quién era.

¿Había nacido para hacer el bien o para camuflar, con él, una maligna y solapada naturaleza, tal como le había dicho su padre? Si eran buenas sus aptitudes, ¿por qué lo habían conducido en tantas ocasiones a tan dolorosos resultados? Esas preguntas limitaron las fuerzas que enervaban sus mágicas intervenciones en la vida ajena. Se desdibujó la pasión de su rostro y se debilitó el aire encantador de sus palabras. Adoptó una caricatura de su aplomo conquistador, que ya no generaba cantidades ingentes de amor, sino que más bien las mendigaba. Se convirtió en un fantasma introvertido y solitario que aprovechaba el insomnio de sus madrugadas para deambular sin que nadie lo viera.

De tal manera se deterioró su aspecto, que varias veces pasó por un extraño en cuyo rostro desfallecido sus vecinos no conseguían reconocerlo. Poco a poco desaparecieron los términos alentadores de su discurso hasta

quedarle por lenguaje un gesto de resignación y desesperanza.

En noviembre del 2002, la angustia sin nombre que tantas veces ayudó a identificar y a combatir en los demás se había cobrado una buena parte de su prestigio y toda su salud. Ni Delia ni Julio Martínez ni ninguno de los médicos que lo asistieron consiguieron acceder entonces a la fuente de su sufrimiento. Cuando le dijeron que tenía un cáncer, buscó una silla donde sentarse y suspiró como si aquella terrible noticia no fuera más que la confirmación de una sospecha indeseada. Daba la impresión de que él ya había descubierto en su interior todos los indicios de su menoscabo. El último vestigio de su histórica coherencia lo compartió con su padre en unas escasas palabras mientras cosechaban los plátanos. Después se tendió fatigado en su cama y no volvió a levantarse sino para despedirse del barranco y esperar a que Delia le disparara.

«Fue muy difícil extirpar el mal que lo aquejaba porque en su caso se trataba de un veneno inoculado en el delicado tabernáculo del espíritu», dijo Delia para referirse a los tres meses que destinó a aquel tortuoso proceso de curación. Alejandro había desaparecido bajo la piel de un cadáver viviente que pronunciaba obscenidades indignas de su noble reputación y escupía sangre a las paredes. Fue una decisión muy atinada de su madre la de impedir que sus conocidos menos allegados lo vieran así. Aparte de Delia, los únicos que pudieron estar junto a él en la etapa más virulenta de su enfermedad fueron sus escasos familiares. Nadie querría cambiar los recuerdos de aquel muchacho dotado de cualidades hipnóticas por las imágenes de la bestia obscena y moribunda que se había apoderado de él. Hasta agredió a su más vehemente cuidadora en un ataque repentino cuyas fuerzas impulsoras jamás se llegaron a comprender.

Había estado delirando, asolado por una fiebre que superaba los 40° C.

—Soy un engendro sin raíces, un daño colateral inevitable, nunca he pertenecido a ninguna parte. Soy el hijo de un demonio... Solo la muerte puede devolverme a la nada que involuntariamente me ha creado —decía mientras los ojos se le salían de sus órbitas y su voz adquiría un tono desgarrado y ajeno.

Delia le puso una mano en la frente para calmarlo, al tiempo que le susurraba al oído expresiones contrarias a aquellas absurdas y

autodestructivas afirmaciones:

—Eres un ser magnífico atrapado en la maquinaria carnal menos imperfecta que ha podido ofrecerte la creación —le decía Delia.

En cambio, él, que apenas podía sostenerse sobre sus escuálidas piernas, la empujó contra una pared e intentó silenciarla. Era como si una criatura diabólica habitara en su interior y se rebelara contra toda afirmación que le atribuyera cualidades benignas. El altercado duró los mismos escasos segundos que Delia tardó en comprender que fuera cual fuera el mal que envolvía a Alejandro, guardaba alguna relación con aquellas despectivas palabras que había pronunciado. Ella lo contempló en silencio y él se entregó otra vez a su convalecencia regurgitando agravios y devaluaciones sobre sí mismo. Su cuerpo permanecía en su degradación inerte mientras el discurso corrosivo de aquellas textuales autoacusaciones se repetía en sus labios sin alterarse una y otra vez.

La más mínima alusión a las cualidades divinas que un día habían iluminado la vida del enfermo, lo transformaba en una marioneta animada que arremetía con virulencia contra todo recuerdo benevolente. Delia había encontrado, por fin, lo que podía ser el motor impulsor de aquella devastación mórbida que sufría Alejandro. Tenía que explorar el área de su psiquismo en el que adquirirían sentido las ideas malignas, porque intuía que también allí se estaban produciendo los códigos erróneos que después hacían fracasar en su cuerpo todos los intentos de sanación. Sabía que, por su estado, era imposible acceder a esos contenidos en la memoria sin que se produjeran los concomitantes accesos de ira y, también, que una forma convencional de sedación podía matarlo. Delia se adentró en el monte. Tardó casi diez horas en elegir las raíces idóneas para provocarle a Alejandro un sopor capaz de adormecer también a los demonios que, según dijo, custodiaban celosamente las puertas maltrechas de su alma.

«Ahora estás en el camino escarpado que te conduce otra vez hacia la cima más hermosa de Alto Cedro», le dijo Delia inmediatamente después de ayudarlo a beberse el brebaje amargo que le había preparado. «Los árboles del monte mueven sus ramas y permiten que todo el aire puro de la colina penetre en tus pulmones. Respiras tan profundamente que ya no tienes espacio dentro de ti para retener el miedo. Te has detenido en tu propio vacío y ya

nada pesa en tu interior. La única luz que reflejan tus ojos desciende del cielo, y lo único que puedes oler es el viento cargado con los acordes sutiles de la hierba. No experimentas movimientos. Tu cuerpo ha sido completamente abarcado por la amplitud inconmensurable de un pensamiento. Ya no tienes forma. Estás en el camino de la transformación». Alejandro suspiró y emprendió su viaje tras los pasos que iba señalando la única voz que, desde entonces, él fue capaz de escuchar.

**«La verdadera estatura se mide en años luz».**  
**(E . D . Z.)**

Alejandro sintió cómo las palabras de Delia sintonizaban con sus pensamientos. Lo transportaban a un mundo que había imaginado incontables veces pero de cuya existencia real dudaba mucho últimamente. Ya se había acostumbrado a la oscuridad que durante más de un mes lo consumía todo a su alrededor, incluso cuando podía mantener los ojos abiertos.

Entonces, emborronada en sus recuerdos, halló la estrella que solía buscar con la mirada en el firmamento. El astro titilaba tan débilmente como la última vez que lo había visto desde el barranco. No parecía el mismo cuerpo celeste que lo inspiraba de súbito con sus inconfundibles destellos azules desde la espada de Orión, como si supiera que su más vehemente admirador se disponía a contemplarlo. Aquel agónico parpadeo de su estrella lo inquietó mucho más que la inminencia de su propia muerte. De pronto imaginó lo tranquilo que se sentiría si sus últimas fuerzas, por endebles que fueran, pudieran ser insufladas a ese fragmento de cielo.

Fue entonces cuando Rigel amplificó la silueta de sus destellos entre las sombras. Alejandro comprendió que, en el estado actual de su mente, cada uno de sus pensamientos podía manifestarse de manera inmediata. Cada palabra de Delia despertaba una idea perdida en su memoria; la proyectaba ante sus ojos con una prolijidad total de formas y movimientos. Vio como se detenía en el preciso momento de su vida en el que sintió, por primera vez, que había un lugar esperándolo en la inmensidad del universo. Tenía cuatro años. Aquella sensación de elevación hacia la luz adquiría una velocidad superior a la de su imaginación y desafiaba la gravedad.

Ahora su cuerpo era una masa de aire azul que ascendía veloz hacia el espacio como si quisiera comulgar con la aureola fulgurante de su estrella. Desde allá arriba pudo ver la verdad que subyacía a sus pensamientos y que

tantas veces había confundido en el ajetreo desenfrenado de sus emociones. Allí estaba otra vez, restaurado y señalado desde el firmamento, el rostro primigenio de su inmaculada inocencia. Recordó cuándo le fue arrebatado el preciado tesoro y decidió por fin hablar de aquel instante amargo. Podía rememorar, incluso, cada criatura que lo rodeaba aquella tarde infeliz. Se acordaba de los árboles que no cedían ni uno solo de sus nuevos retoños por muy fuerte que batieran contra ellos los vientos del barranco; de los gorriones que encontraban cobijo y alimento todos los días en el mismo lugar justo antes de cada puesta del sol; de las hormigas que seguían su marcha incansable hacia los laberintos en la tierra, a pesar de la oscuridad que se ceñía sobre ellas. Pudo verse a sí mismo rodeado de todos esos seres tan sencillos y sagrados. Comprendió que las desgarradoras palabras de su padre le habían hecho sentir un desamparo que en realidad no existía. «Dios debe proteger celosamente cada una de sus creaciones», pensó. Quién si no iba a permitir que el niño que había sido Pablo Serrano sobreviviera a la devastación horrible que también acabó arrebatándole la piedad y la nobleza. Incluso a él pudo verlo Alejandro desde su letargo. Lo vio corriendo como un potro salvaje entre las palmas de la Sierra de Nipe para llegar al hogar donde nadie lo estaba esperando.

El aguardiente había derretido el corazón de sus padres y había esparcido por su casa un conjuro de indiferencias, castigos y platos vacíos. El hambre fue su primer gran incentivo; y los peñascos bajo sus pies descalzos, sus únicos maestros. Así lo vislumbró otra vez Alejandro cuando Delia le susurró al oído que cada verdad personal obedece a una historia distinta del fin de la inocencia y no se está fisto para juzgarla sin antes comprenderla. Según Delia, en ese momento, Alejandro se retorció en su cama y susurró:

—¿Qué clase de Dios misericordioso permite semejante infancia en un niño y luego espera que de ella devenga un hombre bueno?

—El mismo Dios que ha puesto a ese hombre en tu vida para enseñarte que, incluso en medio de tanto dolor y odio, su amor es perenne como el tiempo —contestó Delia—. El mismo Dios que te habla a través de mí ahora y nos habla constantemente a todos en nuestro corazón pero quiere que sea cada hombre quien decida cuándo escucharle. Tal vez quería que esta, tu salvación, te condujera a vislumbrar la cara inocente del niño que fue tu padre, para que,

en ella, tú vieras la tuya.

Instantáneamente, uno por uno, los rostros conocidos en la vida de Alejandro fueron rescatados de su memoria en un continuum retrospectivo de historias infantiles. Desde entonces, la paz sustituyó en sus facies a la expresión de esbirro que parecía haber llegado a su vida para quedarse. Volvió a traslucir el tenue color rosa bajo su tez oscura, y el balbuceo caótico que había permanecido en sus labios incluso en el intervalo más profundo de su largo sueño comenzó a dejar tras de sí unas palabras sueltas que terminaron por cobrar algún sentido. Cesaron sus episodios de sonambulismo, las fiebres y convulsiones; y la pajilla de gramínea, que Delia había usado para alimentarlo con hierbas trituradas, fue sustituida finalmente por una cuchara.

Cuando abrió los ojos sabía que aquella sensación hipnótica que aún movía los objetos a su alrededor era el rastro de su baile orbital entre los planetas. Pero creía que todo había sucedido durante el sueño de una sola noche. Los recuerdos del viaje cósmico que conservaba dispersos en la mente comenzaron a cobrar todo su sentido cuando le dijeron que llevaba 47 días soñando ininterrumpidamente. Cada destello, cada movimiento de los cometas, cada minúscula partícula girando en torno a los gigantes del espacio, cada cuerpo distante de la creación, volvía a tener una cercana conexión con sus recuperados pensamientos de trascendencia. Observó las cicatrices en su piel y comprobó, con varias respiraciones seguidas, el buen funcionamiento de los pulmones. Suspiró con el mismo gesto de alegría que solía traer del barranco cada noche, y se puso las dos manos en el pecho, y miró por la ventana hacia el infinito: la paz parecía estarle devolviendo la mirada desde su corazón.

Al cabo de una semana había recuperado visiblemente la salud, aunque se afanaba en dormir a cualquier hora del día como si pretendiera regresar así al paraje del universo que había vislumbrado durante su letargo. Despertaba mirando al cielo a través de la ventana e iba perdiendo paulatinamente la sonrisa porque, según le dijo a Delia, aquella observación lejana del firmamento ya no le era suficiente.

Alejandro adoptó otra vez la custodia conspicua de un viejo secreto igual que cuando era un niño y alternaba instantáneamente el llanto con la risa. Reclamó frecuentemente la compañía de su madre, en cuyas manos se aferraba durante horas como si quisiera consolarla. Para Mariana, aquel gesto de su



hijo tenía ahora menos sentido que nunca. Era evidente la fortuita remisión de aquella enfermedad que nadie consiguió determinar con exactitud y que hasta entonces no había dejado de avanzar. Por fin había surgido, aunque de manera inexplicable, una esperanza de que Alejandro escapara a la degeneración orgánica que consumía su cuerpo. Fue entonces cuando él se mostró más preocupado por el sufrimiento emocional de sus seres queridos. Era como si supiera que, aunque le fuese devuelta la vida, él ya no la utilizaría sino para volver a su ruta celestial exclusivamente compatible con aquella u otra forma de muerte física. Había vislumbrado el único camino hacia la eternidad de sus momentos felices. Pudo sentir en aquella morada magnificada por sus sueños, la forma más distante y elevada de su propia gloria. De tal envergadura era la exultación por su descubrimiento, que se estremecía hasta las lágrimas. Sobre todo lo enternecía la certeza de que jamás hallaría las palabras adecuadas para describirlo.

A veces lloraba contemplando los rostros de su familia con una perplejidad que no mostró ni siquiera cuando las tumefacciones en su espalda expusieron la verdadera cara de sus órganos enfermos y los dolores le desencajaron el rostro. Después volvía a sonreír y decía que, en adelante, hasta el más atroz episodio de dolor sería una bendición para su alma; solo le preocupaba que sus seres queridos no estuviesen dotados del suficiente temple para aceptarlo, ya que tampoco conseguirían entenderlo.

Mariana se preguntó el porqué de aquella conducta hasta el último instante de su vida. No satisfecha con la versión que Julio Martínez le contó, ella le encomendó, con su última voluntad, una búsqueda más exhaustiva de la verdad a la única persona que permanecía escéptica respecto a los motivos que tuvo Delia para matar a Alejandro: Miguel Carrión, el psiquiatra.

También él interrogó a Julio Martínez, quien, más convencido que si hubiera visto por dentro los sueños de Alejandro, le aseguró que tantas conductas y sucesos anormales solo podían ser obra de Dios o del Diablo, y que él siempre elegiría creer en las victorias del primero.

—No puedo fallarle a Mariana —contestó Carrión—. Esa mujer habría sido una científica consagrada porque hasta con su último aliento ha creído en la existencia de una verdad objetiva entre tanta verborrea mágica. Además —aclaró—, como hombre de ciencias yo estoy impelido a asegurar que lo

ocurrido entre Delia y Alejandro se ha regido por las mismas leyes que dominan el resto del universo, aunque los hechos me conduzcan a pensar y a hablar sobre cosas que, en el fondo, creo imposibles.

En ese momento, Julio decidió por fin contar el fragmento de la confesión que Delia le había sugerido conservar exclusivamente para él. Ella le había dicho:

«Esta verdad solo adquirirá su sentido de la totalidad cuando la compartas con alguien que crea en las mismas cosas que tú».

Incluso a Julio seguía pareciéndole extraordinaria e irracional pero discurría en un lenguaje de sentimientos cuyo rastro se perdía en lo inescrutable, tal como le habían dicho en el seminario conciliar que ocurriría siempre con los caminos del Señor. Por eso antes de referirse a aquellos hechos concretos, el exsacerdote le dijo al psiquiatra:

—Cuando te cuente esto, sentirás que mi versión de la historia no encaja en ninguno de tus esquemas racionales porque, seguramente, aún te parecerá incompleta. Creerás que hay todavía algún fragmento de la verdad oculto en la mente de Delia, en la que probablemente hurgarás el tiempo que sea preciso para encontrarlo. En realidad, ya habrás descubierto absolutamente todo lo que pretendes saber. Te habré dicho todo lo que en verdad ocurrió. Y las únicas razones por las que aun así mis palabras te seguirán pareciendo insuficientes serán tu concepción pragmática del mundo y deficiente espiritualidad.

Para otra clase de persona, aquellas palabras de Julio hubieran resultado una ofensa. Para Miguel resultaba halagador que alguien diera por hecho que su único Dios era el conocimiento y que comulgaría eternamente con él en el altar de las ciencias. Sonrió y se dispuso otra vez a recabar alguna información que añadiera luz en su incompleto razonamiento sobre Delia.

Julio repitió, con la fidelidad mnemónica de su mente entrenada para recordar, casi textualmente lo que Delia le había dicho.

Alejandro se había despertado de su silenciosa convalecencia bajo los efectos esperados de la más profunda clase de sanación. Sus células dejaron de recibir las órdenes anárquicas que les llegaban desde cada una de las batallas atroces desencadenadas en la mente. La paz se había establecido en su cerebro y la felicidad concomitante mostró, como acostumbra a hacer siempre,

su rostro en la salud. Pero sus pensamientos habían adquirido una índole marginal que lo convertiría en un eterno enajenado del mundo. No conseguía pensar, ni siquiera con la lógica más elemental de su prolija inteligencia. Sus pensamientos parecían los de un retrasado que no conseguía encajar ni en los más habituales contextos. Permanecía varios segundos de cualquier interlocución intentando rescatar palabras inteligibles en su mente abarrotada de términos nuevos que para casi todo el mundo no eran más que neologismos importados por las fiebres y sus delirios. Se habían vuelto tan grandes sus respuestas que ya no le cabían en los pulmones. Por eso respiraba hondo después de que se le formulaba alguna pregunta. Rebuscaba sin éxito las expresiones exactas que pudieran definir lo que sentía. A veces negaba y afirmaba las mismas cosas sin perder un atisbo de credibilidad. Aun así, miraba hacia el cielo y clamaba por una pizca de su anterior y escasísima ignorancia, que odiaba pero que le confería la comunidad y simpleza mínimas y necesarias para ser entendido por los demás.

—Ya no tengo los pies en este mundo, y lo que es aún peor, no quiero abandonar la órbita de mi estrella.

Según Delia, con esas palabras le pidió Alejandro que volviese a drogarlo y lo devolviera a aquel letargo que tanto lo había aproximado a la exuberancia de Dios. Ella se negó rotundamente. Le dijo que, al igual que cualquier otro ingrediente de la creación, cada una de las raíces incluidas en su pócima estupefaciente cumplía con un propósito específico. El de aquellas era el de la sanación, que, justamente, él ya no necesitaba.

—Creo que esos tubérculos son los únicos ingredientes reproducibles de la mezcla inconmensurable que te hizo orbitar entre las estrellas. Y como podrás deducir de tu propia experiencia, en esa mezcla figuran también algunos elementos demasiado compatibles con la muerte —le dijo Delia con rotundidad sin que le diera tiempo a percibir el mensaje contraproducente de sus palabras.

En los ojos negros de Alejandro pareció asomarse una extraña incandescencia; en pocos segundos abarcó todo su rostro como si un espejo refractara las luces del día dentro de su cabeza. Envuelto en el espectro enternecedor e insoslayable de una súplica, le pidió a Delia que lo ayudara a deshacerse del escollo que para él representaba ahora la vida, como si se

refiriera al pesado trineo que el alpinista apasionado debe abandonar al borde de un glaciar antes de ascender ligero hacia la cumbre helada de su montaña añorada.

—¡No! No voy a hacerlo —le dijo Delia varias veces.

Él no dejaba de pedírselo y a ella le asustaban, de sus tajantes negativas, los residuos de tristeza que a veces permanecían demasiado tiempo en su rostro. Temía que, en realidad, la exaltación espiritual necesaria para curar a Alejandro lo hubiera incapacitado para vivir en el mundo; temía que la angustia resultante de aquella nueva forma de inadaptación reiniciara su terrible padecimiento. Había oído hablar acerca de muchos enfermos que se curaban de sus males tras la resolución de terribles angustias y, al cabo de un tiempo, sucumbían a otras que estallaban en un órgano distinto. Los médicos convencionales enseguida lo llamaban «Metástasis a Distancia<sup>[9]</sup>». Conocía la debilidad física que la enfermedad había dejado en Alejandro aunque estaba segura de que no existe ningún deterioro inmunológico espontáneo que no comience con un descenso de las defensas psíquicas.

Si su paciente se deprimía o sufría otra desilusión existencial, no solo volvería a correr peligro su salud física, sino también su alma, y allí es donde los males nunca deberían volverse irreversibles.

«No hay nada más apetecible para un demonio que el corazón de un ángel que ha sido rescatado de entre sus fauces», le dijo Delia a Julio, desconcertándolo otra vez con su mezcla inexpugnable entre las ciencias del cuerpo y los conocimientos del espíritu.

—Una parte importante de su ser se había extraviado; sin ella, era cuestión de tiempo que toda su alma volviese a correr peligro —puntualizó.

«En la tierra ya solo quedaba de él la fuerza necesaria para deshacerse de sus despojos terrenales y reunirse con su esencia divina», repitió Julio textualmente las palabras de Delia.

—¡Ah! —interrumpió Miguel Carrión—, ha descrito usted con cruces y señales el comportamiento de un suicida.

—Sí —contestó Julio Martínez—, el 28 de febrero del 2003, Alejandro le pidió por última vez a Delia que lo matara. Ella asintió. Según dijo, no fue

necesario hablar del lugar ni de la hora.

En un gesto de felicidad el psiquiatra se llevó las manos a la cabeza. Ni sus excelentes resultados académicos, ni sus reconocidos créditos en psiquiatría, ni los innumerables aciertos diagnósticos de toda su carrera, sumaban, para él, la gloria inmensa de aquel momento. Descubrió, por fin, un indicio de que recuperaría la credibilidad ante el tribunal que había soslayado su criterio clínico para condenar severamente a Delia. Una idea que le parecía brillante comenzó a expandirse por su cerebro. La asesina, en cuya defensa habían fracasado rotundamente sus argumentos, podía ser, en realidad, una víctima.

Si conseguía que reabrieran el caso, él podía demostrar que Delia había sido manipulada por Alejandro para que lo asistiera en sus propósitos autodestructivos. Tal vez podía hacer que la exculparan y adjudicarse la victoria profesional de trasladarla a un centro de rehabilitación, de donde, más tarde, la enviarían a casa.

Julio advirtió los resultados benevolentes que entrañaban los planes del psiquiatra, pero intentó disuadirlo de una nueva falacia en sus argumentos.

—Dirías también que Jesús de Nazaret manipuló a sus verdugos para que lo asesinaran —objetó el exsacerdote.

—Así es, padre. No será Alejandro el primer genio inadaptado, depresivo y suicida de la historia —contestó el psiquiatra.

Julio entendió que para Miguel solo podía ser verdadero aquello que fuera científico. Y por lo menos en aquel momento no aceptaría un punto de vista distinto.

Se sacó del bolsillo unas notas que Alejandro había escrito acerca de las ciencias y que, quizá en el futuro, harían recapacitar al psiquiatra. «Tal vez te sean útiles estas palabras cuando estés preparado para entenderlas», parafraseó Martínez, y le entregó la nota que decía: *Hoy los santos y los genios verdaderos elevarán sus voces por encima de las religiones y sus dogmas, de las ciencias actuales y su estricta objetividad.*

*Un científico se convertirá en un sabio verdadero cuando se empeñe en ser realista más de lo que se empeñe en ser objetivo; cuando deje de presumir que la objetividad y la verdad son exactamente la misma cosa. Lo que ha de ser cierto lo será, independientemente de que todo indique o*

*«demuestre» lo contrario.*

*A veces racionalizamos lo que desconocemos de nosotros mismos con mentiras semejantes a las que usa toda la humanidad para explicar lo que hasta ahora es incógnito en el universo. Vero la Psiquis sigue siendo, al mismo tiempo, tan misteriosa y real como el más desconocido de todos los planetas.*

*Continuamente experimentamos experiencias y fenómenos que aún no somos capaces de nombrar, del mismo modo que la tierra giraba ya alrededor del sol antes de que Copérnico lo sospechara y hallara las palabras indispensables para expresarlo.*

**«Hoy, los santos y los genios verdaderos  
elevantán sus voces por encima de las  
religiones y sus dogmas, de las ciencias  
actuales y su estricta objetividad».**  
**(E. D. Z.)**

Julio comprendió que no era posible razonar en términos espirituales con un científico obcecado como aquel. Delia se lo había advertido: los pensamientos de Miguel estaban separados de los suyos nada menos que por los millones de años luz de distancia que puede medir una creencia. Julio no iba a poder convencerlo de ninguno de los hechos trascendentes que él pretendía reducir a meros síntomas psiquiátricos.

Miguel estaba convencido de que Alejandro nunca tuvo cáncer y de que todas sus hazañas *postmortem* no eran más que ilusiones supersticiosas al servicio de un duelo no resuelto entre sus familiares y vecinos. Estaba dispuesto a demostrar que incluso la genialidad de Alejandro fue una de las causas que lo empujó primero al aislamiento, después a la enfermedad y a la depresión y, por último, al suicidio. Estaba tan seguro de que Delia confirmaría todas sus hipótesis, que preparó todos los informes y auspició la reapertura del caso antes de visitarla en la cárcel y decirle que, si colaboraba, él podía conseguir que le revocaran la condena.

El psiquiatra desechó los detalles sutiles que había recopilado durante la investigación anterior y, como buen científico, se centró en lo que podía demostrarse. Viajó a Ciudad de la Habana y se sentó en una butaca de la Biblioteca Nacional, dispuesto a permanecer allí hasta confirmar sus nuevas ideas en los tratados de psiquiatría. Miguel sabía que, por sí sola, la enfermedad física de Alejandro no podía exponerse como causante de una crisis suicida. Ninguno de los acontecimientos desafortunados que formaban parte de su vida podía ser considerado como único desencadenante de la conducta autodestructiva. Tenía que evaluar, desde el punto de vista de Alejandro, la significación vital que habían tenido para él los sucesos ligados a sus romances, a sus relaciones familiares, a la satisfacción de todas sus



necesidades. Teniendo en cuenta que ya estaba muerto, la nueva investigación sería particularmente difícil. Podía averiguarlo todo acerca de la mayoría de sus vivencias y manejar los significados objetivos, pero ¿cómo iba a determinar qué sentido personal tuvieron para Alejandro en cada momento de su vida y, lo que era aún más complicado, cómo iba a demostrarlo?

Tendría que reunir información acerca de las influencias históricas bajo las cuales se había ido tejiendo durante años el instante fugaz de aquella decisión definitiva, y conseguir que una serie de testigos fidedignos estuvieran dispuestos a corroborarlas. Solo remontándose a la más tierna infancia de Alejandro no sería capaz de encontrar el patrón que necesitaba para explicar su gran vulnerabilidad en el momento más crítico. Necesitaba saberlo todo acerca de las veces que había llorado, de las frustraciones que había sufrido, de las reacciones más habituales ante los fracasos, de su actitud hacia el cuidado de sí mismo y de sus relaciones con los demás. Después era preciso encontrar la relación unívoca entre todas esas circunstancias y los hechos concretos que precipitaron al suicida a buscar la muerte.

Antes de hablar con Julio, Miguel ignoraba la mayoría de esos nexos. Solo podía valorar la alta letalidad del método que había usado Alejandro para su autodestrucción. El uso de un arma de fuego para tal fin estaba descrito en los libros como una prueba de irreversible determinación. Aquel no había sido un intento fallido ni una llamada de atención. El sujeto estaba decidido a acabar con su vida, y lo más lógico era encontrar en su pasado alguna otra autolesión intencionada que permitiera establecer una pauta de comportamiento y probar que aquella no había sido la primera vez.

Miguel llegó a averiguar incluso los detalles extraordinarios que habían distinguido el parto de Alejandro. El hecho de que aquel recién nacido se aferrara a un objeto del mundo exterior sin haberse desprendido aún del vientre de su madre era un acontecimiento histórico que el archivo del hospital materno conservaba como una curiosidad médica. El informe estaba guardado en un recinto especial donde también descansaban fetos con malformaciones imposibles y descripciones detalladas de enfermedades que aparecieron y desaparecieron sin explicación. Aunque el psiquiatra sabía que a la luz de su ciencia marxista no sería válido el análisis psicológico de un bebé, se atrevió a escribir en su informe que el pequeño Alejandro se resistió a estar en el

mundo desde el mismo instante de su nacimiento.

Con igual postura tendenciosa, interpretó las historias infantiles que Gertrudis le contó acerca de los primeros años en los que Alejandro permaneció en la escuela primaria. Según la maestra, algunos alumnos solían ser particularmente crueles con Alejandro. Lo esperaban en la salida y le lanzaban su carpeta a los excrementos de los caballos que pasaban por la calle tirando de las carretas. También lo golpeaban e insultaban a menudo.

La maestra destacó que, en casi todos los grupos escolares que ella podía recordar, había siempre un niño especial por sus modales o por su aventajada inteligencia, al que los demás acababan vituperando. Lo que hacía aún más peculiar a Alejandro entre esos niños era que él no huía de aquellas palizas y humillaciones. Nunca buscó un atajo más largo entre su casa y la escuela para no cruzarse con los gamberros. Tampoco se defendió nunca de sus agresores. No les devolvió ni un solo golpe. Sin embargo, les decía palabras que habrían provocado mucha más ira si alguno de ellos hubiera estado dotado de la suficiente inteligencia para entenderlas.

A menudo les decía que no tendría valor alguno la virtud de algunos seres humanos si no existieran otros energúmenos como ellos para contrastarla y honrarla con su estulticia. Aseguraba que la Historia no recordaría eternamente a sus poetas, a sus sabios y sus santos, si no fuera por los ignorantes y hostiles que siempre se han aglutinado a su alrededor para criticarlos y cerrarles el paso.

—Pueden golpearme todos los días si quieren —les decía—, yo los entiendo. Sé que mi sola existencia es para ustedes la más grande de todas las ofensas.

Alejandro afirmaba que no hallarían donde brillar las luces del conocimiento y la sabiduría si no existieran las tinieblas de la ignorancia. A punto de ser golpeado y arrastrado por los chicos malos del colegio, se atrevía a compararlos con los gusanos que a veces intentaban devorar vivos a los caballos en sus establos y sin los cuales, según decía, no podrían subsistir otras criaturas superiores.

«¡Ustedes existen porque son útiles!», les gritaba Alejandro, «como lo es también el estiércol que enfanga y llena de pestilencia los cultivos en los que, más tarde, brotarán radiantes las flores».

—Ese muchacho me desconcertaba por muchas razones distintas, pero, sobre todo, porque al mismo tiempo era débil y temerario —afirmaba Gertrudis.

Como si volviera a vivir su desconcierto durante aquellos días pasados, la maestra le contó a Miguel que Alejandro conocía por sus nombres y apellidos a todos los estudiantes de alto rendimiento que asistían a la escuela. Sabía exactamente quiénes obtenían las mejores calificaciones en cada una de las materias aunque se tratara de alumnos recién matriculados o provinieran de los pueblos más apartados de Alto Cedro. Era él quien respondía por ellos cuando algún adulto los regañaba en su presencia o eran agredidos por sus propios compañeros. No importaba si eran niños o niñas, medianamente inteligentes o superdotados. Alejandro alzaba la voz y se hacía cargo de sus problemas aunque cayeran después sobre él los golpes o las reprimendas.

Decía que criticar y rebajar la incomprendida luz ajena es la única manera que tienen los anodinos de vengarse por los agravios que produce la ignorancia.

«Critican la distinción anormal del genio con un eco compartido por millones de hombres normales que imitan el mismo sonido y acaban confundiéndolo con una voz propia», decía.

Si uno de esos niños se marchaba sin permiso de una clase, y era por ello reprendido, Alejandro lo aplaudía, y calificaba su indisciplina como un acto de rebelión contra la rutina. Si cualquiera de ellos era expulsado o amonestado por criticar la doble moral de algún líder político, Alejandro intercedía para que fuese readmitido. Lo mismo hacía por los creyentes que eran castigados por vestir con el uniforme los fetiches de alguna religión. A todos los instigaba para que se retractaran en público de sus ideas o su fe, pero les sugería conservarlas inquietas en el interior hasta la hora oportuna en la que pudieran defenderlas. Los hacía sentir distinguidos y rebeldes, dignos enemigos de las comisiones disciplinarias a las que solía llamar «amalgamas homogéneas de marionetas que pululan aterradas por el ímpetu excepcional de la más mínima diferencia».

Si algún muchacho adoptaba gestos afeminados y elegía andar siempre con las niñas, Alejandro se oponía a que lo llamaran *maricón* y se enfrentaba a los homofóbicos. Les decía que odiaban a los homosexuales porque veían en ellos

ciertas características que, en realidad, aborrecían profundamente de sí mismos. «Desviar la mirada de lo que llevamos por dentro no lo elimina, ni vernos como si fuéramos lo que esencialmente no somos nos convierte en ello», argumentaba.

—A veces daba la impresión de que se exponía voluntariamente a la crueldad de sus agresores. Era muy difícil protegerlo —se justificaba Gertrudis. Solo Delia consiguió hacerlo.

Así lo escribió el psiquiatra en su informe y le aseguró a la maestra que, muy pronto, ella iba a tener que repetirlo textualmente en el Palacio de Justicia. Tal como Miguel interpretó aquellas afirmaciones, Alejandro se sentía un héroe, un elegido. Su megalomanía lo empujaba a esas conductas masoquistas que, varios años después, le permitirían tolerar el dolor como un ingrediente natural de su destino.

Miguel estaba seguro de que por iguales motivos Alejandro había entablado su amistad con Delia. «Ningún otro niño de Alto Cedro se hubiera atrevido a acercarse a ella después de saber lo que hacía con los animales en el monte. Pero Alejandro se sentía atraído por el peligro», escribió.

Con iguales argumentos explicó los paseos que Alejandro daba por el borde de la colina desde que era pequeño. Afirmó que nadie sin un profundo deseo de caerse por ese precipicio se hubiera acercado tantas veces a sus bordes escarpados.

Miguel despojó la historia de Alejandro de toda trascendencia, y le quedó por fin el perfil de un kamikaze. Documentó que había sido un niño retraído y dotado de una inteligencia superior que acabó socavando totalmente su integración social. Ser tan distinto lo convertiría muy pronto en un bicho raro, en un marginado. Sus ideas y valores prematuramente alcanzados no encajarían en ningún círculo social. Sus compañeros se burlarían de él y lo humillarían constantemente. Sospecharía que no tenía casi nada en común con sus iguales hasta que, de la manera más dolorosa acabó descubriendo que efectivamente era así. Su padre intentó matarlo y destruyó con sus crueles devaluaciones el ápice de autoestima que le quedaba. Convertido en un mujeriego empedernido, servidor, gentil y sumiso, logró mantenerse en la cuerda floja hasta que una extraña enfermedad le hizo cuestionarse definitivamente el sentido de vivir. Nunca había sido violento y carecía, por lo

tanto, del valor necesario para agredirse a sí mismo, así que manipuló la discapacidad y buena fe de Delia para que ella accediera a matarlo.

«Los delirios religiosos de Delia vinieron a ser *muy* oportunos para los propósitos suicidas de Alejandro. Él mismo le había inculcado la mayoría de esas creencias, y después las utilizó para convencerla de que su propia muerte obedecía a un propósito trascendente».

Así resumió Miguel el exhaustivo informe de 40 páginas que presentó al Ministerio de Justicia. Consiguió que, después de leerlo, el juez instructor del caso lo recibiera en su casa y colmara de elogios aquel trabajo que, según sus propias palabras, gozaba de su entera aprobación porque ponía al servicio de la ley unas pruebas de estricta objetividad. Se citaron a declarar con carácter urgente a los maestros y tutores de Alejandro, que también hallaron lógicos los argumentos del psiquiatra. Se emitió una orden de busca y captura contra Pablo Serrano en el territorio nacional. Se le tomó declaración a todo aquel que pudiera respaldar la propuesta de Miguel, excepto a la única persona cuya opinión era indispensable para validarla en un tribunal: Delia.

Cuando Miguel entró en la prisión para interrogarla, lo hizo celebrando su triunfo antes de conseguirlo. Desplegó el informe sobre una mesa y le prometió a Delia que la sacaría de allí. Ella mostró un incompleto gesto de alegría que se desdibujó nada más saber cuál sería el precio de su libertad: solo tenía que deformar sus creencias hasta hacerlas confluir voluntariamente con los despropósitos de la locura. Si para ella había algo peor que eso, era permitir que un incrédulo mancillara también la memoria de su querido amigo. Si admitía ante un juez la descripción indigna que la psiquiatría forense había elaborado sobre Alejandro, ella podía ser tratada como un ser humano en posesión del salvoconducto de la esperanza a partir de aquel mismo momento. Pero, en lugar de eso, adoptó la postura de un reptil ofendido y atacó a su libertador con el ímpetu depredador que había inmortalizado en sus cacerías por el monte. El mutismo incorruptible que se apoderó de ella en cuanto la ataron y medicaron a la fuerza fue más doloroso para Miguel que cualesquiera de las heridas que ese ataque frenético le dejó en los brazos aquel día.

El psiquiatra pidió que le permitieran incorporarse al personal médico de aquella penitenciaría marginada donde Delia lo castigaría con su silencio el resto de la vida. No consiguió arrancarle jamás una sola palabra. Ella se

transformó en una presencia inquietante capaz de helar a cualquiera con la mirada. Su última caracterización salió de los labios de Julio Martínez, quien, más tranquilo que si volviese a despojarse de su juramento eclesiástico y de la sotana, fue a contemplar la frustración y el desespero en los ojos de Miguel, y le dijo: «No encontrarás en la tierra ninguna teoría verdadera que explique lo ocurrido entre Delia y Alejandro, porque ellos dos nacieron para vivir con los pies en el cielo».



ENRIQUE DELGADO ZAYAS nació en Santiago de Cuba el 24 de junio de 1979. Estudió Psicología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Oriente, donde ejerció como profesor durante dos años antes de iniciar sus estudios de doctorado en el Centro de Neurociencias de Cuba. Con el beneplácito del gobierno cubano, tres años más tarde, fue invitado por una prestigiosa institución científica a unos cursos de posgrado en Grecia, donde desertó e inició el largo viaje por el mundo, que inspiró su primera novela *La mirada perdida*. Ahora está colegiado por el Colegio Oficial de Psicología de Galicia. Sus experiencias clínicas han dado a luz a su segunda novela: *Con los pies en el cielo*.

# Notas



[<sup>1</sup>] [Evangelio según San Lucas. LC 11—14 <<](#)

[2] Jalal ad—Din Muhammad Din ar—Rumi (1207—1273) <<

[3] El 16 de octubre de 1953, el entonces dirigente del grupo cubano clandestino Movimiento 26 de Julio, Fidel Castro, pronunció su personal alegato ante el tribunal que le juzgaba por su participación tres meses antes en el asalto al cuartel de Moncada: *La historia me absolverá.* <<

[4] Jalal ad—Din Muhammad Din ar—Rumi (1207—1273). <<

[5] Cuestionarios para la Evaluación Clínica en Neuropsiquiatría. <<

[6] Evangelio según san Juan. JN 20 (8)—25 y 21 (14)—29. <<

[7] Es una de las deidades más importantes del panteón Yoruba, Es el guía de los pensamientos, y representa la pureza. <<

[8] Evangelio según San Lucas LC 14 (8) 26 <<



[9] Según esta teoría las células cancerígenas se mantienen un tiempo en fase de latencia mitótica. Después, se activan en su crecimiento por cambios en el sistema de reconocimiento celular o debido a depresiones inmunológicas. Otra hipótesis afirma que las células cancerosas acantonadas en los vasos sanguíneos se desprenden después de un tiempo de estar insertadas en sus paredes y producen la metástasis a distancia. <<